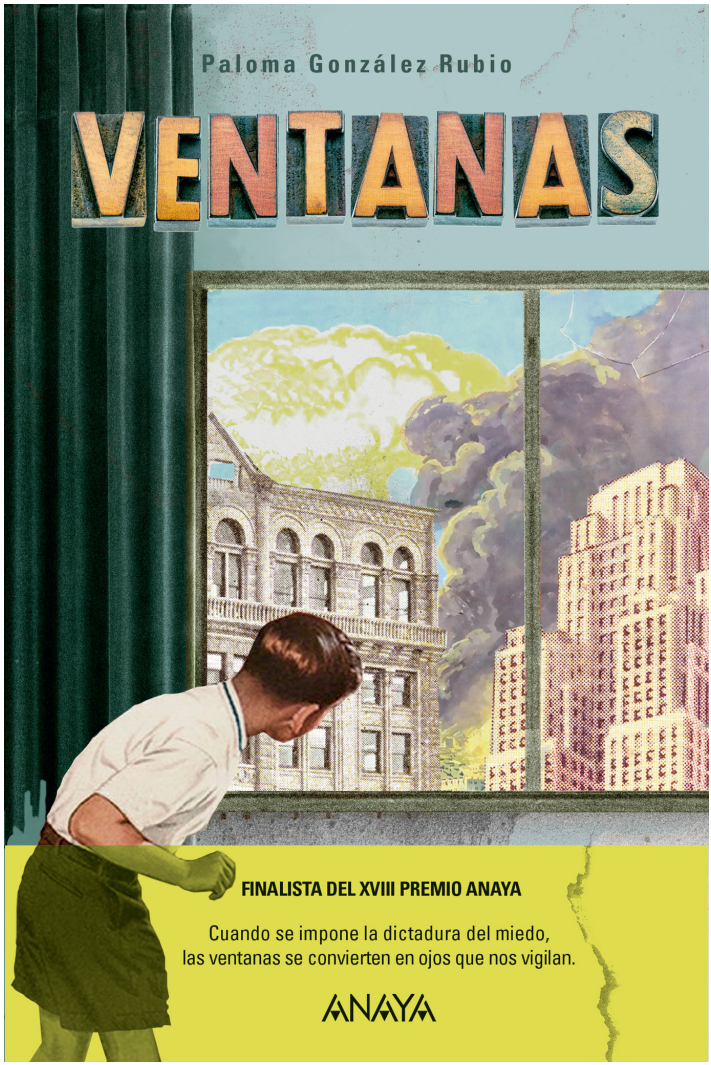
Paloma González Rubio

VENTANAS



FINALISTA DEL XVIII PREMIO ANAYA

Cuando se impone la dictadura del miedo,
las ventanas se convierten en ojos que nos vigilan.

ANAYA

Paloma González Rubio

VENTANAS

**Cuando se impone la dictadura del miedo,
las ventanas se convierten en ojos que nos vigilan.**

ANAYA

Índice

1. Panorámica
2. Ventanas
3. Tragaluz
4. Mirillas
5. Gatera
6. Lumbrera
7. Vidriera
8. Respiradero
9. Escaparate
10. Claraboya
11. Óculos
12. Ventanas ciegas
13. Portillo
14. Ventanilla
15. Troneras
16. Salida de emergencia
17. Aspillera
Créditos

A todos los niños soldado, los que hacen palidecer la infancia cruel, hoy inconcebible, de las novelas de Charles Dickens y Víctor Hugo.

Todos los inocentes son crueles en su inocencia.
A. PÉREZ REVERTE

1

Panorámica

No llamaron al timbre. No golpearon la puerta y aguardaron pacientes a que alguien acudiese a abrirles. Solo se oyó el chasquido que produjo la cadena de seguridad al reventar el tope y, a continuación, el estruendo como de un ariete que derriba el obstáculo que se interpone entre los atacantes y su objetivo, al que siguió un aluvión de golpes. Para entonces el llanto del bebé, que se soltó del pecho de su madre con el sobresalto, ya era ensordecedor.

Eva y Julia se miraron sobrecogidas. El miedo había vidriado sus ojos. Eva apretó la cabeza de Mateo contra su pecho. Los pasos de lo que parecía una legión de hombres calzados con pesadas botas hicieron crujir el suelo de tarima del pasillo, multiplicando en la imaginación de las mujeres el número de intrusos que asaltaban su casa. Un batallón parecía desfilar hacia el cuarto de costura. Avanzaban afirmando sus posiciones, como si estuvieran en territorio enemigo. Su avance era perceptible por las patadas en las puertas que se abrían en el lado izquierdo del corredor. Una sola voz, ronca, advertía de peligros inexistentes: «¡Allí, cuidado!».

En el vano de la entrada del cuarto en el que ellas trabajaban, se recortó una silueta, la de un hombre impecable. Sombrero, abrigo gris, pese a que el día otoñal era soleado y cálido, zapatos negros tan lustrados que parecían de charol y un rostro que no podría distinguirse de otros miles de rostros por lo anodino de sus rasgos: la mandíbula oscurecida por una barba cerrada, la nariz ancha y firme, los ojos cargados, las comisuras de los labios hacia abajo, una expresión despectiva.

Las figuras de otros cuatro o quizá cinco desconocidos, unos vestidos exactamente igual que el primero, otros, con uniforme

militar, se situaron tras el primer hombre, que hurgó en el bolsillo del abrigo y extendió un papel sellado, que exhibió a distancia, pero no dejó leer.

—¿Es esta la casa de José e Ignacio Burgo?

A Eva la voz no le llegaba al cuello. Solo fue capaz de cabecear para asentir.

Julia, en cambio, murmuró que eran sus maridos, y comenzó a preguntar:

—¿Quién…?

Silvina, Martina y Pablo, que jugaban a los muertos en el comedor contiguo, se habían quedado quietos, escondidos. Bruno no estaba. Como casi todas las tardes, se había escabullido a la calle con algún pretexto para volver a casa a la caída de la luz. Decía que jugar a los muertos era aburrido, aunque ni a su hermana ni a sus primos se lo parecía. El juego consistía en que uno de ellos se ocultaba mientras los otros esperaban fuera de la habitación. A una señal, comenzaba la búsqueda y cuando encontraban al «muerto», este caminaba con los brazos extendidos, los ojos en blanco, y los buscadores huían gritando aterrorizados para evitar su abrazo mortal. Ganaba el último que quedaba vivo, que siempre eran o Pablo o Silvina, los mayores. En esta ocasión, era Silvina quien se había escondido bajo una de las sábanas que cubrían los muebles de la estancia en desuso y que parecía un velero fantasma.

Uno de los hombres vestido con uniforme de militar se dirigió al comedor. No tardó en salir zarandeando a Martina, menuda para sus seis años, a la que lanzó al centro del cuarto de costura de un empujón. La niña corrió a buscar refugio junto a su madre, que seguía apretando al bebé contra el pecho. Se abrazó a su cuello y cerró los ojos, como si así fuera a desaparecer aquel pelotón de desconocidos hostiles. Dos soldados más se internaron en la estancia siguiendo al primero y, al momento, se oyeron forcejeos, quejidos temerosos. Otro de los soldados apareció bajo el dintel de la puerta del comedor, escoltando a Silvina y a Pablo, ambos lívidos y rígidos. Ellos no corrieron al lado de sus madres. Se quedaron juntos y erguidos, como estatuas.

Los soldados continuaron el registro. Por todas las habitaciones de la casa se oía el resonar de golpes, de cajones desencajados de sus guías y arrojados al suelo con su contenido. El silencio en el cuarto de costura era sobrecogedor.

—¿Por qué han instalado una cadena en la puerta? ¿Qué tienen que temer? —preguntó con frialdad a las dos mujeres el hombre que parecía al mando—. Nadie que no tenga miedo a ser sorprendido pone un cerrojo.

Julia le sostuvo la mirada, sin altivez, pero con firmeza.

—No tenemos nada que temer, es para evitar que los pequeños abran la puerta y salgan sin que nos demos cuenta. Nosotras pasamos todo el día cosiendo en este cuarto y no podemos vigilarlos continuamente.

Desde el fin de la contienda se había prohibido el uso de cerrojos en las puertas. Las ventanas no podían ser cubiertas con visillos o cortinas. La ordenanza contenida en el discurso de proclamación del nuevo estado decía literalmente: «Atrás quedaron los días de las balas perdidas que podían alcanzar a los ciudadanos inocentes cuando se apostaban en sus ventanas, de los secretos custodiados por cerrojos en las puertas… Se acabó el oscurantismo y el miedo. Os hemos traído un nuevo amanecer».

Las ventanas de todas las viviendas de la ciudad eran una pantalla panorámica que mostraba el interior de las estancias. Los gusanillos que habían sostenido visillos aún colgaban de sus clavos, inútiles; las barras sobre los tambores de las persianas mantenían sus anillas polvorientas sin cortinas que correr y los movimientos de los habitantes de cada casa eran accesibles para cualquier curioso. Los ciudadanos estaban obligados a no tener nada que ocultar, ni siquiera su propia desnudez.

—¡Esta puerta está cerrada, asegurada! —la exclamación del soldado llegó entre el sonido de violentos golpes a una puerta.

El hombre del sombrero y el abrigo oscuros enarcó las cejas, interrogante.

Fue Julia quien contestó de nuevo:

—Sus propias fuerzas tapiaron esa habitación. Clavaron tablones en la ventana y cegaron la puerta. Eso fue el despacho

del abuelo y, cuando abandonó el país, prohibieron que volviera a entrar nadie. Ni siquiera tenemos llave de la puerta de esa habitación. Se la llevaron quienes la condenaron.

El hombre se dirigió al soldado que seguía intentado forzar la entrada al despacho. Al momento dejaron de oírse los golpes.

Y luego siguió una exclamación de júbilo. Eva cerró los ojos con fuerza y apretó aún más al bebé contra su seno. Martina se echó a llorar. Julia dejó la costura que aún no había soltado de entre sus manos sobre la mesa en la que reposaban tijeras, hilos de colores, alfileteros.

—¿Pueden explicarme esto?

Otro de los hombres grises se aproximaba a ellas blandiendo un taco de octavillas. Algunas de ellas caían al suelo planeando suavemente, como si no pudieran contener su impaciencia por convertirse en aviones o pajaritas de papel.

Las dos mujeres imploraron piedad con la mirada a los hombres que las cercaban, amenazadores.

—No sabemos nada. ¿Cómo podemos estar seguras de que no han sido ustedes quienes han puesto eso en cualquier parte? Nosotros nunca…

No les dio tiempo a terminar. Se abalanzaron sobre ellas y las levantaron sin miramientos de sus sillas ante las miradas impotentes de los niños y el llanto estridente del bebé.

2

Ventanas

El milagro se produce cada día un poco más temprano, a la caída del sol, cuando los rayos inciden en los cristales de la parte posterior del edificio en un ángulo determinado: todas las ventanas se incendian y, por un instante, la escombrera tras la casa de Bruno refulge como si su suelo estuviese sembrado de diamantes.

Lanzan destellos los cristales rotos, algunas piezas de metal que asoman entre los cascotes, pedazos de porcelana de figuras desmenuzadas, astillas de espejos en los que se reflejaron los rostros de los habitantes del bloque de casas que una bomba aplastó hace ya tiempo, un mes de octubre idéntico al mes de octubre en el que Bruno espera en su escondrijo el momento del milagro.

Él se acuerda de la noche en la que el edificio se derrumbó y de cómo era antes de quedar reducido a escombros. Había sucedido dos años atrás, él tenía entonces once. En el edificio vivía Daniel, que ya era su mejor amigo. Se salvó porque había bajado con su madre a la calle cuando se escucharon las alarmas que precedían a los bombardeos.

Bruno recuerda que cuando cesó el ruido de las bombas y los aviones se perdieron en la lejanía, todos en el vecindario se apresuraron a sofocar los brotes de fuego que prendían aquí y allá como flores naranjas y buscaban entre los cascotes a quienes hubieran quedado con vida. Encontraron a algunos supervivientes.

No paraban de remover entre los pedazos de tabiques, las lámparas rotas, los muebles hechos astillas, las telas que habían cubierto las ventanas, y rescataban cuerpos, pero cuerpos sin vida o heridos de muerte.

A los niños los pusieron a escuchar por si oían lamentos, quejas, a remover cascotes, pero tan pronto aparecía una mano, un pie, un brazo, una coronilla polvorienta, los apartaban y no les permitían ver de quién se trataba. Apartaban los cuerpos, cuerpos de todos los tamaños, a un extremo de la calle y atendían a los que aún respiraban, a otros los cubrían con lo primero que encontraban. Los mayores se encargaron de dar sepultura a los muertos en el cementerio a los dos días. Los niños se quedaron al cuidado de algunas mujeres. No se les permitió asistir.

Bruno nunca supo qué fue de Alicia. Su madre le decía que seguro que se había salvado, porque no la encontraron. Pero él sabe que sigue allí.

Por miedo a los cadáveres que pudieran quedar, los niños del barrio tienen prohibido jugar en la escombrera, pero ellos obedecen no por miedo a los muertos, sino por miedo a sus fantasmas. Lo que viene a ser lo mismo. Bruno no tiene miedo a los fantasmas. De hecho, sigue buscando el fantasma de su amiga Alicia, seguro de que no se ha ido lejos, y sabe que es ella quien le regala todas las tardes tesoros inesperados: monedas, pedazos de cristal tallados, juguetes casi intactos… Casi todas las tardes acude al solar y se refugia en una hondonada donde estuvo la carbonera del bloque, desde la que nadie puede verle y gritarle de malos modos que salga de inmediato, y allí presencia cada día del año, a una hora distinta, el milagro de las ventanas incendiadas y el solar sembrado de destellos. Como si fuese magia.

Por eso, por el milagro de la luz, del que nunca se cansa, no está en casa en el momento en que el grupo de hombres uniformados ha subido y anunciado su presencia con golpes que desencajan la puerta de sus goznes. Mientras las ventanas se incendian y él se pregunta si alguno de los habitantes de los pisos del bloque que habita se abrasa en la llamarada de luz, los vecinos se arremolinan en el portal para ver cómo se llevan a la madre y a la tía de Bruno y las introducen en uno de los coches detenidos delante del portal. Y hubiera tardado mucho en enterarse de no haberle despertado de su ensoñación la voz de Daniel, cada vez más cercana, que lo llama a gritos.

Daniel, que nunca ha vuelto a pisar la escombrera porque para él es el cementerio de su infancia, de sus juguetes, trastabilla sobre el firme irregular del terreno, tropezando a cada paso.

Bruno salva el pequeño tramo de la hondonada hasta la parte superior del solar con la agilidad de un gato. Las ventanas de las habitaciones traseras aún refulgen y la figura de su amigo parece estar cercada por el resplandor del fuego.

Daniel llega rojo, sin resuello.

—¡Se están llevando a tu madre y a tu tía! ¡Es la policía! ¡Corre!

Daniel no aguarda a ver la reacción de Bruno, se da la vuelta, saltando entre los escombros, y emprende el camino de regreso. Pese a que las palabras de Daniel aún no han terminado de ser comprendidas por Bruno, este sigue a su amigo. Acostumbrado a hacer el camino todos los días, no tarda en dar alcance a Daniel. Cuando llega a la acera, sin esperarle, echa a correr como una exhalación y, al dar la vuelta al edificio, ve una multitud de vecinos junto al portal, hablando entre ellos, algunos lo señalan con el dedo, otros tienen la vista fija al otro lado de la calle, en el séquito de coches que se alejan.

No se detiene, pese a que oye su nombre repetidas veces y algunos comentarios se refieren a él. «Es Bruno, el hijo de Julia». «Es uno de los chicos». «Pobre criatura».

Sigue corriendo con los ojos clavados en el cristal trasero del último vehículo, que se va haciendo más pequeño en la distancia. Está seguro de que en algún momento aminorará la marcha. Ve que, delante del que persigue, otro vehículo negro gira para incorporarse a la calle que desemboca en la avenida que conduce al centro de la ciudad. Se fuerza a correr más rápido, viendo que los coches frenan para doblar la esquina.

En el asiento trasero una figura golpea el cristal. No sabe si es su tía o su madre. No le da tiempo a cerciorarse. El coche ha desaparecido.

Si llegan a la avenida del río, los perderá de vista sin remedio.

Oye que Daniel grita aún a sus espaldas, lo oye lejos. La

sangre le bombea en los oídos. Siente un hormigueo en las piernas que comienzan a arderle.

El aire que consume a bocanadas por la boca es seco y le abrasa la garganta, las fosas nasales le escuecen, le da la sensación de que va a empezar a sangrar por la nariz.

El segundo coche también desaparece tras el chaflán. Sigue corriendo, pero cuando dobla la primera esquina y luego la segunda, ve que los coches enfilan la avenida. Ya no tiene ninguna posibilidad. Él, que creía que sus piernas eran invencibles a sus trece años, siente el corazón bombeando con tal violencia en la jaula de sus costillas que parece estallarle en el pecho, como una bomba.

Su cerebro martillea. Las mejillas le arden, los ojos, terrosos, amenazan con salirse de sus órbitas. Se dobla hasta que su torso casi alcanza las rodillas. Un fuerte dolor en el costado le impide respirar.

Daniel ya ha aminorado el paso y se dirige hacia él caminando, recuperando el aliento, con las piernas flojas, como si fuesen de gelatina.

—¿Y tu madre? —le grita Bruno a Daniel cuando aún les separan varios pasos—. ¿Por qué se han llevado a mi madre y a mi tía? ¿Por qué no a tu madre?

Luz, la madre de Daniel, cose en el taller de costura que Eva, la tía de Bruno, tiene en su casa. Desde la victoria del bando amarillo, las mujeres se dedican a coser vestidos para las familias de los vencedores y a bordar las enseñas con escudo del gobierno que Daniel, Bruno, su hermana y sus primos venden en la plaza del Nuevo Amanecer los sábados y domingos y los compradores lucen en las solapas de sus chaquetas, en los bolsillos de sus camisas, en la pechera de los vestidos, prendidos con un imperdible.

—Hoy no ha ido a trabajar, ¿no te has enterado? Ha tenido que ir a atender a la hermana de mi padre que está de parto.

El padre de Daniel es propietario de un taller de relojería, ajusta los mecanismos del tiempo. Es un hombre extraño, que se salvó de la deflagración de la bomba que barrió el edificio del solar trasero, porque pasa todas las horas del día recogido en su taller, ajustando maquinaria de precisión. Su ocupación

siempre ha sido un misterio para Bruno, que imagina la relojería como una especie de religión del pasado, cuya práctica mantienen oculta los relojeros, para no revelar los misterios de la medida del tiempo.

—¿Y mi hermana? ¿Y mis primos?

Daniel encoge sus hombros esmirriados.

—¿Y a mí qué me dices? No los he visto. Supongo que estarán en casa.

—¿Cómo que no los has visto?

Bruno grita desaforado su pregunta. No está enfadado con Daniel, es la impotencia y la culpa las que le hacen gritar con una voz que no es la suya, las que le envenenan la sangre con una ira que no le cabe en el pecho.

—¡Si hubieras estado en casa no estarías preguntándome a mí! —se defiende Daniel, cargado de razón, poniendo a Bruno frente al espejo—. ¡Yo lo único que he hecho ha sido ir a avisarte, pero no hace falta que me des las gracias!

Bruno se lleva la mano al costado. Una mueca de dolor deforma su rostro. Se fuerza a realizar inspiraciones cortas, regulares. El dolor cede un poco, lo justo para permitirle arrancar a caminar, ladeado, protegiendo con la mano el área del dolor, a la altura de la cintura.

—Voy a casa. Seguro que Silvina está allí, con el bebé. Y lo mismo Pablo y Martina. Seguro que ellos saben.

Daniel se pone a la altura de Bruno, lo acompaña a lo largo de la calle, de vuelta hacia el portal.

El milagro del incendio se ha desvanecido. En el interior de las casas se prenden luces mortecinas que alumbran vidas miserables, visibles desde las ventanas desnudas. De algunas casas sale el olor de la cena que las mujeres tienen puesta al fuego. La vida de cada vecino, sobre todo en las plantas bajas, es visible hasta en sus más mínimos detalles. Sus habitantes se esfuerzan por revelar costumbres ordenadas: todas las superficies están pulidas y limpias. No se aprecia nada que pueda considerarse un lujo o una excentricidad que los señale. Las comidas son austeras. Nadie quiere estar en boca de nadie por salirse de la norma, no hay nada que ocultar ni de lo que avergonzarse. Todo está a la vista.

Bruno trata de ordenar sus ideas, tiene que haber algo que hacer. No puede quedarse cruzado de brazos. Piensa que lo más sensato, tras saber qué ha sucedido, es ir a buscar a su padre y a su tío a la imprenta. Dar un relato fiel de lo que ha pasado. Ellos sabrán cómo actuar. Pero antes tiene que verificar los hechos, porque lo que ha visto le parece inverosímil.

La calle, que suele estar concurrida al anochecer, está vacía. Ningún rostro se asoma a las ventanas. Todos los habitantes de las casas parecen haberse consumido en el incendio de los cristales que él presencia desde la escombrera. Solo las luces encendidas en el interior de las casas evidencian la existencia de los vecinos.

Se ha disuelto la reunión ante el portal. El postigo que ciega el ventanuco de la garita de la portera está cerrado a cal y canto, aunque todos los días permanece abierto hasta que cada uno de los residentes del edificio ha regresado a su hogar. Es como si la presencia de los hombres de uniforme hubiera sembrado de sombras el trayecto de sus pasos, como si hubieran dejado una estela de negrura tras ellos.

—Yo me voy a mi casa —anuncia Daniel, cuando Bruno franquea el portal del edificio en el que vive.

—¿No subes?

—No. Si te hace falta algo, ven a casa.

No hay teléfono en el barrio en el que viven. Aún no han reparado el tendido de las líneas que se destruyeron en la contienda. En la radio anuncian repetidamente que los trabajos se están concluyendo, pero nadie, que ellos conozcan, puede hacer ni recibir una llamada.

Bruno no responde, solo levanta la mano, cabizbajo, y se dispone a subir los escalones de madera, desgastados por los pies de generaciones de vecinos, hasta la primera planta.

Encuentra abierta la puerta del piso de sus tíos, al que se había trasladado junto con sus padres y su hermana hace años, cuando comenzó la contienda. La madera está astillada a la altura de la cerradura y algunos fragmentos han caído al rellano y al pasillo. La puerta parece descuadrada y, efectivamente, dos de sus goznes han saltado; el inferior se

mantiene a duras penas en su sitio.

Pese a la luz encendida en el pasillo a deshora, hay algo desangelado en la entrada, un desorden indefinido. El espejo con su marco de estaño ligeramente torcido, un pañuelo de bolsillo de mujer arrugado sobre las tablas deslucidas de tarima en el suelo.

El llanto del bebé lo guía al final del pasillo, que traza una ele, y luego a la derecha, a la habitación que ocupan sus padres, un cuarto interior que se asoma al patio de luces. Ve al pasar el cuarto de costura: las bobinas de hilo por el suelo, telas esparcidas por doquier, un vaso roto y el agua derramada.

La puerta de la habitación de la que sale el llanto del bebé está cerrada, pero por el ojo de la cerradura se escapa la luz, como una gota que rebosa y se derrama. Abre con cautela y ve el interior del cuarto revuelto, a su hermana y a sus primos sentados en la cama deshecha. El bebé agita los brazos y el moisés en el que está echado cabecea con sus patadas, pero ninguno de los niños se inmuta ante sus desesperados alaridos. Están en silencio, los ojos, anegados en lágrimas, perdidos en el vacío.

Pablo salta de la cama tan pronto lo ve.

—¡Se han llevado…! —su voz se quiebra.

Bruno lo interrumpe:

—A tu madre y a la mía. Ya lo sé. He perseguido el coche en el que las metieron hasta que ya no sentía las piernas. —Baja los ojos—. Me ha parecido ver a una de ellas por la ventanilla.

—¿Dónde estabas? —le pregunta Silvina, su hermana, con un tono que deja entrever reproche.

Bruno se encoge de hombros.

—Por ahí, en la calle. Dando una vuelta. —Bruno se mira los pies—. ¿Qué ha pasado?

Silvina, a sus catorce años, es la mayor. Lo mira con dureza y aprieta los labios, enmudece un momento, reflexionando, con una mueca a medio camino entre el desconcierto y la indefensión, y luego habla despacio, ordenando a la vez sus ideas.

—Mamá y la tía estaban en el cuarto de costura. La tía daba el pecho a Mateo y por eso nos habían echado. Nosotros

jugábamos a los muertos en el comedor y oímos unos golpes horribles en la puerta. La echaron abajo. —Silvina se detuvo, se mojó los labios con la lengua, como si las palabras se los secasen al escapar entre ellos—. Nos quedamos quietos y oímos voces de hombres. Te juro que ni siquiera llamaron para que los abriéramos. Escuchamos un estruendo horrible y ya se oían pasos en el pasillo, como de un ejército. Pasos que retumbaban. Algunos entraron al comedor y nos sacaron a empujones al cuarto de costura. Luego no sé lo que pasó que arrancaron a Mateo del pecho de la tía y lo dejaron en el suelo de cualquier manera. Cogieron a mamá y a la tía del brazo y les preguntaron por papá y el tío. Ellas no paraban de pedir que les dijesen qué pasaba. Uno le dio a mamá una bofetada y le advirtió que tenía que limitarse a contestar a las preguntas, que no tenía derecho a hacerlas. Los otros hurgaban por todas las habitaciones de la casa. Oíamos estruendo de cajones, de cosas volcadas. El que parecía mandar dijo que papá y el tío son unos traidores, y que van a encontrar su merecido. Otro enseñaba un montón de papeles que tenía en la mano al que parecía el jefe, y él obligaba a mamá y a la tía a leerlos.

—¿Qué eran los papeles? —pregunta Bruno, que no termina de comprender lo que su hermana le cuenta.

Silvina rebusca entre las sábanas y le tiende una octavilla.

Bruno la toma y se sienta despacio a los pies de la cama.

No entiende nada.

Está escrito en un lenguaje casi ininteligible para él. Pone cosas como «gobierno ilegítimo, opresores, rebelión…».

Los gritos del bebé se redoblan en el silencio en el que todos se han sumido.

—¿Por qué no coges a Mateo? —grita Bruno dirigiéndose a Silvina—. Va a acabar por reventarnos los tímpanos. —Se tapa los oídos con las manos.

—¡Cógelo tú! —le reta Silvina.

—¡Me da miedo! —Ve entonces que su prima Martina se echa sobre la almohada y entierra en ella la cara. Martina, pálida, no consigue borrar la mueca de terror de su rostro. Tiene un arañazo sanguinolento en la cara. Bruno aparta sus ojos de ella y vuelve a dirigirse a Silvina—. ¿Y qué más pasó?

—El que parecía el jefe ordenó que se las llevaran. La tía empezó a llorar y a gritar: «¡Mi bebé, mis niños! ¡No pueden llevarnos! ¡No se pueden quedar solos!», pero los hombres debían de ser sordos, porque las fueron empujando hasta la puerta, aunque ellas se resistían. Mamá se ganó otra bofetada, porque empezó a dar patadas y a revolverse, le hicieron mucho daño en un brazo, se lo retorcieron. Todos los vecinos estaban asomados en la escalera y cuando salían los hombres, se retiraban y cerraban las puertas de sus casas. Nadie movió un dedo. Nadie protestó. Nadie los llamó cobardes ni defendió a mamá y a la tía. Se las llevaron escaleras abajo. Uno de los hombres se volvió hacia nosotros y nos dijo que nos metiéramos adentro inmediatamente si no queríamos que nos llevaran a nosotros también. Luego vimos que iban bajando vecinos, pero nadie se metió en casa ni nos dijo nada. Eso fue hace un rato. Yo recogí del suelo a Mateo y lo acosté en el moisés. Seguramente llora porque se ha quedado con hambre, pero tú me dirás cómo vamos a darle leche.

Bruno no sale de su asombro. No puede comprender nada. Como nunca ha conocido el desamparo, no sabe qué emoción se apodera de él haciéndolo temblar.

—¡Vamos, Pablo! —dice dirigiéndose a su primo, que mira a Silvina, a Bruno y a Martina sin decir nada—. Tenemos que ir a buscar a tu padre y al mío. Tenemos que contarles lo que ha sucedido.

—¡No! —exclama Silvina—. Que Pablo se quede aquí, yo voy contigo.

—¿Y quién va a cuidar del bebé? —argumenta Bruno.

—¡Que lo cuiden Pablo y Martina, para algo son sus hermanos!

Martina empieza a llorar suavemente.

—Voy contigo —se apresura a decir Pablo, gateando desde el centro de la cama al suelo. Siente por su primo, apenas cuatro años mayor que él, una admiración ilimitada—. Yo no sé qué hacer con el bebé. Tú eres una chica —añade, mirando a Silvina, forzándose a apartar sus ojos de los senos que empiezan a despuntar bajo el jersey estrecho que le ciñe el torso, como si el hecho de ser mujer y mayor que ellos

confiriese a la muchacha una sabiduría innata para hacerse cargo de un pequeño.

—¡Yo tampoco sé qué hacer! —protesta Silvina—. ¡Es que no sé qué le pasa!

—¡Pues pregunta a una vecina, idiota! —se impacienta Bruno—. ¡Vamos, Pablo! Tenemos que avisar a nuestros padres. Luego volvemos.

—¡Y tú deja de llorar también! —exclama Silvina, impaciente, dirigiéndose a Martina, que ahora solloza mientras los chicos se alejan hacia la puerta—. ¡Mateo es tu hermano! Enséñale un juguete o algo.

Los pasos de los chicos se alejan por el pasillo en dirección a la puerta. Silvina se vuelve a la cuna. El bebé tiene la cara roja y su llanto es un berreo estridente que a duras penas le permite un instante de reposo para volver a llenar de aire sus pequeños pulmones.

Martina se limpia las lágrimas.

—Mamá siempre lo coge en brazos y le da palmaditas después de mamar. —Hipa, mirando a su prima—. A lo mejor si lo coges…

Silvina se levanta, se asoma al moisés e incorpora a Mateo con cuidado. El bebé manotea y ella se siente aterrada, pero se sobrepone mirando a su prima, que no pierde uno solo de sus movimientos. Le sujeta la cabeza con cuidado, tiene empapada la nuca. No sabe si es sudor. Huele muy mal. A leche agria. Su tía Eva se lo ha dejado coger varias veces y siempre insiste en que hay que sujetarle la cabeza. Se lo acerca al pecho y lo sostiene contra su hombro. El bebé enmudece un momento y al instante vomita un reguero de leche caliente sobre el jersey de la chica. Silvina cierra los ojos, asqueada. Martina, en cambio, abre mucho los suyos y lanza una exclamación de disgusto.

—Lo ha puesto todo perdido. Mamá siempre se pone una gasa al cogerlo.

Silvina deposita al bebé sobre la cama, junto a Martina, el bebé vuelve a llorar al momento. Silvina se dirige a la habitación que ambas primas comparten, justo frente a la puerta de entrada ahora desvencijada.

En medio del pasillo se derrumba.

Están solas. Completamente solas.

Se rehace y entra a su habitación. La puerta del armario está abierta y la ropa tirada en el suelo. Parece que la han pateado. Se quita el jersey sucio a manotazos. Rebusca entre las prendas revueltas, coge otro cualquiera y se lo pone, descubriendo al momento que el olor a agrio se ha adherido a su piel, a su pelo.

El bebé sigue llorando al fondo de la casa.

Silvina toma una determinación, sale al rellano y se dirige a la puerta de la vecina de enfrente. Pulsa el timbre y espera, paciente, aguzando el oído para oír los pasos que van a aproximarse.

3

Tragaluz

Pablo se fija al pasar en la hora que marcan los relojes en el escaparate del taller de relojería. Todos señalan las siete y diez. Faltan unos 50 minutos para que concluya el turno en la imprenta. Su padre y su tío suelen llegar a cenar a eso de las ocho y veinticinco.

—¿No sería mejor esperar en casa con Martina y Silvina? —pregunta a Bruno, metiéndose las manos en los bolsillos—. Ya es tarde. No va a tardar en hacerse completamente de noche y ellos no llegan mucho después.

—Si llegan después, y si ganamos una hora o más en advertirles, mucho mejor. Lo que no tiene sentido es que lleguen a casa y les contemos lo que ha sucedido, porque ya será tarde para hacer nada.

Pablo baja la cabeza, sumiso.

No se atreve a decirle a Bruno que Silvina ha omitido detalles en su relato, que su madre sangraba por la nariz cuando la empujaron por la puerta, que ni siquiera le habían dejado limpiarse con el pañuelo que sacó del bolsillo. La escena le ha impactado. Ahora piensa que se ha portado como un crío, que de haber estado su primo este se hubiera enfrentado a los hombres. Los hubiera pateado, hubiera sabido manejar la situación y ahora no estarían camino a la imprenta, buscando ayuda. La situación le sobrepasa. No es capaz de digerir la violencia de la que ha sido testigo.

La imprenta no está lejos. Poco más de veinte minutos andando. Queda en un callejón oscuro, con el firme de tierra apisonada. En invierno es un barrizal, ahora solo se aprecian las roderas de las camionetas que acuden a cargar y descargar en los almacenes y talleres que se alinean a un lado y otro de

la calle. Pese a que está bien avanzado octubre, en las últimas semanas no ha llovido y todo está seco, marchito, polvoriento. Los pocos árboles que han sobrevivido a los bombardeos ya dejan caer sus hojas alfombrando las aceras llenas de socavones.

Aprietan el paso cuando entran al callejón. Las puertas de la mayor parte de los negocios están aún abiertas, las luces encendidas. El sol ya se ha ocultado en el horizonte, y la única luz que los ilumina no es la de las farolas, sino la que sale de las puertas y ventanas.

La imprenta está en el sótano de un edificio de viviendas de aspecto desolador, con grietas en la fachada, desconchones en el enlucido de los balcones, donde se amontonan trastos: escobas, cubos, tiestos rotos en los que solo se yergue el esqueleto de plantas que hace años florecieron y que nadie se ha molestado en replantar. De los tragaluces que dan ventilación al local de la imprenta sale un resplandor mortecino, el silencio indica que en el interior las máquinas no trabajan.

La puerta, sólida, con cuarterones de madera despintados, que da a la calle y desde la que desciende después un tramo de escaleras, está precintada. Los dos chicos se miran. Bruno alarmado, Pablo desconcertado. No saben qué puede significar la cinta atada que advierte que ha habido una intervención policial.

Bruno no duda, comienza a aporrear la puerta, sin obtener respuesta. Golpea primero, luego acompaña su llamada con voces y, viendo que nadie le abre, coge una piedra de la acera, y llama con más contundencia, aporreando, astillando la madera allí donde golpea.

El estruendo de golpes y gritos exigiendo que abran es tal, que comienzan a asomarse los trabajadores de los almacenes cercanos.

—¿Qué haces, chico? —un hombre vestido con un jersey agujereado y unos pantalones que sujeta a la cintura con un cordel, sale del local contiguo. Está cubierto de serrín. En la puerta del recinto cuelga un cartel que tiene pintadas en rojo las letras: «Carpintería».

—Vengo a buscar a mi padre y a mi tío. Tienen que estar aquí. Se han llevado a mi madre, a mi madre y a la de él —dice Bruno, señalando a Pablo—, y tenemos que avisarlos.

El hombre, tez cetrina, rostro arrugado, ojos que centellean en un cerco violeta de cansancio, los mira con compasión. Parece no saber qué hacer con sus manos. Titubea.

—Chavales, a mediodía vinieron a llevarse a los trabajadores de la imprenta. La policía. ¿Quiénes son vuestros padres?

—Se llaman José e Ignacio —dice Bruno, con un hilo de voz temblorosa.

—José e Ignacio Burgo —puntualiza Pablo.

—Yo vi cómo los metían en el coche, junto con los otros. ¿Decís que se han llevado también a vuestras madres? —El hombre no puede ocultar su expresión de alarma.

—Sí, hace una hora más o menos —interviene Pablo, que, esperanzado, piensa que pueden contar con la ayuda del desconocido simplemente por ser el primer adulto con el que han podido hablar.

—¿Y os han dejado solos? —pregunta el hombre, mirándolos alternativamente a uno y a otro.

—A nosotros, a nuestras hermanas y al bebé.

—¿A un bebé? —se escandaliza el extraño. Y mueve la cabeza a un lado y a otro, expresando su incredulidad—. ¿Con quién estáis? ¿No podéis ir a casa de ningún familiar? ¿Algún vecino?

Los dos chicos se quedan pensativos. Lo cierto es que no tienen familia cerca. Sus abuelos abandonaron el país cuando se inició la contienda y, tras la rendición, no han regresado. Saben que viven lejos, en la campiña del país vecino. En cualquier caso, no saben cómo ponerse en contacto con ellos. Ni, por lo que ellos saben, sus abuelos pueden regresar. Lo han oído cientos de veces a sus madres. Su abuelo era el director de una revista vinculada al gobierno anterior, lo que lo convirtió en enemigo del nuevo gobierno. Fue gracias a las relaciones que tenía el abuelo como consiguieron los padres de Bruno y Pablo sus empleos en la imprenta cuando llegó la gran victoria. Antes de eso, eran periodistas, pero ahora no pueden seguir

ejerciendo su profesión. Tienen también un tío, pero desapareció. Nadie sabe nada de su paradero desde hace más de dos años.

—No, no tenemos familia en la ciudad —se apresura a aclarar Bruno.

—Y los vecinos no hicieron nada por evitar que se las llevaran, solo miraban —vuelve a intervenir Pablo, por cuya mente seguían pasando como en una película los fotogramas de la escena en el cuarto de costura, en el pasillo, en las escaleras…

—¿A dónde se llevan a los que se llevan? —pregunta Bruno, desconcertado, tratando de entender.

—A comisaría, a la comisaría central, la que está en la plaza del Nuevo Amanecer —aclara el desconocido—. Pero vosotros no podéis ir allí. No solos, al menos.

—¿Y usted podría acompañarnos? —pregunta Pablo, que al oír lo de la comisaría presiente que lo que ha sucedido es aún más grave de lo que alcanzan a suponer.

El hombre guarda silencio unos instantes, mirándolos sin verlos.

—No. No puedo ir. Nadie puede ir a no ser que lo lleven. —Eso lo convertiría en un sospechoso—. ¡Quién sabe si me dejarían salir una vez haya entrado! Cuando digo ir solos, me refiero a que tendríais que ir con vuestras hermanas y el bebé. Solo así tendríais la posibilidad de que soltaran a alguna de vuestras madres.

—¿Y si nos encierran con ellas? —pregunta Pablo, abriendo mucho los ojos, aterrorizado.

—Pero ¿y si vuelven entre tanto nuestras madres y no nos encuentran en la casa a ninguno? —tercia Bruno.

El hombre niega con la cabeza.

—Esperad a mañana. Si no tenéis noticias de ellas ni de vuestros padres, deberíais intentarlo. No es probable que os encierren siempre y cuando llevéis al bebé con vosotros, pero pudiera ser que dejaran libre a alguna de vuestras madres —se encoge de hombros y añade, titubeante—. Supongo, pero no puedo saberlo.

Bruno señala la puerta de la imprenta.

—Aquí hay alguien. Sale luz por el tragaluz. ¿Por qué no abren? —inquiere.

—A media tarde dejaron libre al encargado. Posiblemente haya accedido al interior por la puerta que comunica con la casa del propietario. No os abrirá. Volved a casa —aconseja el desconocido, a la vez que se vuelve, dispuesto ya a retirarse.

—Tenemos que hablar con él —dice Bruno, con una obstinación que no atiende a razones—. Necesitamos al menos que nos den algo de dinero para comprar comida y para tomar el tranvía si tenemos que ir a la comisaría.

El hombre se queda mirando a los niños de hito en hito, sin ocultar su admiración por su tenacidad, por su lucidez.

—Está bien. A ver si hay forma… —dice, suspirando, y se agacha junto a uno de los dos tragaluces que dan al negocio, junto al que deja entrever algo de luz. Comienza a repiquetear en los cristales con los nudillos.

—¡Asómate, Genaro! Esto es importante. Soy Gabriel, el del taller de al lado.

Deja de llamar y aguarda.

Al momento vuelve a golpear, más fuerte.

—Si no abres, tendré que subir a casa de Alfonso. Están aquí los chicos de José e Ignacio. ¡Vamos, abre! Es importante.

Bruno y Pablo flanquean a Gabriel, acuclillado junto al tragaluz. Oyen unos ruidos leves, cautelosos. Una cortina de mugre cubre el tragaluz, pero se distingue la sombra de un rostro con bigote.

Trastea con la manivela del tragaluz, el mecanismo parece atascado, seguramente por falta de uso.

Gabriel cambia de postura. Los chicos se acuclillan a su lado.

Por fin, el cristal polvoriento deja ver a contraluz a Genaro, el encargado, con cara de pocos amigos.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta, visiblemente molesto.

—Son los hijos de José e Ignacio —comienza a explicar el empleado del taller—. También se han llevado a sus madres. Los chicos están solos con un bebé. Necesitan algo de dinero para comprar comida.

—¡De José e Ignacio! —exclama el hombre, enfurecido—.

¡Mal rayo parta a esos canallas!

—¡Genaro! ¡Son sus hijos! —le reprende Gabriel.

—¿Tú sabes la que hemos tenido aquí por su culpa? ¡Mira! —Se aparta unos centímetros de la ventana para mostrar el interior del recinto. Todo está revuelto: botes de tinta, piezas desmontadas de las máquinas, resmas de papel esparcidas e inservibles con huellas de pisadas—. No podremos entregar los trabajos pendientes de la semana. Aún están el aprendiz y Alfonso retenidos en comisaría. ¿Y todavía vienen sus hijos a buscar dinero? ¡Mirad, chavales! —dice, dirigiéndose a los chicos—. Si vuestros padres vuelven a casa por casualidad, porque no los llevan al paredón, que es lo que se merecen por habernos puesto a todos en peligro, decidles que no vuelvan a asomar por aquí la jeta. Porque si lo hacen, si se han salvado de la cárcel o del fusilamiento, los emparedo yo mismo con mis propias manos. ¡Nos han puesto en peligro a todos, y nosotros lo único que queremos es vivir en paz! ¿Me habéis oído?

Pablo se echa hacia atrás, como si así pudiese parar un golpe invisible.

Gabriel trata de aplacar al encargado:

—Ellos no tienen la culpa de nada, Genaro. Están solos con sus hermanas y un bebé. Son inocentes y les hace falta ayuda. ¿No vas a hacer nada?

Genaro hace un gesto de desprecio y cierra la ventana del tragaluz con malos modos.

Gabriel se pone en pie despacio.

—No es un buen día para venir con peticiones —dice, cabizbajo—. Quizá mañana… Volved por aquí a eso del mediodía. Ya habré hablado con él. Mientras tanto… —Gabriel se hurga en los bolsillos, saca unas monedas, acerca la mano a su rostro para contarlas, no puede reconocerlas en la oscuridad y se pone de nuevo en cuclillas para comprobar la cantidad al débil resplandor que sale del tragaluz. Mueve la cabeza. Vuelve a hurgar en sus bolsillos, saca un billete de escaso valor del que es evidente que le cuesta desprenderse y acaba tendiéndoselo—. Para que compréis lo más necesario. Volved mañana —y les da la espalda para regresar al taller del que ha salido sin volver la cabeza.

Bruno mira el billete en la palma de su mano y lo introduce en el bolsillo de su pantalón. Se siente desvalido. No se le ocurre nada más que regresar a casa. No puede dar rienda suelta a su impotencia, a su miedo. Pablo es su primo pequeño. Lo idolatra desde que tiene uso de razón. Siente deseos de sollozar, de llorar y gritar para liberar la opresión que se le ha instalado en el pecho, pero no puede hacerlo. No puede demostrar que se siente desamparado. Tiene que seguir siendo, a ojos de su primo, el héroe que siempre ha sido.

—¿Qué hacemos? —Pablo lo mira, como si él tuviera todas las respuestas.

—Volver a casa, claro. Lo mismo dentro de un rato vuelven todos. Mejor esperarlos allí.

No quedan chicos de su edad por la calle, por eso todas las miradas de los hombres y las mujeres con los que se cruzan se fijan en ellos, los escrutan. No son miradas amigables o compasivas. Parece que los juzgan, que dan por supuesto que hay algo malo en ellos. Los hijos de una buena familia ya deben estar recogidos en sus casas.

Bruno ve que las puertas de los comercios echan el cierre. Está visto que de las puertas no pueden esperar nada. La de la imprenta no se les ha llegado a abrir, la de su casa no les ha protegido de la intrusión de la policía. De hecho, ahora que se detiene a pensarlo, se da cuenta de que tampoco los protegerá las horas que les aguardan solos. Tendrán que pedir ayuda a alguien para poder cerrarla, para dormir seguros.

Cuando llegan al principio de la calle en la que viven, se dan cuenta de que el llanto de Mateo desborda las paredes, las ventanas. Es audible desde la acera. Los dos primos intercambian una mirada sobrecogida.

—Seguro que no han vuelto.

Ven unos pasos por delante a Juan Terreiro, su vecino de rellano, que entra en ese instante en el portal. Julia, la madre de Bruno y Silvina, siempre guarda las distancias con él. Bruno le ha oído advertir que no es hombre de fiar. Pero Eva es muy amable con la familia, les dan mucho trabajo. Bárbara, la hija de Terreiro, es la amiga inseparable de Martina, también en el colegio, donde comparten pupitre. Pasa muchas tardes en casa,

aunque Martina rara vez va a jugar a la casa del otro lado del rellano.

Bruno aprieta el paso para dar alcance al vecino. Piensa que es a él a quien debe solicitar ayuda, consejo. Terreiro es un hombre bien situado, que sale a trabajar todos los días con un abultado maletín de cuero, gabardina y sombrero, aunque no tiene ni idea de a dónde puede ir a trabajar así.

—¡Señor Terreiro! ¡Señor Terreiro, tengo que contarle una cosa!

Pablo pierde de vista a su primo, que comienza a subir los peldaños de dos en dos.

—¡Por favor, señor Terreiro! ¡Oiga! ¡Por favor!

Cuando Pablo llega al rellano ve a su primo ante la puerta del vecino, con el puño levantado, como si fuera a llamar y una fuerza invisible le impidiera hacerlo.

Apoya el brazo en la puerta y deja caer la cabeza.

—Ha cerrado sin contestarme siquiera.

Pablo se acerca a él.

—A lo mejor se venía meando y por eso no se ha parado.

Él puede comprender perfectamente la situación porque da saltitos y se aprieta la bragueta con la mano.

La luz del pasillo sigue encendida, el llanto del bebé parece amplificado por el tiro descomunal del patio de luces, un vano al que pasillos y dormitorios se asoman.

La puerta de la habitación de Silvina y Martina está abierta y deja ver el caos que reina en su interior. Bruno la cierra al pasar. Su primo corre al aseo como una exhalación nada más traspasar el umbral.

El mayor cierra el resto de las puertas que se alinean en el pasillo y se dirige después a la habitación de Julia y José. El bebé está acostado en el centro de la cama, rodeado de almohadas y destapado, agitando los pies y cerrando los puños. El rostro contraído, casi morado. Un olor nauseabundo inunda la estancia. Huele a excrementos, vómito, orina.

Silvina y Martina están ante el espejo del armario, con las puertas abiertas. Martina se ha puesto un traje de lentejuelas de color plata, una cinta en el pelo y finge fumar con una boquilla. Tiene los ojos cubiertos por una pasta azul espesa, las

mejillas rojas como las de un payaso y la boca se le deforma en una mueca de carmín color rojo sangre que se ha corrido por las comisuras. Se ha empolvado la cara y su aspecto es tétrico, como el de un payaso borracho.

Silvina da un salto cuando Bruno entra.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al ver su expresión desolada.

Bruno se encoge de hombros.

—A mediodía se llevaron a papá y al tío a la comisaría. Y no solo a ellos. Se los llevaron a todos. A todos los de la imprenta. —Bruno se pasa la lengua por los labios, está visiblemente nervioso y los berridos del bebé lo alteran, el ritmo de su corazón se ha acelerado—. Luego soltaron a uno, y ese nos dijo que no quería volver a ver ni a papá ni al tío, que ellos han puesto en peligro a los demás. No me dio dinero, pero un hombre que salió de un taller de al lado me dio esto. —Bruno saca del bolsillo el billete sobado—. Podemos comprar comida. También me ha dicho que volvamos mañana a mediodía y que, si no sabemos nada de papá y mamá y de los tíos para entonces, vayamos todos a comisaría… con Mateo. Pero también me dijo que él no nos acompañaría.

Pablo irrumpe en la habitación como una tromba, Silvina y Bruno guardan un silencio lleno de negros presagios, como si cada uno explorara la amenaza implícita en esa visita a comisaría. Martina se contonea delante del espejo.

—¿Es usted la famosa cantante? Sí, soy Martina Corazón.

El bebé enmudece, boquea tragando aire y rompe de nuevo a llorar con fuerzas redobladas.

4

Mirillas

—¡Haz que se calle de una vez, por favor! ¡Que se calle! —grita Bruno, tapándose los oídos con las manos, incapaz de soportar el llanto estridente y afónico de Mateo—. ¡Se va a morir si sigue así!

—¡Intenta callarlo tú! —le reta Silvina—. Intenta calmar también a Martina, que no paró de llorar hasta que le propuse que se disfrazara. ¡Yo ya no sé qué hacer!

—¿Pero no has preguntado a nadie?

La expresión de Silvina se contrae en una mueca de nerviosismo. Se vuelve hacia Pablo y le ordena:

—¡Coge al bebé de la cama con cuidado! Nosotros vamos a ver si hay leche para darle. Y buscad un pañal limpio y cambiadle. Sois sus hermanos.

Martina no parece oírla, a Pablo se le altera la expresión.

—No sé hacerlo.

—Lo habéis visto miles de veces —dice Silvina—. Hay que quitarle el pañal sucio, lavarle con una esponja. —Señala una palangana de agua turbia y fría en un lado de la habitación—. Luego le ponéis el pañal limpio. Si tiene el culo rojo, le untáis pomada. Está en la habitación de vuestros padres, lo mismo que los pañales.

Sale de la habitación seguida por su hermano y recorren el pasillo sobrecogidos, como si lo pisasen por vez primera.

Un arcón frente a la entrada que muestra en relieve a un hombre herido de muerte, traspasado por multitud de venablos, y que profiere un grito silencioso con la boca abierta como las fauces de un animal, los inquieta, y apresuran el paso al cruzar por delante. La puerta que da al rellano sigue abierta y una corriente de aire frío asciende por el hueco de la escalera

y enfila el pasillo, como un cuchillo helado.

La puerta abierta es un peligro, y ambos lo saben, pero lo sortean, evitando referirse a qué hacer al respecto. Doblan en dirección a la cocina. Frente a la puerta, el cuarto de baño con su inmensa bañera con garras de león los contempla. La luz del baño está encendida y hay una toalla sobre el lavabo. Bruno se fija en que Silvina tiene el pelo húmedo. Los dos hermanos se refugian en la cocina y entornan la puerta. Silvina se apoya sobre el fogón y comienza a llorar.

—¿Qué te pasa?

—Cuando os fuisteis cogí a Mateo en brazos. Me vomitó encima. Me cambié. Llamé a casa de la vecina, pero nadie me abrió. Volví a la habitación para coger a Mateo. Mandé a Martina a llamar otra vez a casa de la vecina para que viniese a echarnos una mano. Que nos dijese qué le pasa. Mientras tanto, yo le di golpes en la espalda al bebé, como hace la tía Eva, pero no se calló. Lo tumbé con su oreja apoyada en mi corazón, y tampoco se calló. Le canté canciones, le enseñé juguetes, pero nada. Martina tardó bastante en volver y me dijo que había llamado a todas las puertas, que había esperado mucho tiempo ante cada una. Me contó que la mirilla se abría y se cerraba al momento y nadie la abrió. Le dije que eso tenía que ser mentira —gimió Silvina—. La obligué a quedarse con el bebé, pero lo puse en la cama, porque Mateo patea tanto que se te escurre de los brazos todo el tiempo. Salí yo misma. Llamé a la puerta de los vecinos del resto de las plantas varias veces, y esperé después de llamar a cada una. Yo también me di cuenta de que en la mirilla se abría una rendija y luego se volvía a cerrar y, de repente, donde antes había habido ruidos, solo se escuchaba un silencio que te ponía los pelos de punta. Fui puerta por puerta, desde nuestro piso al cuarto. Llamé a todas, y en todas pasó lo mismo. Lo mismo que había dicho Martina. Antes de llamar se oían ruidos, voces. Al llamar, de repente se hacía tal silencio que daba muchísimo miedo. Luego, pasos que iban a la puerta, con mucho cuidado. Una rendijita pequeñísima en la mirilla y más silencio. Como si todos disimulasen para que pensásemos que no había nadie en la casa.

Bruno se siente al fin libre de llorar. Se apoya también en el fogón y solloza, tratando de sacar del pecho toda la angustia que le impide respirar.

—No entiendo lo que pasa —prosigue Silvina—. Nunca hasta ahora había sucedido algo así. Salíamos a cualquier casa, llamábamos y nos abrían. Y todo el mundo tiene que estar oyendo llorar a Mateo.

Bruno se limpia las lágrimas con la manga de su jersey. Silvina se da cuenta de que tiene churretones en las mejillas.

—Yo vi al entrar al señor Terreiro. Lo llamé muy fuerte, corrí tras él, pero se hizo el sordo y me cerró la puerta en las narices —confiesa—. ¿Qué vamos a hacer?

—De momento —dice Silvina, tras reflexionar unos instantes—, tenemos que dar de comer al bebé. Vamos a calentar la leche. Debe de haber algún biberón por aquí y, si no, tendremos que darle de comer como a los gatitos, mojando una tela en la leche y dándosela a chupar. A lo mejor así se calla.

—¿Hay algo para comer nosotros?

Silvina se encoge de hombros.

—No sé, quedarán galletas. Vamos a mirar.

Ambos inspeccionan los armarios.

Hay una botella y media de leche, una caja en la que no quedan muchas galletas, una barra de pan, patatas y huevos.

—¿Cenamos con esto? —pregunta Bruno, desconfiado.

—Sería lo que había para cenar —responde Silvina, dubitativa—. Irían a hacer tortillas. ¿Tú sabes?

Bruno niega con la cabeza.

—Pues cenamos leche y galletas —propone.

—¿Y qué desayunamos mañana, listo?

—Espero que esta noche ya haya alguien de vuelta. No pueden retener a mamá y a la tía. Han visto que dejaban solos a niños.

Silvina asiente en silencio, coge un cazo y vierte en él medio vaso de leche.

—Con esto, Mateo comerá, ¿no? Es muy pequeño todavía.

—Estoy pensando… —dice Bruno, dubitativo— en ir a casa de Daniel y decirle a Luz que venga a ayudarnos con Mateo y a

preparar la cena. Daniel me dijo que estaba en casa de su tía, pero seguro que ya ha llegado para hacer la cena a su familia.

A Silvina se le ilumina el rostro.

—¡Buena idea! Pero tienes que darte prisa. Mira qué hora es, es tardísimo. No van a tardar en cerrar los portales. Luz seguro que nos ayuda. Yo mientras le doy algo de comer a Mateo, a ver si se calla. No encuentro un biberón. Voy a buscar un trapo y le doy la leche como a los gatitos. —Puso la leche a calentar en el fogón y siguió rebuscando por todos los rincones —. Dile de paso que traiga un biberón o algo.

Bruno sale de la cocina en dirección a la puerta. Vuelve a dudar al verla abierta. El siseo del viento en el pasillo le hace estremecer.

Cruza el rellano y vuelve a probar a llamar a casa de los vecinos. A través de las cristaleras del patio de luces ve que se filtra luz desde el interior de la vivienda. Pulsa el timbre repetidas veces y espera. Vigila la mirilla fijamente. Es una mirilla de latón, cuadrada, como una ventanita que se abre en la puerta. Tiene una especie de persiana de metal que se corre hacia un lado para poder comprobar quién llama antes de abrir.

Le parece oír pasos cautelosos por el pasillo.

—¡Señor Terreiro! ¡Señora Terreiro! ¡Bárbara! Somos nosotros, los vecinos. ¡Estamos solos! ¡Mateo no deja de llorar y necesitamos ayuda! —grita, acercándose a la mirilla para que le oigan con claridad—. ¡No tenemos biberón para dar de comer a Mateo! ¡Señora Terreiro, por favor, ayúdennos!

Vuelve a oír los pasos cautelosos, pero ahora en retirada, alejándose. A través de las cristaleras ve desaparecer el leve resplandor de la luz que procede de su comedor. Alguien ha cerrado esa puerta.

¿Por qué actúa todo el mundo como si fueran invisibles? Ellos no han hecho nada a nadie. Al contrario. Su madre y su tía incluso regalan a Bárbara vestidos para su muñeca, que confeccionan con los retales de las telas que les llevan para coser la ropa que les encargan.

Cabizbajo, enfila las escaleras y se dirige por la calle oscura a casa de Daniel. Luz no les negará el socorro. No solo por

Daniel, sino porque trabaja con ellos. Ella no puede hacerse la sorda, ignorarlos.

Desde la guerra, han desaparecido las farolas en la calle. Dejaron de encenderlas desde los primeros bombardeos. Luego, la mayor parte de ellas se hizo añicos, y aún seguía sin restablecerse el alumbrado público. El pobre resplandor que sale de las ventanas donde todos se disponen ya a cenar no basta para iluminar la calle. Bruno se estremece. La noche otoñal es fresca y no se ha puesto una chaqueta para abrigarse.

Piensa en qué harán al día siguiente si nadie aparece. No pueden dejar solo a Mateo. No podrán ir al colegio. La expectativa, que lo hubiera llenado de alegría cualquier otro día, no le produce alivio alguno.

5

Gatera

Tiene los minutos contados para el trayecto de ida y vuelta. Media hora después del paso del último tranvía se cierran los portales. Los horarios han sido cuidadosamente calculados. Se deja un tiempo de margen después de que los negocios echan el cierre, se suma lo que tarda en llegar el personal a las paradas, y después la duración del trayecto más largo, desde la cabecera de cada línea al final de esta, para acabar también se añaden entre treinta y cinco y cuarenta minutos, para que quien vive más alejado pueda llegar antes del cierre de los portales de los edificios. Después, nadie puede entrar ni salir hasta el amanecer.

Ha oído a su tío hablar de un hombre que tiene que hacer el trayecto de vuelta a su casa, tras todo un día de trabajo, corriendo hasta perder el aliento. Es un hombre mayor, camina encorvado y ha habido algún día que ha tenido que buscar refugio por no llegar a tiempo. No llegar a tiempo es una tragedia. Es preciso esconderse si no se tiene refugio, y si se encuentra una casa en la que pernoctar, los dueños de esta tienen que declarar la visita del rezagado.

Nadie puede tener nada que ocultar. Las vidas deben ser transparentes, ejemplares.

Por eso nadie puede quedarse en la calle. Los imprevistos están descartados. Un imprevisto debe ser notificado a las autoridades, y son ellas quienes deben tomar cartas en el asunto.

Las patrullas que merodean por la noche en busca de indigentes y, según dicen, de miembros de la Resistencia, detienen a quien encuentran por la calle a deshora, lo interrogan; cualquier individuo se convierte automáticamente

en un sospechoso. Bruno piensa que, si a él le sucediese algo así, se refugiaría en la hondonada de la carbonera del solar. No le dan miedo los fantasmas, sabe que entre ellos está Alicia y ella no permitiría que le ocurriese nada malo. También sabe dónde asoma una manta raída por el sol y la intemperie, con la que abrigarse y ocultarse a la vista de algún merodeador. Ya presiente que no puede confesar a las autoridades que busca ayuda porque han detenido a los adultos de su casa.

Acelera el paso. Pese a que ha barajado la posibilidad de no llegar, o precisamente por eso, no le gustaría pasar la noche solo y al raso. Lo que le gustaría, en realidad, es que Luz no le deje regresar a casa. No tener que pasar la noche con Silvina y con sus primos. Pero si no regresa, ¿cómo van a cenar ellos? Pablo y Martina son muy pequeños, no sirven de ninguna ayuda, y Silvina, definitivamente, no sabe qué hacer con Mateo.

Ya ve el edificio en el que vive Daniel, distingue la luz encendida de su comedor de entre todas las luces de los comedores encendidas en la fachada. Cruza a toda prisa el portal, en el que no hace guardia el portero, y sube las escaleras hasta el segundo piso. Golpea con el llamador y espera. Fija sus ojos ansiosos en la mirilla, pega el oído a la madera de la puerta para escuchar los pasos que se tienen que aproximar. La mirilla apenas se desliza y escucha una exclamación ahogada. No es de Luz, es de Tomás, el padre de Daniel.

La puerta no se abre.

En algunas puertas, como en la puerta de la casa de Daniel, además de mirillas, se abren ventanos, ventanas de reducido tamaño. La de la puerta de Daniel es una gatera, una abertura batiente que permite la entrada de un gato o un perro. Esa gatera estaba abierta en la puerta antes de que los padres de Daniel se mudaran a la casa, cuando se vieron obligados a buscar otro piso tras el derrumbe del edificio en el que vivían.

—¿Qué haces aquí? —oye que le pregunta en un susurro temeroso la voz del padre de Daniel a través de la gatera, que se ha entreabierto.

—Nos hemos quedado solos —susurra él a su vez,

apremiante—. No tenemos nada para cenar. Me preguntaba si Luz podría… Si podrían…

Un silencio. Bruno puede oír los pensamientos de Tomás que sopesan cuidadosamente las alternativas como si se tratase del mecanismo de un reloj con la manecilla atorada.

—Luz no está. No creo que regrese esta noche. Sigue con mi hermana y no sabemos nada de ella aún. Ya me ha contado Daniel lo que os ha sucedido —se sume en un hosco silencio y luego silabea, con un susurro como de serpiente—. ¿Sabes que nos estás poniendo en peligro llamando a nuestra puerta?

—¿En peligro? ¿Cómo? —Daniel, que a duras penas oye los susurros de Tomás, pega la oreja a la gatera.

—Estáis señalados con las detenciones. Nadie va a ayudaros, Bruno. Cuando Luz regrese, no irá a trabajar a vuestra casa. Podrían detenerla también… O a mí si alguien declara que he hablado contigo. ¿Qué sería de Daniel?

Bruno titubea.

—Pero… pero si le pasase algo así, él vendría a nuestra casa. Y le ayudaríamos. ¿Por qué no pueden ayudarnos a nosotros?

Un nuevo silencio.

—Espera.

La gatera se encaja y oscila un par de veces antes de quedarse fija. Bruno vuelve a acercar la oreja a la puerta y lo que oye no es ruido de pasos exactamente, sino el sonido de un cuerpo que se arrastra por el suelo.

Se le enciende una luz.

Las ventanas.

Tomás repta para evitar ser visto desde las ventanas.

Ahora solo se es libre encerrado en un lugar sin ventanas. Solo se es libre en las mazmorras, donde nadie puede espiar.

Bruno aguarda lo que le parece una eternidad. Los latidos de su corazón tienen que retumbar por fuerza en el angosto descansillo, traspasar las puertas, subir las escaleras, golpear las paredes del hueco del ascensor. Cae en que no ha pensado en ponerse en un ángulo que le proteja del espionaje de las mirillas de las puertas del otro lado, de modo que se acurruca y respira con sigilo. La luz de la escalera está apagada.

Le protege la oscuridad.

Un rato después, la gatera se abre lo suficiente para permitir el paso de una bolsa de tela que no pesa demasiado.

—Ten. Apañaos esta noche con esto. Ya veremos qué pasa mañana.

—Mañana, mañana… Todo el mundo dice que esperemos a mañana, pero lo mismo mañana ya es muy tarde —se impacienta Bruno.

—No hay otra alternativa —dice Tomás—. Hoy ya es tarde.

—Tenemos un problema —carraspea Bruno con una urgencia angustiada—. Mateo no ha dejado de llorar desde esta tarde. No conseguimos calmarlo. Necesitamos que Luz o usted vengan a casa para decirnos qué le ocurre. No sabemos nada de bebés.

La voz de Tomás vacila al decir.

—Esperad a mañana. Es todo lo que puedo decirte a estas horas. Dadle calor. Posiblemente tenga frío. Si sigue llorando, no llaméis a las puertas, dejad a Mateo bien abrigado delante de una de ellas y volved a casa. Acabarán por atenderlo. Vete ya. No vas a llegar al cierre del portal.

La gatera se cierra tan despacio que parecía que no se hubiese abierto.

Bruno baja la escalera a tientas. Se desliza en cuclillas frente a la garita del portero y, una vez en la calle, iluminada a tramos por la luz que arrojan las ventanas de los pisos inferiores, echa a correr. Se vuelve una última vez hacia la fachada del edificio y ve a Daniel, asomado a la ventana de su casa, haciéndole un gesto con la mano, no sabe si saludándolo o despidiéndolo. Bruno no se lo devuelve.

Ignora si lo que siente es rencor por no haber conseguido lo que venía a buscar o agradecimiento por la espera en la ventana y el saludo de su amigo. Lo que sí sabe es que Daniel no es culpable de la actitud de su padre, es más, le había contado lo que les había sucedido. Pero Tomás es un maldito cobarde. ¿Quién puede dejar a cuatro niños y un bebé abandonados a su suerte durante toda una larga noche?

Ahora sí tiene la certeza de que están completamente solos… Nadie va a ayudarlos. El episodio de las mirillas que se

abrían y cerraban, las llamadas sin contestar… Es el miedo de los vecinos. Suceda lo que suceda, nadie va a acudir en su ayuda. Un dolor muy hondo, un ardor que escuece en el pecho lo ahoga. Cierra los ojos con fuerza para evitar que se le nublen con las lágrimas y echa a correr de nuevo con la bolsa que apenas pesa y no sabe qué contiene.

De cuando en cuando se cruza con algún viandante, con gatos y perros callejeros que husmean en los cubos de basura, ya esquilmados de cualquier resto aprovechable.

No tiene forma de saber qué hora es, pero presiente que no va a llegar y, si no lo hace, va a ser imposible avisar a Silvina, a sus primos.

Siente que sobre sus hombros ha caído una carga excesiva, inmanejable. La carrera y la angustia le escamotean el aire y Bruno boquea tratando de aspirar el suficiente para llegar a su destino.

Ve los primeros movimientos de los porteros que salen de sus garitas. Unos más puntuales que otros.

Algunos barren con desgana el vestíbulo del edificio y consultan sus relojes de pulsera o leontinas; otros repasan las listas donde anotan cada día los nombres de los vecinos a medida que llegan al edificio antes de cerrar el portal, así como los visitantes de cada casa y si han salido o no de ella.

Los transeúntes con los que se cruza corren por las aceras, por en medio de las calles. Tropiezan allí donde las ventanas no arrojan luz suficiente. A su respiración jadeante se unen los golpes rítmicos que hacen las bolsas que llevan colgadas del hombro, y que contienen sus tarteras, llaves y documentación, al chocar contra sus cuerpos.

Bruno se obliga a correr más deprisa. Dos calles más y estará en la puerta del edificio. Si la portera no apura, si se entretiene barriendo, es posible que le dé tiempo a franquear el umbral.

Deja a un lado su temor a tropezar con una piedra, o un obstáculo invisible. Solo ve ventanas iluminadas que se sacuden y se vuelven borrosas al ritmo de sus zancadas, se deforman y se convierten en manchas de colores: rojas, amarillas con bordes verdosos. Flotan sobre una oscuridad

negra que amenaza con engullirlo. Su respiración está cada vez más acelerada, es menos profunda. Suda copiosamente. Su barbilla se ha disparado hacia adelante y tiene desencajada la mandíbula en un esfuerzo de tensión insoportable. Los brazos se desplazan hacia adelante y hacia atrás con una regularidad que él no ordena a sus hombros. Gira la esquina y sus ojos se clavan en el portal de su edificio. La reja está cerrada, pero la luz interior aún encendida.

Escucha unos gritos que no sabe de dónde proceden. Son agudos y no puede entender qué dicen porque los confunde el sonido de un llanto ininterrumpido. El balcón de su casa está abierto y Silvina y sus primos gritan su nombre. Al fin distingue las palabras «deprisa, deprisa» y el nombre de la portera: «¡Clementina, Clementina!». Le faltan veinte metros para llegar cuando la luz del portal se apaga. Salva la poca distancia que le quedaba y comienza a aporrear el cristal de la puerta de entrada, las ventanas de la casa de la portería por orden, de la más cercana a la garita hasta la última. Está afónico:

—¡Abra, abra! ¡Por favor, se lo suplico, Clementina! ¡Abra!

Oye otros golpes. Su primo Pablo ha bajado las escaleras y, en el vestíbulo de entrada, también aporrea la portería gritando tan fuerte que los cristales se estremecen.

Bruno no sabe cuánto tiempo pasan gritando y golpeando los dos, pero las fuerzas se les agotan y el volumen de gritos y llamadas va menguando. Al cabo de unos minutos solo suenan como aleteos de un pájaro moribundo.

Se miran a través del cristal.

Pablo llora en silencio.

El llanto de Mateo en el primer piso atruena la calle silenciosa.

6

Lumbrera

Bruno se siente perdido pese a que conoce el solar como la palma de su mano. Estar perdido no significa no saber dónde se está. La mayor parte de las veces uno se pierde en los lugares más familiares. Basta un cambio de ánimo, la falta de luz, la ausencia de sonidos familiares y los lugares que se frecuentan se vuelven irreconocibles.

Llega a tientas a la hondonada y casi se precipita al fondo. Reconoce el agujero y se queda de pie en el borde. Desde ese punto, su pequeño reino, es desde donde puede orientarse. Las luces de las ventanas de la parte trasera de su edificio van apagándose una a una. Tiene que trazar una ruta en la oscuridad creciente de la noche sin luna para aproximarse a la manta sobre la que ha saltado en tantas ocasiones. La confianza de conocer el terreno le ha abandonado. Ahora se da cuenta de que solo la luz del día le ha protegido todas las tardes de no pisar un cristal en forma de lanceta que puede clavarse en su tobillo. Los acaba de oír hacerse añicos bajo uno de sus zapatos. El otro, con un agujero considerable en la suela, lo apoya solo en el talón para no lastimarse.

Tiene que encontrar la manta si quiere ocultarse y estar abrigado durante la noche al raso que se avecina. Sobre la camisa solo lleva un chaleco fino. Ya ha dejado de sentir el calor de la carrera y los dientes castañetean, el sudor frío se ha pegado a su piel como una capa de rocío helado en la madrugada.

—¡Alicia! —susurra—. ¡Ayúdame tú a ver el camino!

El barrio está sumido en una quietud sepulcral. Solo los ladridos de los perros callejeros y maullidos quejumbrosos desgarran el manto negro del silencio.

Se concentra en la oscuridad. Algunos reflejos le indican dónde hay cristales rotos, filos prestos a desgarrar su carne. Tiene que apresurarse. Pronto se apagará la última luz de la última ventana.

No tarda en darse cuenta de que no es el fulgor que arrojan las últimas luces encendidas lo que ilumina una delgada línea entre los escombros, un sendero estrecho fosforescente que refulge como si fuese un retazo de Vía Láctea entre los cascotes. Del suelo surgen destellos intermitentes, como estrellas sumidas en el barro.

El fulgor acaba en un punto, un círculo más negro que todo cuanto hay a su alrededor.

Sigue el sendero de luz azul celeste como un reguero de hielo. Adelanta un pie y oye el crujir de piedras, siente el desplazamiento del suelo inestable que pisa. Luego adelanta el talón del otro y avanza sobre la línea como un funambulista.

Llega al círculo negro. No es otra cosa que la manta. Forcejea con trozos de ladrillo y yeso entre los que está aprisionada. Huele a meados y a moho. Está ligeramente húmeda, pero no más que su propia ropa empapada de sudor.

Al tironear, el tejido se desgarra. Se queda con algo menos de media en las manos. Algo emerge a la vez que la manta, pero la oscuridad no le permite distinguir qué es exactamente. Suena como porcelana cuando empuja el objeto con el pie y rueda sobre los cascotes.

Está tan agotado que pospone para el amanecer la exploración de los alrededores.

El sendero fosforescente ha desaparecido. La última ventana se apaga en la noche y él va tanteando con cuidado, desorientándose una y otra vez, hasta que al fin logra regresar a la hondonada, el refugio de todos los atardeceres desde el final de la contienda.

La llamaban así, la contienda. Nunca había oído a nadie en público mencionar la palabra guerra. Esa era una palabra reservada al interior de los hogares, al volumen al que se susurra un secreto al oído. Contienda era la palabra elegida para apartar del recuerdo de los ciudadanos los horrores y los muertos.

Bruno se introduce en el hueco de la antigua carbonera, se tumba bocabajo y retira las piedras que pueden punzarle en la espalda para hacerse un lecho. Lamenta que la manta se haya desgarrado, de haber conseguido sacarla de una pieza, hubiera podido extender una parte bajo él y otra por encima. Decide que lo más sensato es echársela sobre la cabeza. Ocultar su presencia por si pasa alguien. Piensa que el olor a meado puede despistar a los perros callejeros, a los perros que acompañan a las patrullas, y el ritmo de su respiración se espacia.

Oye a lo lejos ladridos y el estallido de varios disparos, un grito ahogado.

Bruno ha escuchado palabras sueltas, relatos de lo que sucede por las noches. Sabe que las armas se dirigen contra los miembros de la Resistencia. Gente que lucha contra los vencedores de la contienda, que viven escondidos como ratas y merodean en la oscuridad para atacar a las patrullas, para sembrar el caos. Se pregunta si está en peligro, expuesto por igual a los perros de las patrullas y al acoso de los miembros de la Resistencia.

Concentra su atención para descubrir si los ladridos se aproximan a la escombrera, si los perros seguirán su rastro. No sabe cuánto tiempo permanece así.

El sollozo le sorprende cuando ya tiene la cara empapada de lágrimas. No sabe cuánto tiempo lleva llorando.

Las lágrimas están calientes y la mejilla le arde, como si una mano febril fuese restregando los regueros de agua salada y lo reconfortase.

Tantea en la oscuridad hasta encontrar la bolsa de tela que le ha dado Tomás. El tacto le indica que en el interior hay una cantidad considerable de pan y algo envuelto en papel crujiente, papel de plata. Rasga uno de los bordes. Acerca el envoltorio a su nariz.

Es chocolate.

Bruno sonríe por primera vez desde hace varias horas. Da un mordisco a la tableta y se da cuenta del hambre que tenía.

¿Qué hora será? Seguramente falta poco para la medianoche y él no ha probado bocado desde mediodía.

Había bajado a la calle antes de la hora de la merienda.

El chocolate está rancio y al morder se deshace en una pasta harinosa. Es un chocolate basto, de los que se utilizan para hacer a la taza, no para comer, pero sacia su hambre.

Bruno emite gruñidos de satisfacción como un animal a medida que devora el pan y el chocolate. Piensa en Silvina, Pablo, Martina y Mateo como algo lejano, aunque el estómago se le encoge si sus caras se materializan ante sus ojos en la oscuridad que se va entibiando bajo el abrigo de la manta.

Seguro que Silvina se las sabe arreglar. Es una chica, una chica mayor. Algunos dicen al verla que ya es toda una mujer.

Ahora Bruno tiene sed, pero no puede arriesgarse a salir de su escondite. No puede ir bajo el balcón para pedir agua a gritos. Seguro que alguien avisaría a la patrulla. No hay fuentes en la calle en varias manzanas a la redonda.

Se incorpora y se sienta abrazando sus rodillas. Respira con cautela. Escucha con atención. Es un buen escondite. Si alguien se acerca va a oír cómo se aproxima. Las piedras entrechocan bajo los pasos, siempre se rompe algo frágil. Lleva sucediendo desde que el edificio se derrumbó.

Se balancea. Piensa en los fantasmas que todos dicen que rondan por la noche en el solar. Piensa en su amiga Alicia con intensidad. Él sabe que sigue allí, que simplemente no la encontraron. Lo sabe porque hay días que la siente muy cerca y, sobre todo, porque cada vez que la imagina la recuerda como la última vez que la vio, con su vestido azul y una rebeca bordada. Le habían peinado el pelo hacia atrás y lo llevaba sujeto con un lazo de color celeste. Sus rizos color caramelo caían sobre sus hombros y espalda. Cada vez que la rememora, ella le mira enfurruñada, como aquel día, vestida para ir de visita. Había bajado a la calle para avisarle de que no podía quedarse a jugar por la tarde. La llevaban a casa de una tía que vivía en las afueras de la ciudad. «Solo unas semanas», le habían dicho. La llamaron desde el balcón a gritos. Ella respiró profundamente, bajó la cabeza con pesar y se internó en el portal. «Espérame aquí», le dijo a Bruno y él asintió.

Minutos después sonaron las alarmas. Silvina y Bruno corrieron a casa. Al mirar por encima de su hombro, Bruno vio

que muchos vecinos del portal de Alicia se apresuraban a correr hacia el refugio. Entre ellos, Daniel y Luz. La familia de Bruno nunca lo hacía, se reunían con otros vecinos en el sótano de su edificio, que tenía un ventanuco y una puerta que no se abría nunca hacia la parte trasera de la calle, parecida a la gatera de la puerta de la nueva casa de Daniel.

Aquel día oyeron desde el sótano un estruendo indescriptible tras el paso de un avión que volaba muy bajo a la vez que la explosión. El suelo tembló bajo sus pies y oyeron cristales romperse muy cerca y gritos de vecinos.

Su tía rompió a llorar. Abrazó a Pablo y a Martina. Mateo aún no había nacido, ni siquiera estaba en su vientre.

Su madre en cambio se quedó con la mirada perdida. Tenía los ojos vidriosos y solo dijo:

—No os mováis. No os mováis.

Les hizo esperar hasta que todo dejó de vibrar para asegurarse de que el peligro inmediato había pasado.

Salieron a la calle y, al dar la vuelta al edificio, encontraron el inmenso montón de escombros humeantes.

—¡Alicia! —gime para sí Bruno, y recuerda que en aquella ocasión gritó su nombre hasta quedarse ronco y tironeó, y su madre tuvo que sujetarlo con todas sus fuerzas.

—¿No oyes llorar a Mateo?

La voz lo sobresalta. Es una voz muy ronca. El corazón le salta en el pecho, pero no es miedo, es alegría.

Por un momento duda si sueña o está despierto.

—¿Alicia?

Siente una presión al lado de su pierna. Levanta el borde de la manta. Aunque está oscuro, ve a Alicia igual que la vio aquella tarde. No ha crecido, como él. Tiene manchurrones en las mejillas, las manos muy sucias, las uñas comidas, el vestido desgarrado, pero el lazo de raso brilla como la Vía Láctea en la noche. Ahora sabe que es un fantasma, pero no tiene miedo.

—Hazme sitio —exige ella con su voz ronca, una voz que no sale de sus labios, sino de su garganta seccionada.

—¿Dónde estabas? —le pregunta él.

Ella señala el suelo con el dedo hacia abajo, el mismo suelo sobre el que están sentados.

—Lo sabía, Alicia. Sabía que estabas aquí, que no llegaste a irte con tu tía. Todos, todos los días he venido a buscarte.

—Yo te llamo todas las tardes, pero tú no puedes oírme…

—¡Sí te oigo! ¡Te lo juro! Muchos días te he oído y te busco, pero no te encuentro.

Alicia se echa a llorar, desconsolada. Bruno la abraza.

—No llores, Alicia. Yo estaré aquí siempre.

Ella se aparta de la cara las lágrimas de hielo con sus manos sucias.

—Yo, en cambio, no estaré jamás.

Ahora es Bruno quien llora y Alicia quien le abraza.

Los envuelve una luz blanca, trémula. Una luz de osario, como un fuego fatuo, esos fuegos que se dice que están suspendidos sobre las lápidas en los cementerios. Es un fuego que no quema, solo reconforta, como el recuerdo. A la luz blanca y azulada ve la piel pálida de Alicia, los ojos marrones y las heridas que no dejan de rezumar sangre que no llega a gotear.

Y Bruno se adormece sintiendo la cara de Alicia apoyada en su pecho. Trata de darle calor, aunque él siente un frío helador y su aliento se transforma en vaho que entibia el agujero bajo la manta. El agotamiento lo acaba venciendo, aunque en sueños no deja de jugar en la calle con ella: al pilla-pilla, a la zapatilla por detrás, a la gallinita ciega.

Cuando se despierta, tiene los brazos cruzados sobre su pecho, el frío le ha calado hasta los huesos. Eso es lo único que le queda de Alicia, el frío, porque su olor ha desaparecido. Ahora solo huele a moho. Un cuchillo de luz despunta bajo los bordes de la manta.

La aparta y el amanecer de un día de luz lechosa va inundando la hondonada, como si el círculo bajo el que se abre fuese una lumbrera, una ventana al cielo.

7

Vidriera

Martina y Pablo respiran rítmica, profundamente, pero Silvina no puede dormir. El reloj del cuarto de costura da las tres cuando Mateo se sume en un sueño ligero. Se remueve con frecuencia y emite gemidos lastimeros, de malestar.

El mecanismo de la noche ha activado resortes inquietantes. Las vidrieras de las ventanas que dan al patio de luces hace mucho que no dejan ver ninguna luz encendida en las casas de los vecinos, pero sí escapar los quejidos del insomnio: pasos, peldaños que crujen, ventanas que se abren y se cierran, susurros, pequeños restallidos de la madera y el ruido misterioso que todas las noches suena en lo que fue el despacho del abuelo y los niños llaman ahora el cuarto de las ratas. Ese cuarto con la ventana claveteada y la puerta tapiada y cerrada con llave en el que algún roedor pudo quedar aprisionado y sobrevive, pese a que hace ya años que nadie puede acceder a él, y despierta de madrugada. Debe de haber ratones que quedaron atrapados y se alimentan de papeles olvidados, de telas. Seguramente han nacido nuevas camadas desde el cierre, porque a veces el bullicio que se produce en su interior es escandaloso.

Silvina piensa en Bruno: ¿estará durmiendo a la intemperie?, ¿habrá tenido la suerte de que le hayan acogido en alguna casa? Quizá le han ayudado a través de una ventana en una planta baja. ¿Cómo no va a haber alguien con corazón que impida que un chico pase la noche al raso, expuesto a las patrullas nocturnas? Su padre habla constantemente de la buena gente que ayuda a los que se quedan desamparados.

Mateo se remueve inquieto y ella siente que todos sus músculos se ponen tensos. «Que no se despierte, que no se

despierte», suplica en una oración dirigida a nadie. Le atormenta pensar en verse obligada a atravesar el pasillo en la noche, cruzar por delante de la puerta abierta para ir a la cocina, volver a calentar leche y tratar de dársela como a un cachorrillo, empapando una gasa y dejando que chupe. Se estremece. El llanto de Mateo, tras haberle dado apenas un dedo de líquido que él no dejaba de escupir, con asco, cuando ya habían perdido la esperanza de que Bruno pudiera acceder al edificio, aún resuena en sus oídos. Silvina oye rugir su estómago: tiene hambre. Poco antes de medianoche, echó huevos sobre la sartén, los revolvió con un tenedor y los repartió entre sus primos. Las protestas de los niños la hicieron caer en que no había echado sal. Ella no tenía apetito, por eso repartió su ración y se limitó a mordisquear una galleta. Cuando desistió de seguir dando leche a Mateo y le cambió el pañal sucio de excrementos viscosos de color amarillento, líquido casi como orín, estaba agotada.

Durante la noche solo ha conseguido dar al bebé agua con un cuentagotas. Mateo abría la boca, sediento, y volvía a romper a llorar… hasta hace unos minutos.

Silvina piensa en la puerta que no ha podido asegurar y que permanece abierta, mostrando las fauces del descansillo oscuro y frío.

Trata de convencerse de que nadie la va a franquear. Si ningún vecino les ha atendido en toda la tarde, ¿cómo van a entrar a la casa ahora, de noche? Ni siquiera han chistado las horas que Mateo ha perturbado el silencio nocturno con su llanto inconsolable.

Sigue sin comprender.

Martina y Pablo han estado gritando por el patio de luces al filo de la medianoche pidiendo que dejasen entrar a Bruno, que les prestasen auxilio con Mateo. Nadie se ha asomado ni se ha aproximado a su puerta.

Todas las ventanas del edificio que dan al patio de luces tienen cristales de colores. Cristales traslúcidos que emborronan las siluetas de quienes están al otro lado. Es el lado de la casa al que dan los dormitorios de todas las viviendas, y son esos cristales turbios los que les permiten

salvaguardar la intimidad. Pese a todo, pese a que ni caras, ni cuerpos ni gestos son visibles a través de los cristales, su madre y su tía se pegan a la pared para desnudarse. Todos se han acostumbrado a buscar el refugio de los muros para disfrutar de unos momentos de invisibilidad. Le gustaría que, al igual que la ventana del cuarto de las ratas, el resto de las ventanas estuviesen claveteadas, que se convirtieran en ventanas ciegas. A fin de cuentas, las ventanas no les han valido para nada. Los exponen a la vigilancia de los demás, pero no les proporcionan ayuda.

Silvina recuerda que nadie ha dado cuerda al reloj del cuarto de costura. Todas las noches, antes de acostarse, su tío se encarga de abrir una vitrina, sacar una llave, introducirla en el orificio del reloj y dar vueltas al mecanismo, que cruje y chirría.

No importa que el reloj se pare durante la noche. A la mañana siguiente nadie los levantará para ir al colegio. No pueden presentarse en clase con Mateo y, además, no sabe cuándo regresarán sus padres y sus tíos, y tampoco tiene noticias de su hermano. Están condenados a permanecer en la casa abierta, a hacer guardias, a bajar a la calle por turnos.

Cae en la cuenta de que todos podrán ausentarse, pero ella no. Se ha quedado prisionera con el bebé, por ser la mayor, por ser chica.

Mateo se remueve inquieto y vuelve a gemir. Sacude los brazos y las piernas. No puede verle la cara, no sabe si ya se dibuja un sollozo en el rostro. Le pone la mano sobre la tripa y percibe un movimiento dentro de ella, un pequeño rugido.

Se la frota con movimientos circulares mientras canturrea bajito: «Sana, sana, culito de rana…». Ha visto a su tía alguna vez hacerlo.

Su ocurrencia surte efecto. Los vagidos de Mateo se van espaciando. Le acaricia con un dedo el perfil de su cara redonda y blanda de bebé. Lo arropa bien.

Vuelve a oír un crujido. Es uno más de los ruidos que crepitan en la noche. Silvina está agotada. Los párpados se le caen y siente que la envuelve una bruma de somnolencia. Pero al instante algo la alerta y abre los ojos, espantada.

El crujido se ha repetido una, dos veces. Es la tarima del suelo del pasillo.

¿Pasos sigilosos?

¿Bruno?

Descarta la idea al momento. Caminaría sigiloso, sí, pero no lento. Él se encaminaría con rapidez a la habitación donde todos están acostados.

Oye el chirrido de una puerta que se entreabre.

Más pasos, cautelosos, lentos.

Está segura de que no están solos. Hay alguien en la casa. Un nuevo crujido y unos segundos de silencio. Otro crujido más leve que el anterior.

Los pasos no dan la vuelta para enfilar hacia la habitación. De nuevo una puerta. Un poco más cerca. Es la de la habitación de los chicos, seguro. Dos pasos más y el sonido de una puerta que se abre por completo.

Procede de la habitación de sus tíos.

¿Podrían ser ellos?

No. Lo primero que harían sería buscar a los niños.

El corazón le late tan deprisa que le duele. Siente a partes iguales miedo y esperanza. Cierra los ojos y desea con todas sus fuerzas que los pasos sigan hasta la puerta de la habitación que ocupan, que quien camina con cautela encienda la luz, que aparezcan sus padres, sus tíos, al menos uno solo de los cuatro adultos retenidos y alivie con su presencia la carga que lleva horas sintiendo sobre los hombros. Un adulto que se ocupe de cerrar la puerta, de enviar a cada uno a su habitación, que ponga orden en el caos sembrado por el malestar del bebé y resuelva la incertidumbre de dónde está Bruno.

Pero los pasos no se acercan y, en cambio, el ruido cambia sin extinguirse. Ahora pocos pasos, ruido de abrir y cerrar cajones, de crujir de telas. Ya está segura. Hay alguien extraño en la casa. Alguien del propio edificio, porque nadie de fuera puede franquear el portal a esas horas.

¿Y si despierta a Pablo? Podrían acudir a la habitación los dos juntos. Ella siente muchísimo miedo. ¿Quién puede ser?

«Que sea un fantasma, que sea un fantasma», repite una y otra vez, como una letanía.

Y un ruido ensordecedor, de algo que cae al suelo, algo muy pesado, suena muy cerca y le hace dar un brusco respingo en la cama. Ese desplome no procede del cuarto de sus tíos, viene del cuarto de las ratas. Y tras el ruido, pasos que se alejan a toda prisa por el pasillo en dirección a la salida, el forcejeo con la puerta desencajada y luego el sonido de nuevos pasos, ahora precipitados, calzados, pero no con zapatos, pasos blandos, ¿zapatillas?, se extingue escaleras arriba hasta desaparecer.

Silvina tendría que sentir alivio y en cambio está aterrorizada. Tiene unos deseos irrefrenables de gritar. Se lleva las manos a la boca y aprieta muy fuerte los labios hasta que los ruidos se normalizan y, pasados unos minutos de quietud, el sonido de la noche, similar a un mecanismo lleno de ruedas y engranajes, le parece consolador.

Escucha las campanadas que dan las cuatro. No vienen del cuarto de costura, sino del reloj de la torre cercana. El reloj de la casa ya se ha parado.

Se concentra en la respiración de sus primos, que no se han despertado ni por un momento. Silvina cierra los ojos, el sueño la está venciendo cuando un grito desgarrador la sacude. Mateo vuelve a llorar con fuerzas redobladas.

Pablo y Martina gimen y se tapan con las mantas. Ella se incorpora y enciende la luz. Ve asomar la cara de Martina aún pintarrajeada de sombra azul y carmín que han manchado la almohada blanca. Coge al bebé en brazos y lo acuna con movimientos rítmicos, la mente vacía.

¿Y si envía a sus primos al colegio para que cuenten lo que les está sucediendo? ¿Se quedarán los adultos impasibles ante el relato de su soledad delante de testigos que lo escuchen? Profesores, niños… Sus compañeros. Seguro que a los profesores les avergonzaría no ayudarlos.

Lo peor que puede suceder es que los tachen de mentirosos, que los pongan en ridículo. ¿Y si van todos, llevando a Mateo consigo? Alguien tiene que compadecerse de ellos. No pueden seguir ignorándolos. Tiene que quedar en la ciudad al menos un solo adulto con corazón.

Ya no oye las campanadas de ninguna hora más.

No es que el sueño la venza, es que Mateo continúa

llorando, incansable, con sus berridos ensordecedores, hora tras hora, hasta que al mecanismo de ruedas chirriantes y engranajes de la noche se le acaba la cuerda y la luz del amanecer lame los cristales traslúcidos de colores de las vidrieras, que en el dormitorio tienen forma de hexágonos y parecen un inmenso panal.

Cuando pone el pie descalzo en el suelo, lo hace sobre el último pañal que cambió al bebé, todavía húmedo y maloliente.

8

Respiradero

Tras oír cómo daban las seis desde el reloj de la torre cercana, Bruno salta de su refugio de la hondonada y se dirige al lugar del que había extraído la manta. Tiene un presentimiento.
No ha sido imaginación suya. Se ha despertado con la pechera de la camisa mojada, manchada de mugre negra y sanguinolenta. Está seguro de que ha abrazado a Alicia durante la noche, que ambos se han consolado de su ausencia.

Su presencia ha sido real, ha traspasado la frontera del sueño y ahora tiene la certeza de que va a encontrar una evidencia, algo que demuestre que efectivamente sigue allí, prisionera entre los cascotes, no fuera de la ciudad, a salvo, como afirmaba su madre.

Tiene que gatear para pasar desapercibido a los primeros viandantes, para que estos no sospechen que ha pasado la noche en la calle, como un indigente, pero se da cuenta a tiempo de que, desde las ventanas de la parte trasera del edificio, podrían verlo. Se echa la manta por encima y espera un rato hasta que ve a lo lejos a los vecinos más madrugadores. Rasga un pedazo largo de manta, lo divide en dos y se envuelve con ellos las manos, para apoyarse y no clavarse ningún cristal. Luego gatea despacio. Tiene que hacer varias intentonas hasta llegar al lugar donde el otro pedazo de manta apenas asoma.

Por la noche había presentido que, con la manta, algo se había liberado. Y era cierto. Hay una muñeca con la cara rota. En el cabello que aún queda adherido a la cabeza, un lazo de raso lleno de suciedad, que aún conserva un pálido color celeste, se agita con la brisa del amanecer.

Bruno retira algunos cascotes alrededor. Aparecen

numerosos bichos parecidos a escarabajos, una lombriz de tierra. No es infrecuente. A medida que han transcurrido los meses, entre el polvo y la tierra transportados por el viento arraiga alguna semilla y ahora son visibles matorrales y plantas silvestres que el verano ha abrasado en muchos puntos del solar.

Vuelve a colocar los cascotes. Coge la muñeca. No está seguro de si ha pertenecido a Alicia. Tiene puesto un vestido idéntico al que ella vestía el momento en que la vio por última vez. Tras un momento de duda, la guarda bajo su chaleco para enseñársela a Silvina, que alguna vez había subido a su casa a jugar con ella. Tal vez la reconozca.

Al pensar en su hermana, decide posponer su labor de búsqueda y regresar de inmediato a casa. Los portales ya están abiertos. Se aproxima a la acera por el lado más alejado del edificio, de nuevo despacio y gateando, con sus improvisadas manoplas y, cuando está a unos veinte metros, una distancia prudencial, donde los niños suelen internarse a jugar, se incorpora y echa a andar con naturalidad, desenrollando los jirones de manta que habían protegido sus manos.

Por lo que a Bruno respecta, la ciudad bien podría estar deshabitada, desierta. Se cruza con personas que le son familiares, pero todas apartan la vista tras reconocerlo. Ve venir de lejos a doña Alma, la vecina del tercero. Ella ni siquiera posa en el niño sus ojos. Continúa caminando, mirando al frente, apretando los labios hasta convertirlos en finas líneas inexpresivas. Oye la voz de Alicia a su lado, hasta le parece oler su aliento.

—¡Mira, mira lo que lleva en el cuello!

Bruno se detiene y fija la vista en ella con descaro. Doña Alma lleva un abrigo ligero de solapas y un jersey con cuello redondo sobre el que destaca una cadena de oro con un colgante en forma de luna que acuna una estrella. Es idéntico al colgante que su tío había regalado a su tía y que ella se ponía solo en ocasiones especiales: cuando celebraba su cumpleaños, por ejemplo, o el día que cenaron leche frita e hicieron una fiesta porque su padre y su tío habían encontrado trabajo. La sigue con la mirada, con una expresión de

incredulidad pintada en su rostro. Le parece sorprendente que doña Alma tenga un colgante idéntico.

—¡Es el de tu tía Eva, tonto!

Es la voz ronca de Alicia. Procede del interior de la muñeca.

—¡Lo ha robado! ¡Lo ha robado!

Aprieta la muñeca con la cara de porcelana contra su estómago, chistando para acallar la voz, y acelera el paso. Da la vuelta a la esquina, salva los pocos metros que median hasta el portal y allí encuentra a Clementina, la portera, regando una planta famélica. Bruno da los buenos días de mala gana, pero no obtiene respuesta. Ni siquiera una mirada de reconocimiento.

Está tentado de acercarse a ella, impedirle el paso, obligarla a que lo mire, decirle que había corrido un riesgo innecesario por su culpa, por su falta de piedad, pero el llanto de Mateo retumba en el hueco de la escalera y solo grita a la mujer:

—¿Pero es que no ha oído lo que está pasando?

No se vuelve para evaluar su reacción. Corre escaleras arriba y ve que la puerta de la casa está completamente abierta. Los berridos lo guían a la habitación de sus padres, pero se queda petrificado ante el panorama en el pasillo de la casa.

La puerta de la habitación de su hermana y su prima está abierta, al igual que la de la suya, la que comparte con Pablo, y también la del dormitorio de sus tíos. Él recuerda haber cerrado esas puertas la tarde anterior. Camina despacio y, antes de torcer en dirección al cuarto de sus padres, echa un vistazo al de sus tíos.

Todo está revuelto, mucho más revuelto que tras el registro del día precedente: el contenido de los cajones volcado, la ropa esparcida por la cama y el suelo. El joyero donde su tía guarda sus colgantes y pulseras está sobre la cama, vacío. Se aproxima. Sobre las sábanas queda un pequeño aro dorado, huérfano, que seguramente quien lo vació no había visto.

Pensó que tal vez Martina, en su afán por vestirse y disfrazarse, había hurgado en la habitación.

—¡Te lo dije! ¡Te lo dije y no me has hecho caso! —oye de nuevo la voz de Alicia.

Se dirige al cuarto de sus padres, el único que mantiene la puerta cerrada, al igual que el cuarto de las ratas, clausurado a perpetuidad, y entra con paso vacilante.

Silvina levanta los ojos hacia él. Tiene unas ojeras pronunciadas, expresión de agotamiento. Parece mucho mayor de lo que es. Lleva puesto el pantalón del pijama y un jersey que le queda enorme. Le sonríe. Tiene el bebé en brazos y lo acuna.

—¡Bruno! —exclama, intentando ponerse en pie—. ¿Dónde has pasado la noche? No te imaginas lo que ha sido aquí, pero la tuya tiene que haber sido peor. ¿Qué es esa mancha de la camisa? ¿Por qué tienes sangre?

A medida que se va fijando en él, la expresión de Silvina cambia y se transforma en una de angustia.

Pablo emerge de las mantas, entre las que estaba acurrucado con los oídos tapados, tan pronto percibe la presencia de su primo. Martina se despereza. Su rostro es un tiznajo azul y rojo.

—Chist. —Bruno se pone el dedo sobre los labios.

Hace una seña a Silvina y le indica la puerta, conminándola a que salga con él. Ella deposita a Mateo en la cama, con cuidado. El bebé enmudece por un momento, sorprendido, y rompe a llorar de nuevo apenas se ha alejado un par de pasos. Silvina se tapa la cara con las manos. Se ha puesto roja. Tiene los nervios a flor de piel, por la noche en vela, por la tensión, por el llanto casi continuo del pequeño.

—¡Calmadle vosotros! —grita a sus primos, retirando con violencia las mantas que aún los arropan—. ¡Dadle agua, cambiadle los pañales, lavadlo! ¡Yo ya no puedo más!

Le duele la espalda, los brazos, apenas tiene fuerzas. Sigue a su hermano apresuradamente, pero antes de cruzar la puerta se detiene, con aprensión.

—¿No habrá nadie ahí? Esta noche he oído que alguien entraba y…

Bruno la arrastra tras de sí cerrando la puerta y la lleva a la habitación de sus tíos. Silvina mira el interior, boquiabierta.

—¡Han entrado a robar! —exclama, incrédula, al tiempo que Bruno le señala el joyero vacío sobre la cama.

—Yo sé quién lo ha hecho —dice Bruno, iracundo, caminando en círculos—. La he visto esta mañana, la he visto y ni siquiera me ha mirado. Ha sido la bruja del tercero, doña Alma. He visto que llevaba el colgante de la tía. Me he fijado porque era idéntico y me ha extrañado. ¡Ahora me lo explico! Voy a subir a quedarme en la puerta, esperándola, y, cuando regrese a su casa, le voy a arrancar el colgante y voy a gritar por toda la escalera que es una ladrona y vamos a llamar a la policía.

—Posiblemente lo que hagan sea llamar a la policía, pero para llevarnos a nosotros —gime Silvina—. Todo esto es una pesadilla. Hemos dejado de existir para los vecinos. Te dejaron fuera, no han respondido a las llamadas en las puertas, ni siquiera han chistado cuando Mateo ha pasado toda la noche llorando casi sin descanso, entran a robarnos aprovechando que la puerta está abierta… ¿Qué te ha pasado a ti? Llevas la camisa y el chaleco manchados de sangre. ¿Dónde has pasado la noche? ¿Qué te han hecho? Hueles que apestas… a pis de gato, a… —Y frunce la nariz tratando de encontrar la palabra correcta para describir el olor a podredumbre que se desprende de las ropas de su hermano.

Bruno se lleva la mano al estómago y mira a Silvina, misterioso.

—He pasado la noche en el solar… con Alicia. Con el fantasma de Alicia, quiero decir —especifica ante la mirada incrédula de su hermana—. Como podrás comprobar es un fantasma muy vivo. Aún sangra, pero murió, no llegó a irse como nos dijo mamá. ¡Mira!

Saca de bajo el chaleco la muñeca de cara de porcelana y cuerpo de trapo a la que le faltan las manos.

—¿Te parece que puede ser de ella?

Silvina se encoge de hombros.

—No lo sé. Podría ser de cualquier otra. Es igual que las que vendían en la esquina. Casi todas las niñas de la calle teníamos entonces una muñeca parecida a esta. Cambiaba el color de los lazos. Se los poníamos distintos para diferenciarlas si jugábamos varias, para no confundirlas. Esta lleva un lazo… —duda, examinando el lazo desteñido— celeste, parece. Alicia

solo dejaba que le pusiesen lazos así cuando la peinaban. Podría ser. ¿Dónde la has encontrado?

—No te lo vas a creer, pero cuando fui a mi escondite en el solar, un camino me indicó dónde estaba la manta, que pude desenterrar para no morirme de frío y, al tirar de ella, apareció la muñeca. Tan pronto me escondí, apareció el fantasma de Alicia a mi lado. Estaba igual que el último día. No ha crecido nada… Esta mañana he recogido la muñeca en el mismo sitio en el que estaba la manta.

—¿Cómo va a crecer si está muerta? —objeta Silvina dando vueltas a la muñeca entre sus manos, con aprensión.

Los dos se quedan callados. Bruno se sienta en el borde de la cama, mirando desalentado el desorden en la habitación.

—Esta noche volveré para encontrarme con ella —anuncia —. Puedes venir conmigo, si quieres. Así lo comprobarás con tus propios ojos.

Silvina suelta la muñeca tirándola sobre la cama.

—¿Cómo voy a acompañarte? Si nadie vuelve hoy, yo tengo que hacerme cargo de Mateo. ¡Ojalá fuese como esa muñeca! Por lo menos no lloraría, aunque se cagara y se meara. Lo que no puedo soportar es el llanto…

De los ojos de la muchacha caen lagrimones inmensos, pesados, que se estrellan en el suelo tras mojar sus mejillas, como los goterones que preceden a una lluvia torrencial.

—Tenemos que pensar qué hacer —dice Bruno, sin atreverse a consolar a su hermana.

Silvina se limpia las lágrimas con rabia y reprime un sollozo.

—Lo primero es lavarnos y desayunar. No podemos ir al colegio. Al menos hasta que llegue Luz. Esta noche pensé si sería buena idea enviar a Pablo y a Martina a clase y que cuenten allí lo que nos ha pasado. A lo mejor la señorita Ana nos ayuda, o el director. Pero yo no puedo quedarme sola con Mateo, menos aún después de lo que ha pasado esta noche. Podrían entrar más vecinos a robar si no estamos aquí. La puerta no se puede cerrar y no tengo ni idea de a qué hora llegará Luz. Ayer no vino por lo de la hermana de Tomás. Lo mismo no aparece hasta mediodía.

Bruno baja la cabeza, abatido.

—Ayer no había vuelto a su casa. Hablé con Tomás a través de la gatera. Me dio pan y chocolate… pero me lo comí todo —añade, avergonzado, y al momento se excusa—. Tenía muchísima hambre… Bueno, lo que me dijo es que no esperásemos que vinieran a ayudarnos. Dijo que estamos marcados. Que, si ven a alguien con nosotros, ese alguien corre peligro. Dijo que Luz no va a venir, así que estamos solos.

Silvina vuelve a llorar. Bruno pone la mano sucia sobre su hombro y le aparta el pelo que cae sobre su rostro.

—Tenemos que planear lo que vamos a hacer, Silvina —propone con voz débil.

Ella se limpia las lágrimas con los dedos y retira con el dorso de la mano el agüilla que resbala por su nariz.

—Vamos a lavarnos y a desayunar lo primero.

Bruno se queda pensativo.

—Sí, primero lavarnos y desayunar. ¿Hay leche? —pregunta.

Silvina asiente.

—Poca, tenemos que guardarla para Mateo, aunque no quiere comer.

—Pero tenemos dinero —dice Bruno, rebuscando en su bolsillo y sacando el billete arrugado que les había dado el hombre de la carpintería la tarde anterior—. Podemos ir a comprar leche y algo para comer, por si acaso. Vamos Pablo y yo y…

—¡No! —exclama Silvina—. Te llevas a Martina. No puedo soportar ni un minuto más que o no pare de llorar o de incordiar. Yo me quedo con Pablo y tú vas a comprar lo que sea.

Bruno asiente.

—Y luego vuelvo a la imprenta. El hombre que me dio el dinero me dijo que volviera hoy. Y si a mediodía no han aparecido o mamá o papá o los tíos, iremos a la comisaría todos juntos.

—¿Cómo? —casi grita Silvina.

—En tranvía —dice Bruno con un tono de seguridad que a Silvina le resulta difícilmente creíble.

—¡Digo que cómo vamos a marcharnos y a dejar la casa abierta! —objeta impaciente Silvina.

Bruno duda un momento.

—Pondremos un cartel en la puerta: «Señores vecinos, no se molesten en entrar a robar. Doña Alma ya se encargó anoche de llevarse todo lo de valor que había en la casa. Agradecemos, en cambio, que nos dejen comida y algunas monedas para subsistir mientras regresan nuestros padres».

Silvina no puede evitar sonreír entre lágrimas.

—Me parece una buena idea.

Bruno escucha la risa silenciosa de la muñeca, que reclama su atención. No obstante, decide dejarla sobre la cama. Más tarde tendrá tiempo de esclarecer su misterio.

—Vamos a la cocina —dice Bruno, levantándose—. Ya que los vecinos no nos abren la puerta, vamos a pedir ayuda por el respiradero. Como si tiráramos una botella al mar, a ver quién la recoge.

—¿Por el respiradero?

Bruno asiente.

—¿No dicen mamá y la tía que por allí se oyen todas las conversaciones? ¿Hasta las cosas de las que preferirían no enterarse? A lo mejor a través del respiradero, como nadie puede ver a los otros, alguien nos ayuda con Mateo. O por lo menos nos dicen qué hacer.

Silvina asiente.

—Sí. Si no deja de llorar se va a poner enfermo.

Los dos hermanos regresan al cuarto de sus padres.

Martina y Pablo siguen sentados en la cama, con el bebé entre ellos. Mateo gime ya sin fuerzas.

—¿Le habéis dado de beber? —pregunta Silvina.

Los pequeños la miran fijamente sin contestar, como si no se hubiera dirigido a ellos. Silvina chasquea la lengua en un gesto de impaciencia.

—¡Dadle de beber y cambiadle los pañales! Vamos a hacer el desayuno. ¡Yo sola no puedo con todo!

Lo dice en el mismo tono de voz que su madre o su tía cuando ellos remolonean a la hora de vestirse para ir al colegio o no recogen sus cosas o ignoran sus órdenes o instrucciones.

—Cuando le hayáis dado de beber y le hayáis cambiado el pañal, vais a lavaros vosotros. Martina, tienes que quitarte esa mugre de la cara, mira cómo has dejado la almohada. Os vestís y desayunamos. Le damos a Mateo la leche y nos organizamos.

Bruno y Silvina enfilan el pasillo hacia la cocina.

—¿Les decimos que han robado las cosas de su madre? —pregunta Bruno.

Silvina niega suavemente con la cabeza.

—No por ahora. Vamos a pedir ayuda por el respiradero.

En la cocina reina el caos de horas sin que nadie se haya ocupado de hacer nada: los platos de la cena siguen sobre la encimera, así como una hilera de vasos, la sartén y el cazo de calentar la leche sobre el fogón. El plato donde Silvina había vertido la leche para Mateo sigue casi intacto y se ha formado una telilla de nata sobre la superficie.

La muchacha vuelve a verter la leche del plato en el cazo para recalentarla y añade la del desayuno de ellos. Enciende el fuego muy bajo y, mientras, Bruno se encarama a la encimera. Silvina no tarda en imitarlo. Ambos acercan el oído al respiradero. Un fuerte aroma a café, a pan tostado en sartén, se cuela por él e inunda su propia cocina. La boca se les hace agua. Se oye el entrechocar de una vajilla, el cacharreo en las cocinas vecinas. La voz de una locutora de la radio se entremezcla con otra voz que profiere exclamaciones de advertencia.

—¡No vais a llegar al colegio! ¡Todas las mañanas igual!

Los dos hermanos se miran, reconocen la voz de Ana María, y comienzan a gritar a una.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Somos los niños de la familia Burgo! ¡Mateo está malo y estamos solos! ¡Necesitamos ayuda!

—¡Un biberón! —grita Silvina—. ¡Necesitamos un biberón y ayuda!

Se callan y escuchan atentamente. Ahora solo es audible la voz de la locutora. Hasta el inevitable cacharreo de la hora del desayuno se ha extinguido.

9

Escaparate

Desde el pasillo llega un estrépito alarmante. Carreras desordenadas. El ruido de ruedas que se deslizan a trompicones por el entablado irregular del suelo. El llanto del bebé se acalla, para luego reanudarse con un ímpetu insólito. Ni Bruno ni Silvina sabían hasta ese momento que los berridos de una criatura de meses pueden expresar distintas emociones. El que escuchan es un aullido de terror puro.

La voz de Alicia llega hasta los oídos de Bruno, desde el fondo de la casa.

—¡Están haciendo carreras por el pasillo con el moisés! —la voz tiene un deje de espanto, de urgencia, como si el bebé estuviera balanceándose al borde de un abismo.

Bruno sale a toda prisa al pasillo. Su carrera es providencial. Las manos se adelantan a los ojos y detiene el moisés, encajado sobre una frágil estructura con ruedas, antes de que se estrelle contra la puerta de la despensa y vuelque, tras ser lanzado desde varios metros atrás a toda velocidad.

No repara en los ojos del bebé que se abren como platos con una mirada indescriptible de terror ni en su boca abierta, incapaz de articular un nuevo sollozo.

Martina salva a la carrera los últimos metros del pasillo, palmeando.

—¡Le gusta! —exclama dando saltos—. ¿Has visto que cuando lo lanzas en el moisés no llora?

Silvina ya ha salido a toda prisa de la cocina y alza al bebé en brazos. No arranca a llorar. Lo estrecha contra ella y percibe que su corazón late desbocado.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca, nunca! —grita a su prima, cuya silueta solo adivina en la penumbra del pasillo.

Se dirige con el bebé a la cocina, dándole suaves palmadas en la espalda, intentando tranquilizarlo.

Es entonces cuando oye a su hermano reprender a Martina.

—¡Lávate inmediatamente la cara! ¡Y ve a cambiarte para vestirte como una niña normal! ¡Vas a acompañarme a comprar comida!

Al momento, Martina entra a la cocina con una expresión de determinación inquebrantable en su cara emborronada de nuevo por sombras y colorete, luciendo aún el vestido de lentejuelas, una diadema que le cruza la frente con una pluma y un lunar pintado junto a la comisura de la boca. Lleva bajo el brazo la muñeca desastrada de Alicia.

—¿Dónde vas así? —la reprende Silvina—. ¿Es que no has oído lo que te hemos dicho?

—Voy al colegio —responde la pequeña.

—¡Hoy no vamos ninguno al colegio!

—Pues entonces da igual cómo me vista, pero de todos modos voy a bajar a la calle —responde Martina con una mirada desafiante.

—¿No te he dicho que te laves y te quites la pintura? —Bruno alza la voz, autoritario.

Martina frunce los labios.

—Iba a hacerlo, pero Alicia —y señala a la muñeca que lleva como un fardo, apoyada en la cadera— me ha dicho que me volviese a poner el vestido, que hoy tenemos una fiesta de disfraces.

Silvina pone los ojos en blanco. Siente ganas de abofetear a su prima. Es más indomable que el bebé, a Mateo es posible ignorarle unos minutos, pero no a Martina y sus extravagancias.

La chica no ve que su hermano Bruno se estremece, mirando a la muñeca fijamente.

—¿Cuándo te lo ha dicho? ¿De dónde la has cogido? —pregunta Bruno amenazante, apretándole el brazo—. ¿Cuándo te ha dicho que hicieses lo contrario de lo que nosotros te hemos dicho que hagas?

Martina se encoge de hombros y da la espalda a su primo, señalando el cazo en el que la leche rebosa por los bordes, sin

que ninguno de los niños haga nada por remediarlo. La llama del gas se apaga cuando el líquido desborda el recipiente. Silvina gira de inmediato la llave y mira con desaliento el desastre.

Hay un momento de absoluto silencio en el que solo vuelve a oírse la voz de la locutora y escuchan, en el rellano de la escalera, la de la señora Terreiro dispuesta a acompañar a Bárbara al colegio. La niña pregunta y sus palabras llegan a través de la puerta abierta. Su madre le explica que los niños Burgo no van a ir a clase, que en su casa no hay nadie.

—¿A dónde se han ido?

—A ninguna parte —responde la mujer.

Mateo rompe a llorar de nuevo y ensordece el resto de la conversación.

—Ya no queda leche. Solo para Mateo —anuncia Silvina, desesperada—. Solo podemos desayunar las galletas que quedan.

Bruno las saca de la caja y las reparte entre los cuatro. Cada uno toma las suyas y las mordisquean con desigual apetito, apoyados en distintos rincones de la cocina.

—Lo primero que tenemos que hacer es ir a comprar comida —suspira Bruno.

Pablo asiente con desgana.

—Tú no vas, Bruno —se apresura a puntualizar Silvina—. Martina irá con Pablo.

Martina palmotea, alegre.

—¿Te apetece que vayamos con él, Alicia? —dice, dirigiéndose a la muñeca.

—¿Por qué la llamas Alicia? —le pregunta Bruno, enojado e inquieto a partes iguales. Martina era muy pequeña cuando el edificio trasero fue aplastado por la bomba. Puede que haya oído mencionar el nombre de su amiga, pero él no recuerda haberlo hecho, no al menos delante de su prima.

—Yo la llamo como ella me ha dicho que se llama. Y también me ha dicho que tenía que salir a comprar comida, que me vistiera así, porque da igual como nos vistamos. Nos hemos convertido en niños invisibles, como ella. Y luego tenemos que hacer una fiesta de disfraces.

Silvina y Bruno intercambian una mirada sobrecogida.

—¿No la oís? —añade Martina—. Me está diciendo que, aunque vaya vestida como una actriz, nadie va a verme. Podemos salir todos vestidos como payasos, como si hubiésemos salido de un circo, y no nos van a decir nada.

Pablo se vuelve a Silvina.

—Mejor voy yo con Bruno, vosotras cuidáis del bebé.

—¡No! —casi grita Silvina—. Martina se va contigo y Bruno se queda a cuidar de Mateo conmigo. Además, Bruno todavía no se ha lavado y huele que apesta. Tiene sangre en la camisa. Tenemos que asegurar la puerta y encima ha pasado la noche al raso. Martina solo piensa en jugar y no es de ninguna ayuda. Así que vosotros os encargáis de ir a la tienda.

—Y si vamos desnudos, tampoco van a mirarnos —insiste Martina—. Pero yo desnuda no voy a ir —añade, dirigiéndose a la muñeca, a la que pone a la altura de sus ojos.

Pablo, que no quiere atender a razones, insiste una vez más:

—¿Cómo va a comprar Martina la comida? No sabe ni contar. Van a engañarla.

Silvina se muerde el labio inferior.

—¡Vais juntos! Bruno se queda conmigo. Cuando hayamos arreglado la puerta, irá a la imprenta.

Ninguna solución parece satisfacer a todos. Solo Martina está conforme con la perspectiva de salir de casa disfrazada, como si el haberse quedado solos fuera la excusa perfecta para una fiesta.

Tras una agria discusión, acuerdan que serán los pequeños los que vayan a la tienda. Pablo se muestra visiblemente enojado. Parece que todos prefieren quedarse con Mateo antes que cargar con la indómita Martina. Cuando los pequeños se disponen a bajar los primeros peldaños, Martina con la muñeca colgada de un brazo y levantándose la parte anterior del vestido para no tropezar y Pablo con las manos en los bolsillos y cabizbajo, Silvina los detiene.

—¡Esperad! Voy a daros una lista, que os vendan hasta lo que el dinero alcance y que sobre algo para el tranvía, por si acaso.

Apunta: leche, galletas, una lata de jamón, huevos, pan,

salchichas, y les tiende el papel desde el quicio de la puerta desvencijada. Sabe que no hay dinero suficiente, pero tiene la esperanza de que en la tienda se apiaden de ellos y hagan la vista gorda.

Pablo introduce la lista en el bolsillo de su pantalón y las figuras de los dos hermanos, el niño decaído y ofuscado y Martina vestida como una cabaretera, reanudan el descenso. En la portería, Clementina canta una canción antigua. No interrumpe su tarareo cuando pasan frente a ella.

Ni un cambio en la inflexión de su voz delata que los ve.

La puerta en casa de los Terreiro se abre. Silvina, que sigue en la puerta con Bruno, se estremece al ver salir al padre. Lleva sombrero, como algunos de los hombres que irrumpieron el día anterior en la casa, una gabardina muy parecida a la de ellos y su enorme cartera negra.

Por un momento piensa que es uno de ellos, que en un rato entrará en una casa semejante a la suya y dejará desamparados a unos niños llevándose a los adultos.

Los dos niños clavan sus ojos de mirada sobrecogida en el hombre que los ignora, como si no existiesen, como si durante la noche se hubiesen convertido en fantasmas.

Mateo, acostado de nuevo en el cochecito, rompe a llorar tras una corta tregua desde que lo salvaron de volcar en el pasillo en el juego salvaje de sus hermanos. Terreiro no vuelve la cabeza. Ni siquiera les ha dado los buenos días. A Bruno le parece que los movimientos del hombre tienen algo de animal peligroso, de lobo. Ve que las aletas de su nariz se dilatan, como si estuviese oliendo una presa.

No llega a ver que en el rostro del hombre se dibuja una mueca indescifrable cuando les da la espalda. Su olfato de lobo ha detectado que están heridos de muerte. No les queda mucho para rendirse.

Cuando Terreiro desaparece escaleras abajo, Bruno dice en voz muy baja:

—Ahora sé cómo tiene que sentirse Alicia una tarde tras otra desde que murió, cuando me llama y espera que la encuentre y yo no la veo.

Silvina suspira:

—La diferencia es que tú quieres verla y en cambio a nosotros nadie quiere ni mirarnos. A mí me parece que lo nuestro es mucho peor.

Algo le alarma en la expresión del bebé, lo toca y se da cuenta de que la piel de su frente, de su cuello, arde. Su llanto no tiene la misma fuerza que el día anterior.

Repite para sus adentros que va a ponerse bien, que basta que duerma un rato y, cuando despierte, pasadas unas horas, todo habrá quedado en el recuerdo, como una pesadilla. Su madre y su tía volverán, y luego sus padres, como si fuera un día normal, un día en el que hubieran salido a trabajar. Al día siguiente regresarán al colegio y olvidará la noche, los cajones abiertos, el miedo y el llanto de Mateo. Sobre todo, el llanto de Mateo.

Martina tira de la manga del jersey de Pablo y señala desde la acera contraria una tienda de alimentación.

Es ella la que suele acompañar a su tía o a su madre a comprar. Pero no ha guiado a Pablo por el camino habitual, el de la tienda donde suelen surtirse, donde los dependientes la conocen. Martina aprovecha la oportunidad para visitar esa otra tienda, en la que, cada día que pasa, algo llama poderosamente su atención en el escaparate.

Es una tienda pequeña que a duras penas tiene lo más necesario, como todas las tiendas de alimentación después de la contienda. Cada una vende lo que puede, lo que ha conseguido en el mercado central y esconden tras el mostrador los artículos que han adquirido en el mercado negro. Todos saben que en las tiendas seleccionan a la clientela, que hay personas, como la señora Terreiro, a las que despachan artículos que van envueltos en papel, ocultos a la vista de todos, y que ella se apresura a guardar en su bolsa. Si alguien pregunta si ese día hay huevos, la dependienta niega con la cabeza y con una mueca de tristeza resignada, aunque todos sospechan que para la señora Terreiro sí los hay.

Pablo mira a los lados de la calle, para comprobar que no viene ningún vehículo, y empuja suavemente a Martina, tendiéndole el billete que su primo le ha dado y la lista que les ha entregado Silvina.

—Ve tú —le dice—, yo voy a acercarme a la puerta del colegio. Quiero hablar con los profesores. Seguro que ellos nos ayudan.

Martina sonríe y asiente feliz.

Pablo no se inquieta por la suerte de su hermana. Quiere hacer algo heroico, algo que realmente los ayude. Está convencido de que el colegio es su salvación. Al fin y al cabo, allí ignoran lo que les ha sucedido, de modo que no harán como si no los vieran, como les sucede con los vecinos. Si acude al colegio con Martina disfrazada y pintarrajeada, le será difícil explicar lo que sucede, y el atuendo de la niña desmiente que estén en un verdadero apuro.

—¿Vuelvo a casa sola? —pregunta Martina.

Pablo niega con la cabeza.

—Espérame en la puerta de la tienda. Yo vengo a buscarte. No quiero que cruces la calle sola.

La niña asiente y, al avanzar, dirige su mirada hacia el escaparate. Desde lejos ve una cesta de la que asoma una barra de pan duro. Una servilleta de cuadros estratégicamente colocada oculta la escasez de víveres en su interior. Al otro lado de la vitrina, hay dos latas de conserva.

Se acerca más y distingue una enorme bandeja de caramelos y gominolas en el centro. Levanta la mirada y ve que es su rostro pintado lo que refleja el cristal.

—Seguro que sí —dice, dirigiéndose a la muñeca—. Seguro que esos caramelos los han puesto para nosotros. Solo un puñadito, para darles una sorpresa. Yo comparto los míos contigo.

Una mujer que debe de tener la edad de su tía, bien vestida, educada, se le acerca.

—¿Necesitas ayuda, niña?

Martina sonríe y aprieta la muñeca contra sí. Cierra los oídos a las advertencias de la voz silenciosa que la previene contra las intenciones de la mujer. Le tiende la lista que ha escrito Silvina y el billete que ha arrugado en la palma de su mano y entra en la tienda con la mujer. Por un momento está segura de que su estrategia del disfraz ha vencido a la invisibilidad a la que están condenados desde la tarde anterior.

10

Claraboya

La ventaja de ser invisible es que no importa si es de día o de noche. Si te desenvuelves en la oscuridad o en la luz. Cuando se es invisible, se es libre y la luz no pone freno a tus deseos ni movimientos. La invisibilidad proporciona la misma libertad que cerrar la puerta de una habitación privada donde es posible bailar, desnudarse sin pudor, mirarse al espejo haciendo muecas, fingir ser un orangután.

Por eso, porque son invisibles, los hermanos encienden la luz del pasillo y no apagan las de la habitación ni la cocina. Se desenvuelven con libertad, seguros de que no los ven.

Tras varios intentos infructuosos de encajar la puerta para sentirse más seguros, Bruno y Silvina se dan por vencidos. La puerta es enorme, de madera maciza, muy pesada. No tienen fuerzas para empujar la parte superior y ajustarla en el marco. Cejan en el intento porque temen que, si lo consiguen, cuando los pequeños lleguen no van a poder abrirles sin que se les caiga encima y los lastime.

El descansillo de la escalera es iluminado por una claraboya que hay en la parte superior del edificio, insuficiente para alumbrar los peldaños desgastados en los que los vecinos tropiezan en sus subidas y bajadas.

Ven pasar a algunos habitantes del edificio. Niños que van solos al colegio los han mirado con curiosidad. Ellos sí los ven. Uno de ellos ha levantado tímidamente la mano a modo de saludo, pero no les ha dirigido la palabra. Bruno sabe que sus padres los han aleccionado, como Tomás a Daniel.

Los adultos no reparan en ellos. Bruno se ha atrevido a hacer muecas cuando cruzan impávidos, deformándose la boca metiendo en ella los dedos y tirando de las comisuras de los

labios, poniéndose bizco y ensanchando las aletas de la nariz. Silvina lo ha regañado al principio, pero más tarde, para sorpresa de Bruno, finge que se desmaya cuando baja doña Aurora y la mujer, muy mayor, que arrastra un pie con un tobillo deforme y muy inflamado, pero que se desvive por su pequeña perrita, ni siquiera vuelve la cabeza.

A medida que transcurre el tiempo van explorando las ventajas que la invisibilidad les concede.

Bailan y aúllan como guerreros indios alrededor del cochecito de Mateo cuando pasa por el descansillo don Gerardo, un hombre serio, que vive solo con su hermana y los hijos de esta desde que ella enviudó.

Tampoco él se inmuta. No es que aparte la cara, es que mantiene la expresión impasible, mirando hacia el frente como si la puerta estuviera cerrada.

Imitan a voces a la portera que no ha dejado de cantar mientras barre la escalera y ella continúa la melodía sin vacilar, como si fuera completamente sorda a la canción que ellos deforman con palabras soeces.

La vida de los habitantes del edificio sigue como si ellos no existieran, como si la luz que entra por la claraboya cayera despejando apenas la penumbra, pero a ellos los dejase en la más completa oscuridad.

Este es el otro descubrimiento que les ha deparado la mañana: la luz no se enciende por igual para todo el mundo. Hace visibles a unos, y resbala sobre otros sin iluminarlos.

Bruno se queda vigilando en la puerta para que nadie entre. Siguen temiendo que, a fuerza de ser invisibles, alguien los arrolle y entre a robarles de nuevo, ignorando que apenas queda ya nada de valor. Apartan a Mateo a un lado del pasillo. Su llanto es ahora intermitente. Se han dado cuenta de que por la puerta abierta no deja de circular una corriente de aire helado, y Silvina aventura que podría enfriarse.

Aburrida del juego de excesos y burlas en el umbral de la casa, la niña se dirige a la habitación donde ha dormido con sus primos para intentar poner orden. Se deshace de los pañales sucios que sumerge en un barreño lleno de agua con jabón. Cuelga en perchas la ropa que Martina ha sacado de los

armarios. Estira las sábanas y abre una ventana, apenas una rendija. El aire viciado es pestilente.

Luego regresa junto a la puerta y conmina a Bruno a que él recoja la cocina mientras ella pasea a Mateo de un lado a otro del pasillo, como si lo hubieran bajado al parque. El traqueteo lo amodorra. Poco a poco, su llanto va convirtiéndose en gemidos de malestar.

Saben qué hora es por el sonido de las campanadas del reloj de la torre cercana. El reloj del cuarto de costura sigue parado y ninguno toma la iniciativa de darle cuerda. Es un rito del que se han apropiado los adultos y ellos no quieren asumir esa última responsabilidad.

Al poco de salir los pequeños, dieron las nueve. Hace ya un buen rato que han sonado las diez y siguen sin regresar.

Los dos hermanos se preguntan una y otra vez qué pueden estar haciendo, si les habrá sucedido algo, si la policía los ha detenido, como a los demás. En sus rostros, el paso de los minutos va pintando una expresión de angustia.

No es hasta pasadas las once, cuando oyen sus voces al pie de la escalera. Martina lloriquea, Pablo no deja de regañarla.

Se precipitan a la puerta al tiempo que ellos la franquean. La cara de Martina es un tiznajo de color. Tiene los ojos hinchados y rojos. Pablo tiende a sus primos una pequeña bolsa de papel.

—Esto es lo que ha comprado. Os lo dije. Os advertí que la iban a engañar —masculla con un rencor indisimulado.

Silvina abre los ojos, alarmada. Algo cruje en el interior de la bolsa. Hay una botella de leche y el resto son caramelos de sabores variados. Caramelos baratos y alguna gominola.

—¿Y el resto de la comida? —pregunta Bruno, perplejo—. ¿Te han robado?

Martina se abraza a Silvina y entierra la cara en su jersey, manchándolo.

—Una señora, que me ayudó, me dijo que con el dinero que llevaba no daba para más —lloriquea, sorbiéndose los mocos y pasando la manga de tul de su vestido por la nariz.

—¡Pero si yo he ido a comprar a la tienda de Matilde y con ese dinero he podido comprar leche, pan y salchichas, y hasta

me han devuelto cambio!

Pablo interviene.

—No hemos ido a la tienda de Matilde. Ha ido al colmado de Esperanza.

Silvina pierde la paciencia y sacude por los hombros a Martina.

—Pero ¿por qué?

Bruno mira a su primo.

—¿Cómo que «ha ido» al colmado de Esperanza? ¿No habéis ido juntos?

Pablo niega con la cabeza.

—La dejé allí para que comprara mientras yo iba al colegio a pedir ayuda.

Los dos mayores se miran con impotencia.

Saben que no ha sido una buena idea enviar a los pequeños, pero ahora no pueden hacer nada.

—Una señora me dijo que me ayudaba a comprar —gimotea Martina—. Le di la lista que me hiciste y el dinero. Me llevó de la mano dentro. No tenía que haberla hecho caso, Alicia no paraba de gritar que me apartara de ella. La señora empezó a pedir comida y la echaba en una cesta, luego dijo que le dieran una bolsa y compró caramelos y los echó dentro. Pagó con el billete. Yo pensaba que la comida era para nosotros, pero me dejó en la puerta y se alejó con la cesta llena y, cuando empecé a llorar y le dije que el bebé no tenía qué comer, volvió y me dio la botella de leche. Y desde entonces no he oído a Alicia. Seguro que se ha ido con ella o se la ha llevado, porque ahora la muñeca no dice nada. Está muerta.

—Voy a tener que volver a la imprenta para pedir más dinero —se desespera Bruno—. Aquí solo queda pan duro.

—Podemos comer sopas de leche y los caramelos. Mira, hay muchos. Martina lleva más.

Pablo introduce la mano en un bolsito que Martina lleva cruzado en bandolera sobre el vestido de lentejuelas y extrae un par de puñados.

Tienen el envoltorio descolorido, como si estuvieran gastados. Al tacto son pegajosos, como si el azúcar se hubiera licuado incontables veces. En algunos se puede identificar su

sabor por un pálido colorido sobre el plástico blanco: amarillo lavado, naranja diluido, rosa pastel. No se reconocen los de menta y licor, el color de las letras y los dibujos impresos son un manchón indistinguible. Son puñados de caramelos recogidos al azar del escaparate desde el que Martina los admiraba. Son caramelos antiguos.

Un silencio espeso de desesperación se instala en el pasillo, hasta que Silvina pregunta a Pablo:

—¿Qué te han dicho en el colegio?

Pablo niega con la cabeza baja.

—No me han dejado entrar. —Traga saliva con dificultad antes de continuar—: Elías, el portero, cerró la puerta antes de que yo la cruzara. Es cierto que iba tarde para las clases, pero detrás de mí llegaron dos niños más y les abrió la puerta. Yo intenté entrar a la vez que ellos, pero él no me dejó. Ponía el brazo cada vez que yo trataba de colarme. Le grité que necesitaba pasar, que tenía que hablar con la señorita Ana, o doña Rosa, o con el director, que nos había pasado algo terrible. No me escuchó. Seguía haciendo sus cosas sin mirarme. Solo parecía darse cuenta de que existía cuando intentaba entrar. Hasta traté de escalar la puerta, pero se puso al otro lado con un rastrillo que luego bajaba haciendo que recogía hojas.

Los tres mayores miran su propia puerta, la única que permanece abierta para ellos. Todas las demás están cerradas a cal y canto cuando llaman a ellas.

Martina se ha sentado en el suelo y juega con el envoltorio de uno de los caramelos, abstraída, con la muñeca rota en el regazo, que tiene entornado su único ojo y una mancha carmín en el cuello, como la herida abierta que tenía Alicia cuando se presentó ante Bruno.

—Si nos cierran todas las puertas —dice este, con una determinación inverosímil para sus trece años—, tenemos que ser capaces de cerrar la nuestra. Yo voy de nuevo a la imprenta. Tenemos que conseguir más dinero para comprar comida. Mientras vuelvo, arrastrad aquí lo que podáis. Mesas, sillas, lo que sirva para impedir el paso y para que podáis ir a la parte delantera de la casa. Se supone que las ventanas están

para que nos vean. ¿No hay un refrán que dice que «si Dios cierra una puerta abre una ventana»? Asomaos a las ventanas y gritad fuerte, a todo el que pase.

Silvina niega con desaliento, no va a hacer lo que su hermano le pide. No tiene intención de asomarse a las ventanas de la fachada.

Ella piensa que lo mejor que pueden hacer es refugiarse en el dormitorio de sus padres.

A la fachada dan las ventanas del cuarto de costura, que ninguno ha vuelto a pisar desde la tarde previa, cuando detuvieron a sus madres, y que continúa revuelto. También dan a la fachada las ventanas del comedor en el que juegan a los muertos y la habitación de sus tíos en la que han robado por la noche. Las ventanas no los han protegido en ninguna de esas estancias.

No obstante, es consciente de que no pueden abandonar el pasillo mientras no se aseguren de que nadie va a franquear la puerta, como ha sucedido durante la noche.

Están solos y son invisibles. Son un blanco fácil.

El reloj de la torre da las doce y desde el patio de luces y la claraboya se derrama un torrente de luz sobre la escalera, donde ven bailar motas de polvo suspendidas en un haz de sol que parece un foco iluminando un escenario vacío.

Martina rompe el silencio.

—Mateo está ardiendo —anuncia—. Mamá nos pone trapos fríos en la frente cuando tenemos fiebre.

Silvina mira el cochecito con los ojos vidriosos.

—Vosotros arrastrad todo lo que podáis delante de la puerta. Bruno, tú ve de nuevo a la imprenta, yo me ocupo de Mateo.

11
Óculos

Bruno cruza por delante de Clementina con el corazón encogido. Otro día cualquiera habría apostado sus canicas a que recibiría una reprimenda por las burlas desde la puerta, y ahora verifica que la mujer no lo ve pasar por delante de ella. No existen. Incluso se ha saltado su descansillo a la hora de barrer y fregar la escalera por la mañana. Lo ha visto, pero ha preferido guardárselo para sí. No se lo ha contado a Silvina.
La tarde anterior había percibido que los viandantes con los que se cruzaban Pablo y él por la calle los miraban con reproche, como si hubiera algo reprobable en andar por la calle a deshora; ahora comprueba que la luz de la mañana los ha hecho transparentes. Nadie le devuelve la mirada por mucha insistencia o descaro con que él los mire, aunque sean desconocidos que no saben nada de su tragedia.

Se dirige hacia ellos con determinación, dispuesto a chocar contra sus cuerpos, atento a su trayectoria, y acaba siendo él el que tiene que echarse a un lado si no quiere que lo arrollen. Empieza a preguntarse si él es invisible o durante la noche todos los habitantes de la ciudad se han quedado ciegos y se limitan a repetir trayectos conocidos, como sonámbulos.

Está deseando llegar a la imprenta, comprobar si allí también lo ignorarán tanto los compañeros de su padre como el hombre que les prestó ayuda, Gabriel, el del taller de carpintería.

«¿Qué voy a decirle a ese hombre?», se pregunta Bruno, incómodo, «¿que Martina ha malgastado en chucherías el dinero que nos dio anoche, no sin esfuerzo?, ¿que no podemos comer ni tenemos dinero para tomar el tranvía e ir a comisaría como nos aconsejó?».

Bruno es cada vez más consciente del aprieto en el que están. Cruza los dedos con la esperanza de que se cumpla su deseo: que regrese un adulto antes del mediodía. Da igual si se trata de su tía o su propia madre, incluso su padre o su tío, pero que sea otro quien tome las decisiones.

Desde que Martina ha salido por la mañana de casa, no ha vuelto a sentir la presencia de Alicia a su lado. La llama silenciosamente, pero la niña no acude a su llamada.

¿Tendrá que regresar a la escombrera para ir a buscarla? ¿Dónde se puede haber metido? ¿Dónde vive durante el día? ¿Se materializa con el frío y la oscuridad y se derrite con la luz, como los caramelos que Martina ha comprado?

No deja de hacerse preguntas. Pasa frente al escaparate de la relojería, cuya puerta está abierta. Tomás está inclinado sobre el mostrador con la lupa de relojero pegada a su ojo derecho, examinando una maquinaria. Por un instante siente la tentación de atravesar el umbral del establecimiento y abordar de nuevo al padre de su amigo, exigirle que Luz acuda a su casa a trabajar. Ella sí podría ayudarles, comprar comida, comprobar que el malestar de Mateo no es grave.

Piensa en Daniel, que estará en el colegio, sentado solo en el pupitre que comparten. Seguro que es más visible su ausencia allí, que su presencia en las calles. ¿Qué pensará Daniel de lo que les sucede? ¿Se pasará por su casa a la salida del colegio, como suele hacer cuando Bruno enferma y lo visita para decirle lo que han hecho durante las clases?

Si a Bruno le va bien en la imprenta, si consigue dinero suficiente, Daniel encontrará la casa vacía cuando vaya a buscarlo. Por la tarde acudirán a la comisaría. Todos. Llevarán a Mateo en brazos. No cree que sea posible subir el cochecito al tranvía. Sería muy engorroso. No importa dejar la casa abandonada si no vuelve ningún adulto durante las próximas horas. Tal vez, de no ser por el bebé, la escombrera sea más segura que su propia casa.

Bruno piensa que, antes de salir, deben registrar todos los cajones, todos los escondites posibles. En el dormitorio de sus padres no entró Alma, la ladrona. Su madre también tiene una fina cadena de oro. Algunos pendientes. Tienen que rescatar

cualquier cosa de valor que encuentren para que nadie se apodere de ello. Puede serles útil.

La imagen de la vecina luciendo el colgante de su tía sobre el jersey le encoge el corazón.

Bruno se hace el firme propósito de recuperarlo tan pronto tenga la oportunidad y de encargarse de que todos en el edificio sepan que doña Alma es una ladrona. Si no le quieren escuchar, echará por debajo de la puerta un papel con la acusación, con el dibujo del colgante para que nunca más se atreva a exhibirlo, quiere que se avergüence cada vez que la señalen con el dedo.

Algún día los adultos con los que se cruzan, los vecinos, los profesores, tendrán que volver a verlos cuando los miran. Silvina, Pablo, Martina, Mateo, quizá incluso Alicia, dejarán de ser invisibles y se volverán a escuchar sus voces. Cuando llegue ese día, Bruno sabe que quienes los miraron antes y los miren después, ya no verán a los niños que eran ayer, ni las voces les responderán como solían hacerlo. Han bastado menos de veinticuatro horas para hacer de ellos personas distintas.

Llega al principio de la calle y la luz dorada del otoño la hace más inhóspita que la oscuridad de la noche precedente. Se acerca a la puerta de la imprenta y, aunque está cerrada, oye desde el exterior el ruido de las máquinas y las voces de hombres que gritan.

Se arrodilla junto a los tragaluces y ve que dentro se desarrolla una actividad febril. No están ni su padre ni su tío, pero otros tres hombres trabajan a destajo. Uno en la máquina de impresión, otro barriendo; el tercero, Genaro, está inclinado sobre unos papeles con una pequeña lupa parecida a la que Tomás se pone en el ojo, pero él la apoya sobre un pliego impreso.

Se dirige a la puerta y la empuja, pero está echado el cerrojo, se conoce que también ellos tienen algo que temer y por eso incumplen la ordenanza de mantener las puertas abiertas. Se pregunta si a quien temen es a la policía, que irrumpió el día anterior en el local o a sus padres, si quizá lo que quieren evitar es una nueva visita de Pablo y él. Se aposta junto a uno de los tragaluces y comienza a aporrearlo con el

puño.

Ninguno de los hombres se inmuta. El ruido de la máquina imprimiendo ensordece los ruidos del exterior. Grita y hace aspavientos, pero nadie levanta la cabeza. Se da cuenta de que no se trata de que sea invisible, sino de que los trabajadores están ocupados, que es otro ruido el que llena sus cabezas y otras imágenes las que ocupan sus ojos.

El trajín en la calle es incesante: furgonetas desvencijadas circulan por el firme desigual, salpicado de baches y roderas. Unas van cargadas, otras se disponen a descargar mercancías. Tras un momento de duda se dirige hacia la carpintería de donde salió Gabriel, el hombre que les dio el dinero, el que los aconsejó. Se asoma y también allí el ruido es ensordecedor. Una máquina muy alta corta un tablero de madera que manejan dos hombres. Al fondo, dos jóvenes, casi niños, no mucho mayores que él, lijan la superficie de unas tablas. Otro hombre clavetea una estructura con las puntas sujetas entre los labios apretados. Lo hace con la misma precisión con que lo haría una máquina. Sitúa cada clavo con exactitud milimétrica y con dos golpes secos y rítmicos de martillo los introduce en la madera.

Recorre el local con la vista y no ve a Gabriel. ¿Dónde puede estar? Se esfuerza en recordar sus facciones, trata de apartar de su recuerdo la ropa que vestía. No tiene por qué ser la misma. ¿Por qué cambian tanto las cosas con la luz y la oscuridad? La noche anterior él se sentía confuso. Seguramente no se fijó lo suficiente en su rostro, pero alguien no puede cambiar tanto con la luz del día.

Aprovecha que los dos hombres han terminado de cortar el tablero en la máquina y por un momento el nivel de ruido y la actividad han disminuido.

Se aproxima a un trabajador que ha dejado las tablas ya cortadas cuidadosamente apoyadas contra una pared.

—¿Gabriel? ¿Está aquí Gabriel?

Sin responderle, el hombre se lleva los dedos a la boca y emite un largo silbido, como Bruno sabe que hacen los cabreros. Luego grita:

—¡Gabriel! ¡Aquí preguntan por ti!

De un extremo del taller, un recodo que queda fuera de la vista, emerge un hombre menudo, con un jersey viejo. Bruno lo reconoce. Gabriel, en cambio, aparta de inmediato la vista de él.

El hombre que ha silbado señala al niño.

Gabriel avanza hacia ellos con los hombros encogidos. No se detiene ante Bruno, pasa por delante de él y le hace una seña discreta para que lo siga a la calle. No se queda en la puerta de la carpintería, continúa adelante hasta un chaflán donde se alza una casa en ruinas.

—¿A qué has venido? ¿No te dije que fueras a la imprenta? ¿No te han hecho caso? ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres comprometerme? —le pregunta Gabriel, desabrido, de malos modos, sin dar lugar a que Bruno se explique.

Este se siente empequeñecer, pero se rehace y trata de dominar las lágrimas que lo ahogan y la voz que se le quiebra:

—No han vuelto. No ha vuelto nadie. El bebé no ha parado de llorar y ahora arde y nadie nos ayuda. A mi prima le han robado la comida que había pagado con el dinero que usted nos dio anoche y ahora solo tenemos un poco de leche. Una vecina entró en casa mientras todos dormían y ha robado las joyas de mi tía. Yo tuve que dormir escondido porque no llegué a la hora del cierre de los portales. No podemos arreglar la puerta que echaron abajo y tenemos que vigilar para que nadie entre. ¡Ni siquiera tenemos unas monedas para poder coger el tranvía! ¡Necesitamos ayuda! ¡Es como si nadie nos viera! ¡Como si nos hubiéramos… —duda antes de decir la palabra «muerto», porque el recuerdo de Alicia le conmueve— vuelto invisibles!

Gabriel aparta los ojos del niño. Suspira y reflexiona. Es un hombre menudo, casi parece un niño por su estatura y su complexión delgada. Tiene el rostro muy arrugado, curtido, como si fuese de leña seca, y los ojos de un azul intenso.

—Yo no puedo ayudarte más. Ya te di anoche lo que tenía y le quité el alimento de la boca a mis propios hijos. Dices que es como si os hubierais vuelto invisibles… ¿No te ha dicho nadie que no pueden relacionarlo con vosotros? Si no han soltado a ninguno de vuestros padres, la cosa es seria. Y verás que puede

ponerse peor y peor. Estáis marcados. Lo único que te queda por hacer es encontrar a los que son invisibles como tú. No sois los primeros a los que les sucede algo así. Aunque tiene que ver con los adultos, los hijos sois las víctimas. Hay quienes están al tanto de lo que os pasa. Esos son los únicos que te pueden ayudar, pero me parece que aún no estás dispuesto a pagar lo que ellos te van a exigir.

Se dispone a regresar a la carpintería, pero Bruno lo detiene.

—No entiendo. Me dice que hay alguien que puede ayudarnos, pero no me da ninguna pista.

—No puedo decirte nada más, chaval. Los otros, los invisibles, te encontrarán cuando sepan que estás dispuesto a formar parte de ellos a cualquier precio, cuando estés realmente desesperado. No vuelvas por aquí. Nadie va a echaros una mano. —Gabriel se humedece los labios antes de añadir—. Todo esto —y señala los edificios, los talleres, las copas de los árboles— está lleno de ojos. Las ventanas no sirven ahora para dejar entrar la luz, para ver, sino para que nos vigilen. Hazme caso. Vuestra última esperanza es la comisaría y, si allí no encontráis ayuda, otros ojos que no están vigilando desde las ventanas os encontrarán y tendréis una nueva familia y algo que llevaros a la boca. Las cosas son así. Nadie querría que hubieran llegado a esto, pero yo no puedo hacer nada por remediarlo. Nadie puede, en realidad.

Bruno ve alejarse la figura del hombre que cada vez le parece más diminuto. Ayer le parecía más alto, más fuerte. Creyó que era un hombre, no una ardilla asustadiza.

Sus palabras le resultan un enigma. Se aferra a la posibilidad de que alguien que lo vea sí podrá ayudarlo. No comprende qué significa lo de que tiene que pagar un precio ni tampoco lo de la desesperación. Cree que la situación no puede ir a peor porque él no tiene nada con lo que pagar, por eso está pidiendo ayuda. A él, en ese momento, no le importaría ser uno de los aprendices que lija en el taller si, a cambio de hacerlo, obtiene unas monedas para poder comprar comida, para tomar el tranvía, porque sabe que la comisaría está lejos, y es allí donde reside su última esperanza

Al caminar, siente que, tras cada óculo, tras cada cristal,

ventana, mirilla, respiradero o tragaluz, lo vigilan, que es menos invisible de lo que cree.

12

Ventanas ciegas

Desde hace horas no han prestado atención a las campanadas del reloj, por eso se sorprenden cuando oyen que dan las seis.

Bruno había entrado gateando al regreso de su misión fallida en la imprenta y la carpintería. Martina y Pablo habían construido una barricada en la puerta con sillas y mesas que habían arrastrado desde el salón y las habitaciones. Una vez que Bruno entró, todos los niños esparcieron multitud de alfileres y agujas para impedir que alguien pudiese acceder.

Durante la ausencia de su hermano, Silvina había convencido a Pablo para que se disfrazara con la promesa de una fiesta tan pronto estuviesen todos juntos, tal y como la muñeca Alicia había sugerido. Mientras sus primos pequeños se afanaban buscando prendas adecuadas, ella empapaba trapos en agua fría y los ponía sobre la cabeza de Mateo que ya lleva horas amodorrado y solo gime de cuando en cuando, agotado, sin fuerzas. Ha bebido un poco de agua, pero escupe la leche cuando se la ofrecen. Mancha los pañales constantemente y Silvina ha optado por llevar el barreño en el que los pone a remojo al extremo más alejado de la casa para evitar el olor. Los pañales limpios se están terminando sin que los sucios estén listos para tender a secar.

A la hora de la comida reservaron un poco de leche para Mateo y el resto la repartieron entre los cuatro. Empaparon en ella pan duro y la endulzaron con azúcar que encontraron en uno de los armarios. En eso ha consistido su comida. Luego han dado buena cuenta de la provisión de caramelos.

Jugar a los muertos ellos solos en la casa los sobrecoge. Ninguno se atreve a confesar que tiene miedo. Pablo ha acabado disfrazado de payaso, de payaso serio, pero se

arrepiente a medida que pasan las horas y va transformando su actuación en la de un payaso torpe, el tonto, el que no comprende nada. Basta hacer tonterías, dar volteretas, tirar de la goma de los tirantes de los pantalones de su padre hasta que no dan más de sí, y luego soltarlos y gemir de dolor real para ver cómo ese dolor suscita un torrente de carcajadas entre su reducido público.

Bruno y Silvina también se han disfrazado. Ambos de adultos. Bruno se ha puesto camisa con lazada en el cuello, unos pantalones que le quedan grandes y tiene que ceñirse con un cinturón de su madre y una chaqueta negra tan gastada que la tela tiene un leve brillo gris. Ha buscado inútilmente un sombrero, pero lo único que ha encontrado es una cartera con la que parodia al señor Terreiro.

Silvina se ha puesto un vestido de flores de gasa, muy transparente, sobre una camiseta de ganchillo de tirantes para disimular sus senos más que incipientes, una mantilla, y se ha recogido el pelo en un moño. Su personaje es el de una señora remilgada que no desea mancharse las manos con nada. Mientras actúa, evita acercarse las manos a la cara, porque desprenden un vago tufo a los excrementos de Mateo, al que continúa aplicando trapos mojados en agua fría en la frente y cambiando de pañal cuando el olor los alerta.

Uno a uno, bajan de la cama que han convertido en patio de butacas, se ponen frente a ella y cantan una canción, recitan un poema, o fingen ser un actor que ha perdido algo importante, insustituible. Cada actuación es premiada con dos caramelos. Cuatro si ha sido recompensada con una salva de aplausos o carcajadas. Pablo es el que ha acumulado un botín más sustancioso.

El sol se ha nublado a lo largo de la tarde. Las vidrieras de colores de la habitación parecen ahora ventanas ciegas. No dejan pasar el aire, ni la luz, pero Bruno se siente más tranquilo. Piensa que las ventanas ciegas hacen imposible la vigilancia.

Lleva más de una hora atento al sonido del timbre, al rebullir de los muebles en la puerta tratando de abrirse paso. Aún espera que Daniel se acerque por su casa antes de regresar

a la suya, que se preocupe por ellos.

Cuando dan las seis, la inquietud se apodera de él. Mientras Martina canta una canción imitando las voces agudas de las cantantes de una música que su padre pone con frecuencia en la radio, por las noches, el chico da un codazo a su hermana.

—Es muy tarde, Silvina. Hay que ir a la comisaría y tenemos que ir todos. No podemos pasar otra noche solos.

Silvina lo mira sobrecogida.

—No podemos. No tenemos dinero para el tranvía y ya no llegaríamos a tiempo antes de que cierren el portal.

Bruno niega con la cabeza.

—De eso se trata. La policía no va a dejar que unos niños con un bebé vuelvan solos a casa después del cierre de los portales. Tendrán que buscar a mamá, a papá, o a los tíos. ¿No lo entiendes? Los demás temen a la policía y por eso no nos ayudan, pero la policía no puede dejarnos en la calle y no tienen nada que temer —argumenta Bruno.

Silvina lo mira, incrédula.

—Nos dejaron solos aquí y no les dimos pena. ¿Por qué piensas que no van a echarnos de la comisaría? Claro que pueden hacerlo. Y no podemos quedarnos en la calle con Mateo. Es un bebé. No podemos pasar la noche al raso como tú hiciste…

Bruno la interrumpe:

—¡Eso no va a pasar! ¡Ya lo verás! No van a dejarnos salir de la comisaría a nosotros solos. Lo mismo que todo el mundo ve lo que hacemos todos, también ven lo que la policía hace. Y si nos encierran en una mazmorra, por lo menos nos darán pan y agua… y alguien cuidará de Mateo o llamarán a un médico, incluso a lo mejor lo llevan con la tía.

—¿Y cómo cogemos el tranvía?

—¿Sabes dónde tiene mamá el joyero? —pregunta Bruno.

Silvina abre los ojos desmesuradamente.

—No podemos hacer eso. ¿Vas a vender algo suyo? No tenemos derecho.

—Es que tampoco tenemos otra salida. Y no voy a venderlo. Voy a dar al conductor del tranvía algo a cambio del billete para todos. No podemos perder tiempo en salir a vender lo que

sea.

Silvina vuelve a negar con la cabeza, resistiéndose.

—¿Y si mientras tanto, mientras estamos fuera, vuelven papá o mamá, o los tíos? ¿Imaginas el susto que van a pegarse? No van a saber dónde estamos.

—Les dejaremos una nota. Así sabrán dónde buscarnos.

—Es que ya no pueden tardar en volver —insiste Silvina con vehemencia. Es su voz apremiante lo que interrumpe la actuación de Martina.

—¡No me hacéis caso! ¡Así no vale! —protesta.

Pablo aplaude despacio, displicente, con gesto de aburrimiento. Bruno y Silvina dan unas cuantas palmadas de compromiso y le tienden cuatro caramelos.

—¡Se acabó! —grita con fuerza Bruno—. Tenemos que irnos. Todos. A comisaría.

—¡Pero si no hemos terminado la fiesta! —protesta Martina.

—No podemos esperar más. Tenemos que ir a buscar a nuestros padres —dice Bruno, con una voz tan autoritaria que las protestas mueren en los labios infantiles antes de articularse.

—Venga, Martina —dice Silvina—. Vamos a vestirnos.

—Yo no me visto. Yo voy así. Esta mañana nadie me ha dicho nada. Ni siquiera me han mirado.

Bruno asiente.

—Sí. No vamos a perder el tiempo en vestirnos. Somos invisibles, como le dijo Alicia a Martina, y podemos ir así, disfrazados. Nadie se va a molestar ni en mirarnos.

Martina no puede disimular su entusiasmo. Pablo y Silvina, sin embargo, sienten una punzada de inquietud que les encoge el estómago.

—Me siento mal. Me duele la tripa —dice Pablo, que ha palidecido un poco.

—Lo que pasa es que eres un cobarde —le reta Bruno.

—No lo soy. Me duele la tripa de verdad —insiste el niño.

—A mí también, pero no me importa —interviene Martina expeliendo un oloroso pedo.

Silvina es la que repara en la cantidad de envoltorios de caramelos vacíos que hay sobre la cama.

—Lo que os pasa es que os habéis empachado. Os habéis comido una barbaridad de caramelos. Pero si vamos a ir a comisaría no podéis quedaros vosotros solos, y menos si os estáis poniendo malos con dolor de tripa.

—¿Por qué no? —protesta Pablo, rebelándose.

Bruno y Silvina se miran alarmados. No pueden contarles lo del robo del colgante.

—Vosotros os vais y os lleváis a Mateo a la comisaría para que saquen a mi madre y nosotros nos quedamos aquí por si vuelve alguien, así sabrán que estamos todos bien —propone Pablo con una lógica aplastante.

Silvina y Bruno niegan con la cabeza, aunque es tentador no tener que hacerse cargo de Martina (Pablo no es una carga), sienten miedo de dejarlos solos. La niña es impredecible. Parece no haberse dado cuenta ni por un momento de la gravedad de la situación. Para ella, el haberse quedado solos es una fiesta inesperada, una aventura divertida, una ocasión para vivir un cuento en primera persona.

Y eso es lo que sucede, que, como los niños de los cuentos, se han quedado solos y abandonados y los únicos adultos que se cruzan en su camino son como las brujas o los magos malvados que desean algo de ellos: sus posesiones o, simplemente, su carne.

13

Portillo

Bruno se dirige al tocador y empieza a abrir cajones y a rebuscar en su interior. Silvina le lee el pensamiento, sabe que su hermano trata de encontrar las joyas de su madre para disponer de algo con lo que pagar el trayecto en tranvía. Resignada, se dirige a un extremo de la habitación, se agacha y corre un baúl. En la pared que linda con la del cuarto de las ratas hay un boquete considerable, de tamaño suficiente como para que un hombre corpulento pueda pasar arrastrándose.

Los tres niños lanzan una exclamación a una:

—¿Y eso?

—¿Cómo sabías que…?

—¡Hala, un pasadizo secreto!

Silvina se sienta en el suelo, introduce la mano en la boca del agujero, tantea y saca una caja. La abre. Ya la ha examinado por la mañana, después de que Martina regresara con solo la leche y los caramelos, en un descuido de los niños. Tenía la esperanza de que contuviera algo de dinero, pero solo hay una fina cadena de oro de la que cuelga una medalla, un camafeo pequeño, con el perfil de una mujer antigua, dos alianzas de oro y dos pares de pendientes. El resto del contenido son fotografías de su tío, papeles que no sabe qué son pero que parecen valiosos y un manojo de cartas atado con una cinta. Esas sí las había examinado. Eran cartas de su abuelo, pero la fecha de la última recibida se remonta a un año atrás.

—¡Déjame ver! —dice Bruno, que coge una vela y la enciende. Se tumba junto a Silvina. Repta con la vela a su lado y se introduce en el cuarto a través del boquete. A la luz de la llama vacilante ve que hay libros, un colchón y un par de

mantas, unos cuantos candiles con las velas casi consumidas. No comprende nada.

Escucha un rumor casi inaudible. Contiene la respiración. Es un ratón, o varios. Están royendo papel. Un par de libros yacen abiertos en el suelo. Ellos no lo saben, pero fue el estruendo de esos libros al caer lo que ahuyentó a doña Alma de la casa con su botín a medio recoger.

Los pequeños ignoran que el cuarto de las ratas ha albergado a su tío durante varios meses en el pasado. Precisamente los meses en los que instalaron el cerrojo en la puerta principal que ahora no los protege, contraviniendo la orden que los prohibía, porque nadie debía tener nada que esconder, pero ellos daban cobijo a un traidor a la nueva causa.

Pablo no tarda en seguir a su primo para inspeccionar la habitación.

Silvina, mientras tanto, toma un pañuelo del tocador y envuelve con él las pocas joyas de su madre, depositando de nuevo en el interior de la caja las fotografías y las cartas.

Es ahora, que hay un silencio expectante mientras Bruno y Pablo registran el cuarto abandonado y sucio, cuando Silvina repara en que el edificio está sumido en la actividad cotidiana de todas las tardes, una vida que los excluye a ellos. Oye voces de niños, canturreos, música en los aparatos de radio. Mujeres que alzan la voz para regañar a sus hijos. Las voces les llegan amortiguadas por las ventanas, por el respiradero, por los huecos de las cañerías. Se pregunta si ese cuarto tapiado y posteriormente abierto no será la causa de su tragedia. Si en el resto de las casas pueden vivir porque no tienen nada que esconder y ellos guardan secretos inconfesables y lo que les ha sucedido no es sino el justo castigo por haber desobedecido las normas.

Piensa en Mateo enfermo y se dispone a ser diligente. Mateo no tiene la culpa de esos secretos, al igual que ellos. Le parece inconcebible que en las casas del edificio no se inquieten por su suerte, que la vida continúe su curso como cada tarde, como si fuera un día cualquiera.

Se dirige al cuarto de sus tíos y mete en un bolso los cuatro

pañales de gasa que quedan aún limpios, una toquilla de lana para envolver a Mateo, un gorrito, un jersey, un faldón y una pastilla de jabón. Va a buscar agua y se dispone a lavar al bebé. Tiene el culo rojo escarlata, con pequeñas pintas sanguinolentas. Manda a Martina a la cocina a que le traiga aceite y lo unta sobre la piel lacerada. Mateo tiene los ojos entrecerrados. Sigue amodorrado, y el último paño que le había puesto en la frente mientras jugaban ya está caliente. Lo cambia por otro fresco y termina de adecentarlo.

Busca recipientes en los que llevar agua y leche. Le preocupa que, pese a la seguridad de Bruno de que pernoctarán en la comisaría, acaben pasando la noche en la calle.

Sabe que Mateo está enfermo. Aprieta en su mano el pañuelo en el que ha envuelto las joyas de su madre. Lo guarda en el bolsillo del vestido.

Si el plan fracasa, acudirá con el bebé a un hospital y dará a cambio el contenido del pañuelo, del que ha apartado un par de pendientes con los que pagar el precio del viaje en tranvía.

Cuando regresa a la habitación para conminar a los demás a que se apresuren a salir, encuentra a Pablo y a Bruno con los trajes sucios de polvo y pelusa. Ambos sostienen en las manos objetos que han sacado del cuarto de las ratas y los están examinando. Son tres latas de conservas, de sardinas y de arenques. Bruno guarda dos de ellas en el bolsillo de la chaqueta, previsor. En ese instante, Silvina ve la cabeza de un roedor apostado junto a la abertura, olisqueando. Reprime un grito y se precipita a tapar la abertura. Cuando regresen a casa no quiere pensar en la posibilidad de dormir con ratas o ratones correteando por la habitación, encaramándose a los muebles, acechándolos entre las sábanas.

—Si no salimos inmediatamente no vamos a llegar a la comisaría a tiempo.

Martina salta de la cama donde había vuelto a sentarse y recoge la muñeca rota.

—Se viene con nosotros… Por si no está muerta y lo único que le pasa es que se ha dormido. Si se despierta de repente y se encuentra sola… —Y sacude la mano en el aire a modo de

conclusión de su frase, con expresión de agobio, como si las impredecibles consecuencias de ese despertar fuesen a desencadenar un cataclismo.

Para cuando consiguen apartar las mesas y sillas de la barricada de la puerta, salir, reconstruir la barrera que saben que no protege la propiedad y alcanzan la calle, el reloj de la torre está a punto de dar las siete de la tarde.

Bruno se ha dado cuenta de que no se han cruzado con nadie. Clementina no estaba sentada en su garita, como de costumbre, y ningún vecino ha bajado o subido las escaleras mientras ellos se aplicaban en la laboriosa tarea de abrirse paso y cerrarlo tras ellos. No lo comenta. Tampoco lo hace Silvina, que ha advertido que todo el edificio se ha sumido en un profundo silencio mientras ellos arrastraban las sillas y se disponían a bajar. Tras un día completo desde que detuvieron a sus padres, los vecinos han ido un paso más allá: ahora no solo los ignoran, también los evitan.

Los cuatro niños cargados con el bebé forman un cortejo extravagante. Parecen una panda de mamarrachos. Todos ellos van disfrazados con prendas que no les corresponden, con ropas de adultos que cuelgan de sus cuerpos infantiles. Deberían llamar la atención, ser señalados con el dedo, ser el blanco de los comentarios de aquellos con quienes se cruzan, pero siguen siendo ignorados.

Dejan a un lado la escombrera, en la que las lajas de cristal no refulgen, sino que muestran sus filos amenazantes, prestos para desgarrar la carne. Hoy, que está nublado, no va a tener lugar el milagro del incendio de las ventanas.

Bruno no deja de mirar, ansioso, por si reconoce alguna señal que le haya dejado Alicia. Se disculpa en silencio con ella por no haber acudido a buscarla, como todas las tardes. Mira de reojo la muñeca rota que lleva Martina abrazada. Quizá ahora no habla con él, lo ignora deliberadamente, como los vecinos, y ha escogido a su prima para revivir en ella la infancia que le han arrebatado.

Tuercen a la derecha para dirigirse a la parada de la línea que comunica el cementerio de las afueras con el centro de la ciudad, la plaza del Nuevo Amanecer. En la cola hay dos

personas, dos hombres mayores, casi viejos, que fijan su mirada en la distancia, esperando que asome el tranvía. Tampoco parecen verlos.

Silvina ha envuelto a Mateo en la toquilla y luego se ha atado esta al cuello, para sostenerlo. Bailotea un poco para mecerlo. Le entrega a Martina el paño que le ha puesto en la frente y lo sustituye por otro que ha mojado antes de salir. Alarmada, se da cuenta de que no han cogido su chupete y el bebé no llora, como suele hacer. Respira muy deprisa, con inspiraciones superficiales.

Por fin se aproxima el tranvía.

Bruno lleva preparados el par de pendientes de oro que Silvina le ha entregado para ofrecérselos al conductor. Espera a que suban los dos hombres mayores y encarama a Martina, que es la más pequeña y a la que el vestido excesivamente largo obstaculiza los movimientos. Pablo se queda en el pescante para que Silvina suba y Bruno salta en último lugar, cuando la puerta del tranvía se está cerrando, ignorándolo.

Se dirige al conductor que no lo mira. Los dos hombres mayores han depositado unas monedas de escaso valor sobre la bandeja que hace las veces de puesto de cobro. Él aguarda a que el conductor le dirija la palabra, pero no vuelve la cabeza, no le canta el importe del trayecto, lo que le daría pie para negociar, para decirle que no tienen dinero, que solo puede pagar con los pendientes que lleva en su puño.

Se hace el propósito de no dejarlos sobre la bandeja hasta que el hombre dé muestras de que ha reparado en su presencia.

Los asientos van ocupados. Una mujer joven se levanta para cederlo a uno de los hombres mayores, pero nadie lo hace para que Silvina, cargada con el bebé, se siente y no esté expuesta a las sacudidas del vehículo. Son Pablo y Martina los que, agarrados con una mano a la barra, la sujetan con su mano libre para impedir que dé un traspié cuando el tranvía traza una curva.

Llevan más de la mitad del trayecto y el conductor continúa sin dirigirse a Bruno. Este, agarrado a la barra más próxima a él, continúa esperando sin apartar sus ojos de las manos que

manejan los mandos, como desafiándolo. El hombre tiene la mirada fija en las vías. Bruno se pregunta si verá su reflejo en el parabrisas.

Los niños conocen bien el trayecto. Lo hacen los domingos por la mañana con sus padres, para vender escudos bordados con el sol levantándose sobre una bandera. Es el símbolo de los ganadores de la contienda, el amanecer de un tiempo de esperanza.

Bruno traga saliva. Se acaba de dar cuenta de que todos los viajeros del tranvía llevan una de esas insignias prendidas en sus ropas. Ellos no. No la lleva ninguno. Se pregunta si por ser niños se trata de un descuido perdonable o si los estarán juzgando en silencio por tener padres que no se han ocupado de ponérselas. Todos los domingos se las prenden. En las ropas que llevaban puestas el día anterior las llevaban cosidas, pero no en las de sus disfraces.

Las rodillas le tiemblan. Prevé que el olvido va a tener consecuencias una vez hayan franqueado el umbral de la comisaría.

Vuelve la cabeza para mirar a su hermana y a sus primos. Están en un hueco entre asientos en el que, en la ventanilla, están impresas las palabras: «Salida de emergencia». Al lado hay una caja en la que un martillo rojo rematado en punta está a salvo tras un cristal que hay que romper para permitir la salida en caso de accidente.

Sorprende al conductor mirando de reojo su puño cerrado y con una expresión indescifrable pintada en el rostro.

Abre la mano y deja ver los pendientes de oro. Ve que el conductor esboza una sonrisa despectiva. Sacude la cabeza y vuelve a dirigir su atención al trayecto. Bruno se pregunta si ese hombre los está ayudando o solo se limita a comportarse como todos los demás. No comprende qué sucede. No ha alargado la mano, pero tampoco los ha expulsado del vehículo.

Llegan a la cabecera de la línea, que está a dos calles de la comisaría.

Faltan diez minutos para las ocho. Bruno ya sabe que no van a tener tiempo para regresar antes del cierre de los portales.

Todos los viajeros descienden. No los sortean. Los empujan como si no los vieran. Ninguno cede el paso a Silvina, que es la primera en pisar la acera, casi arrollada entre los cuerpos que se apresuran. Los demás bajan a toda prisa los peldaños. Justo antes de que las puertas se cierren, Martina se asusta y salta por el pequeño hueco que queda, tropieza con el vestido y va a parar al suelo. Todos la miran expectantes. No arranca a llorar. Una expresión de dolor y sorpresa se ha congelado en su cara, como si el grito que va a proferir se hubiera suspendido en el aire. Bruno y Pablo se agachan para prestarle ayuda. Tiene las rodillas descarnadas, el vestido roto.

La muñeca, que no ha sufrido ningún daño, yace en el suelo, junto a ella, y fija su único ojo en la niña.

14

Ventanilla

Los primeros que franquean la puerta de la comisaría son Pablo y Bruno que sostienen a Martina, a la que han remangado el vestido y que cojea aparatosamente. Tiene las rodillas ensangrentadas. En la mano libre, Bruno lleva a la muñeca. Tras ellos entra Silvina con el bebé.

El policía que vigila la entrada no les ha impedido pasar y Bruno siente alivio. Ya están dentro. Se dirigen a un mostrador. Ven que varias personas, cinco hombres y una mujer, están sentados en un banco de madera, aguardando. Tienen un aspecto desconsolado, miserable, como el que ellos mismos deben ofrecer.

Un hombre uniformado, pero sin gorra, no levanta sus ojos de unos papeles que hojea sin leer. Está sentado tras una ventanilla angosta, cerrada con un pasador.

Los niños se plantan delante de ella y aguardan a que el hombre les dirija la palabra, pero los minutos pasan y el policía no parece reparar en su presencia. Pablo no puede contener la impaciencia y acaba golpeando en el cristal para llamar su atención.

El hombre esboza un gesto de impaciencia sin levantar los ojos y les señala el banco donde apenas queda un sitio libre. Los niños se dirigen hacia él. Martina va a sentarse, pero Bruno se lo impide y señala el lugar a Silvina. Esta sonríe agradecida y se arrellana, apoyando la espalda en la pared. Le duele el cuello y los hombros de cargar con su primo.

—Preguntad si hay algún aseo. Hay que mojar el paño de Mateo. Ya está muy caliente otra vez.

La mujer joven que aguarda en el banco está sentada a un par de sitios de Silvina. Al oír las palabras de la niña, se asoma

y mira a Silvina y al bebé con expresión de desconcierto.

—¿Es hijo tuyo? —le pregunta.

Los niños se quedan boquiabiertos. Es la primera persona que se ha dirigido a ellos desde hace muchas horas. Se fijan en ella. También parece que va disfrazada. Su vestimenta no desentona con las de los niños. Lleva un vestido rojo de tirantes, rematado con flecos, y una gargantilla de la que cuelga una perla en forma de lágrima. Tiene los labios pintados de un rojo intenso y los ojos resaltados con rabillos negros que dan a su mirada un aspecto felino. Sus ojos son de color verde agua. Sobre sus rodillas reposa un abrigo negro en el que sí está cosida la enseña.

Silvina niega con la cabeza, aturdida, como si no pudiera creer que han pensado que ella puede ser madre.

—Es mi primo pequeño. —Lo mira con tristeza—. Está muy malito.

—¿Dónde está tu tía?

Silvina se encoge de hombros y es Pablo el que explica a la mujer, sin que Bruno consiga callarle, que ayer la policía se llevó a sus madres y a sus padres y que han acudido a la comisaría para saber de ellos y ver si dejan salir a su madre para que los cuide.

El hombre sentado junto a Silvina esboza un gesto de asco, se tapa las fosas nasales con los dedos y se levanta bruscamente, dirigiéndose a la esquina más alejada del recinto, junto a una puerta cerrada. El bebé ya se ha cagado otra vez.

Se abre una de las puertas situadas tras el mostrador de la ventanilla y aparece un policía que llama con voz potente.

—¡Amancio Silvestre!

Un hombre se levanta del banco. El policía de los papeles señala una de las puertas y el hombre suspira con alivio. El otro policía sale.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Bruno a la mujer joven.

—Ese va a librarse de la celda. Se va por la puerta de las amonestaciones. Seguramente tendrá que ir a juicio, pero no lo van a encerrar. —La joven empieza a juguetear con sus pulseras—. Si le hubieran señalado aquella puerta de allí, significaría que va a la cárcel, porque por ese lado es donde

para el furgón que lleva a los detenidos a prisión, a la cárcel de hombres y a la cárcel de mujeres. Si señalan aquella otra —y la muchacha apunta con el dedo en dirección contraria—, es que se lo llevan a las mazmorras del edificio porque van a interrogarle durante la noche o por la mañana y entonces no se lo llevan a prisión. Pero la puerta por la que ha salido es la de terminar con los trámites. Puede que lo hayan denunciado y por eso lo han traído aquí y la denuncia no haya prosperado —y, de repente, baja la voz— o que cuando lo han interrogado haya sobornado a alguien y por eso se libra.

Bruno no pierde una palabra de lo que la joven les cuenta.

—¿Y tú por qué estás aquí? —pregunta Pablo, incapaz de contener su curiosidad.

—A mí me han detenido en la calle —responde ella sin vacilar—. Lo malo es que es la segunda vez que me han pillado. Lo más seguro es que esta vez no me bajen a la celda, sino que me lleven unos meses a prisión.

—Pero ¿por qué? —pregunta ahora Martina, que por un momento parece haberse olvidado de sus heridas.

La joven sonríe y le guiña el ojo.

—Por jugar a juegos que están prohibidos. Ya lo sabrás cuando seas mayor —se dirige a Silvina y la mira con complicidad—. Tú sabrás a qué me refiero, ¿no?

Silvina niega despacio con la cabeza, desconcertada.

—¿Cómo? —pregunta Pablo, estupefacto.

—Juegos prohibidos. No os los puedo explicar —repite ella, y se cambia de sitio para sentarse en el espacio que ha dejado libre el hombre que se ha levantado—. Venga, te ayudo a cambiarle ese pañal. Déjame ver qué le pasa.

Silvina la mira agradecida. Le pasa el bulto de Mateo envuelto en la toquilla y rebusca en la bolsa que ha cogido para sacar agua y darle de beber, por eso no ve la preocupación que se pinta en la cara de la joven. Solo la pierna que se dispara en un movimiento como un tic delata el nerviosismo de esta. Silvina trata de dar de beber a Mateo, pero no lo consigue.

—Ve sacando el pañal —ordena la joven a la niña, y esta se apresura a obedecer, pero sin aguardar a que termine de sacar

la gasa limpia, la chica se levanta con Mateo en brazos y se dirige al policía de los papeles.

—¡Eh, agente! ¡Abra la ventanilla! ¡Esto es urgente! Este bebé está en las últimas. ¿Me oye? ¡Abra la maldita ventanilla! Alguien tiene que llevarlo a un hospital. ¿Me entiende? ¡Abra ahora mismo!

Pero el hombre solo levanta los ojos y se encoge de hombros con indiferencia.

—¡Abra, maldita sea! ¿Cómo pueden ser tan bárbaros? ¿No oye que el bebé necesita un médico con urgencia?

Los niños rodean a la joven que no se da por vencida. Se dirige a la puerta por la que ha desaparecido el hombre al que han llamado, el que se ha librado de la cárcel y de la mazmorra y de los interrogatorios. La aporrea con impaciencia y no deja de gritar.

—¡Que salga alguien! ¡Tienen que llamar a un médico! Este niño está deshidratado. ¡Malditos bastardos! ¡No podéis quedaros cruzados de brazos!

Los niños, que de repente comprenden la gravedad de la situación de Mateo, se arremolinan junto a la puerta y la aporrean también, sumándose a los gritos.

—¡Ayuda! ¡Mateo está enfermo! ¡Ayúdennos!

Corren de una a otra puerta sin dejar de llamar y gritar. Los hombres sentados en el banco los miran displicentes, las manos sobre las rodillas.

Un policía entra a la garita y su voz retumba como un trueno sobre los gritos infantiles.

—¡Emilia Villalobos!

La joven, que no ha soltado a Mateo, da un respingo. El policía de los papeles señala la puerta que ella había marcado como la puerta de la prisión. Se vuelve a los niños.

—¡Dejadme al bebé! En la prisión hay médicos. Allí lo atenderán.

Silvina se precipita sobre ella.

—¡No! ¡Devuélvemelo! ¡Tiene que quedarse con nosotros, no puede irse contigo! Tenemos que llevárselo a mi tía.

—¿No comprendes? —casi grita Emilia—. ¡Está muy mal! ¡La única oportunidad que tiene es que lo atiendan cuanto

antes!

—¡Pues lo llevamos al hospital ahora mismo, pero tú no te lo llevas! —interviene Bruno. No se fía de nadie. Presiente que, si se separan de Mateo, nunca más volverán a recuperarlo. De repente desconfía de la joven. ¿Por qué se ha dirigido a ellos? ¿Por qué ella los ha visto cuando nadie más lo ha hecho? ¿Por qué va a ayudarles cuando nadie ha movido un dedo por ellos en el transcurso de las últimas veinticuatro horas?—. ¡Señor, el de la ventanilla! Mire si está aquí Eva Corregidor, es la madre del bebé. ¡Tienen que dárselo!

Emilia se hace un ovillo en torno a Mateo y el policía la arrastra con él. No puede esposarla y parece confundido. Echa la mano al cinturón y saca una porra, pero no se atreve a usarla. Bruno advierte que es Mateo el que está protegiendo a Emilia, que mientras lo tenga en brazos no va a recibir golpes, quizá incluso pueda acompañarlo al hospital y así librarse de la cárcel, y se abalanza hacia ella para arrebatarle al bebé. Silvina se une a su forcejeo. Pero la violencia del guardia se dirige ahora contra ellos. Asesta un golpe a Bruno en las costillas y separa a Silvina de un empujón que la lanza al suelo. Aprovecha para tomar a Emilia del codo y esta le sigue apresuradamente, sin rechistar, apretando a Mateo contra sí. Antes de salir, se vuelve hacia Silvina.

—Dime en qué calle vivís, ¡rápido! O el nombre completo del bebé…

Silvina grita y repite el nombre una y otra vez:

—¡Mateo Burgo Corregidor! ¡Mateo Burgo Corregidor!

—¡Acuérdate de mi nombre! —grita ella aún, desesperada —. Me llamo Emilia, Emilia Villalobos. ¡Buscadme!

La puerta que se cierra no consigue acallar los gritos que reclaman que deben dirigirse a un hospital.

Los hombres sentados en los bancos permanecen callados y miran a los muchachos con compasión, pero no se mueven. Están esperando a que una puerta decida su destino.

Martina llora desconsolada, Pablo en silencio.

Se abre la puerta que Emilia ha identificado como la puerta que conduce a la sala de interrogatorios y un hombre con uniforme militar, no de policía, se dirige a los niños. Los

contempla sin decir una sola palabra.

Componen una escena desoladora, disfrazados, Martina con el vestido de lentejuelas remangado y mostrando sus heridas. Todos ellos tienen churretes de llanto en sus rostros. El hombre los contempla de uno en uno y se dirige a Silvina:

—¡Levántate! —le ordena, autoritario.

Silvina obedece, esperanzada, y abre la boca para pedir que llamen a su tía, que devuelvan al niño, pero el hombre no le da ocasión de pronunciar una sola palabra.

—¿Qué tenemos aquí? —masculla, entre dientes.

La contempla con frialdad, evaluándola, como si fuera una mercancía.

—Acompáñame —se limita a ordenar.

Silvina siente un terror que la paraliza. Bruno se interpone entre ella y el policía.

—¡Es mi hermana! ¡Y acaban de llevarse a mi primo con esa mujer que va a la prisión! ¡No pueden separarnos!

Pero el soldado no le mira, solo tiene ojos para Silvina a la que recorre de arriba abajo con una mirada de codicia.

—Vosotros fuera de la comisaría. ¡No podéis estar aquí! ¡Ya deberíais estar en casa!

—¡Pero trajeron aquí a nuestros padres, no podemos volver a casa! —protesta Bruno.

En ese momento, la puerta que da a la garita se abre y aparece Juan Terreiro vestido con camisa, corbata y las mangas de la camisa arremangadas. Contempla la escena un momento como si los niños fuesen perfectos desconocidos.

Las miradas de los cuatro se clavan en él. Son miradas suplicantes. En la cara de Martina se pinta no solo la sorpresa, sino el alivio, lo saluda sonriente, agitando la mano, mostrando un hueco en su dentadura infantil. La niña juega alguna vez en su casa, con Bárbara. Está segura de que ha venido a salvarlos. Para ella es un padre, no un policía.

—¡Hola! —exclama Martina.

Se produce un silencio inquietante, de tensión.

Los hombres sentados en los bancos esperan que el recién llegado cante un nombre, que a continuación señalen una de las puertas cerradas, pero, para sorpresa de todos, Terreiro

retrocede, abre la puerta por la que ha aparecido, nervioso, con torpeza y la cierra a sus espaldas.

El militar se vuelve al policía que está tras la ventanilla. Este descorre el cerrojo del cristal.

—Hay que sacar a estos niños de la comisaría. No pueden quedarse aquí. A esta chica —y zarandea a Silvina— me la llevo a la sala de interrogatorios.

El hombre uniformado sentado ante la ventanilla mira a los niños por primera vez, con la misma indiferencia con la que examina en los papeles el destino de los que aguardan en los bancos, hombres sin futuro. Hombres invisibles.

Sin mediar una sola palabra más, el soldado arrastra a Silvina de malos modos y la chica patalea, furiosa. El vestido de flores se desgarra mientras forcejea con el hombre, pero nadie interviene para defenderla, salvo Bruno que intenta sujetarla, que no la alejen, que no traspasen la puerta.

—¡Coge el pañuelo de mi bolsillo! ¡Cógelo! —grita, desesperada, a Bruno.

Este trata de sujetar a su hermana. Consigue meter la mano en su bolsillo y en el siguiente tirón, el vestido vuelve a desgarrarse y el pañuelo queda dentro del bolsillo, que cuelga como un jirón. Trata de acercarse de nuevo, pero el hombre lo empuja.

Bruno ve de reojo a sus primos solos, abrazados. Sabe que tiene que elegir si quedarse con ellos o seguir luchando y se vuelve a Silvina con desesperación.

—¡No nos iremos sin ti! ¡Te lo prometo!

15

Troneras

Las calles ya se han quedado desiertas. Aún se escucha el repiqueteo de los pasos precipitados de un rezagado en las proximidades, ventanas que se cierran cuando quien se asoma comprueba, con alivio, que la persona a la que aguarda ha traspasado el umbral del portal justo a tiempo. Ante las balconeras, familias honestas componen una estampa ejemplar, sentadas en torno a una mesa en sus estancias iluminadas, dando buena cuenta de una cena que parece digna, aunque es imposible saber si la comida que se sirve de las fuentes que vienen y van es real o solo es un amasijo incomestible, como el atrezo en una obra de teatro, para fingir que la vida entre esas cuatro paredes es una vida decente, para no llamar la atención, para no ser señalados por los vecinos que los contemplan desde sus propias ventanas.

Martina, Pablo y Bruno vagan agotados por los alrededores de la comisaría que ocupa toda una manzana. Se detienen debajo de cada ventana de las estancias oscuras, en las que las familias no se reúnen, sino que se desunen. Bruno siente que las latas que han rescatado del cuarto de las ratas le golpean los costados a medida que camina como un animal herido. Ha propuesto a sus primos abrir una de ellas para cenar, pero ninguno piensa en comer. Martina y Pablo continúan empachados. Pablo se encuentra mal, está pálido y tiene la frente perlada de sudor.

Bruno ignora si las facciones descompuestas de sus primos son el resultado del malestar por el empacho de caramelos o por la incertidumbre del paradero de Silvina y Mateo.

No pueden regresar a casa y él les ha explicado que van a esperar a que Silvina salga, a que les digan a qué hospital han

llevado a su hermano.

En las plantas superiores del edificio de la comisaría se abren ventanas enormes, cuadrangulares; en la planta principal hay balconeras protegidas por una barandilla de forja que se suspende sobre la calle; en la planta baja las ventanas están protegidas por rejas. Es la única planta con ventanas iluminadas que arrojan algo de luz a la calle oscura, cuando se abren y cierran cortinas o contraventanas. Debe de ser el único edificio de la ciudad en el que se conservan cierres. Seguramente tienen mucho que ocultar. Hay estancias que, a pesar de lo avanzado de la hora, están ocupadas. Al nivel de la acera hay abiertos huecos pequeños y oscuros que se hunden en los gruesos muros: troneras que comunican con los sótanos. No sale ninguna luz de ellas, pero dejan escapar un rumor sordo, quejidos, en ocasiones pueden distinguirse voces lejanas. En los huecos huele a meados y a putrefacción.

Los pequeños estorban a Bruno en su exploración. Martina arrastra los pies. A veces la tela del vestido roza sus rodillas y ella exhala un quejido de dolor. Pablo se lleva con frecuencia la mano a la tripa, que no para de crujir. Martina aprieta contra su costado la muñeca rota, pero no le habla. Bruno piensa que la niña ha sido la única capaz de brindar protección a lo que se le ha confiado. Silvina y él han fracasado en su misión y ahora tiene que encontrar un refugio para sus primos, disponer de unos minutos de libertad de movimientos para poder trazar un plan. No tarda en encontrar una tronera donde el olor a miseria es soportable. Los acomoda allí. Les dice que se hagan un ovillo, protegiéndose el uno al otro y dándose calor, les recomienda que guarden silencio, que no se muevan pase lo que pase. Pablo abre su chaqueta y hace un hueco a Martina que se acurruca contra su pecho, agotada.

Inquieto, apresurado, Bruno rodea el edificio. Localiza la puerta de la cochera donde aguarda un furgón vacío. El que se ha llevado a Emilia con Mateo ha debido de salir ya en dirección a la prisión o tal vez al hospital, piensa para consolarse. Deduce que las salas de interrogatorios deben de estar en la planta baja, donde están las ventanas enrejadas, para que los detenidos no se escapen en un descuido.

Seguramente Terreiro está en una de esas salas. Ahora comprende su atuendo. Es uno de ellos. Es uno de los policías. Seguro que él ha estado al corriente de la detención de su familia, que sabe dónde están. Por un momento se le pasa por la cabeza que puede haber sido quien ha denunciado a sus padres, el que ha organizado el arresto.

Siente un rencor, una ira que desconocía que pudiese albergar. Culpa al vecino de que nadie en el edificio les haya auxiliado. Probablemente los demás conocen su profesión y temen represalias.

Ante sus ojos desfilan los rostros de Silvina, de Mateo, de sus padres y sus tíos, el rostro pálido de Alicia y el de la muñeca rota a través de la que habla.

Le pesa que le hayan separado de los que más quiere, pero, sobre todo, la incertidumbre del destino de Mateo y Silvina, del que se siente responsable.

Por eso no se da por vencido. Sigue espiando bajo cada ventana, trata de localizar dónde retienen a su hermana, cuál es el despacho donde trabaja Terreiro, pero no consigue dar con ellos.

Los dos pequeños están agotados. Pablo está consumido de desesperanza, Martina no comprende nada, se aferra a la muñeca rota a la que pide una y otra vez que despierte y se le ocurre que podría cantarle una nana, la misma que canta su madre y que nunca consigue hacerla dormir, porque la melodía es tan triste que la hace llorar.

Canta muy bajito, pero la tronera transporta su voz a través del conducto:

Esta niña chiquita
no tiene cuna,
su papá es carpintero
le va hacer una.

La cuna de la niña
se mece sola,
como en los campos verdes
las amapolas.

A dormir va la rosa

de los rosales,
a dormir va mi niña,
que ya es muy tarde.

Y cuando la nana concluye, se elevan voces de las troneras que replican la canción, pero no es el eco, son voces de madres que cantan la nana a sus hijos ausentes. De entre todas las voces, una se eleva por el hueco. Llama a Martina por su nombre. La ha reconocido porque Eva canta un verso diferente en esa nana. La voz de mujer que se impone a las demás tiene una nota de alegría y desesperación a un tiempo. La muñeca que sostiene Martina en su regazo se ilumina con una luz azul.

—¡Es mamá! —exclama la niña, dirigiéndose a su hermano y a Alicia—. ¿No la oyes?

Pablo, sentado en la acera, con la espalda apoyada contra el muro, niega con la cabeza y se lleva el dedo a la boca, para que su hermana guarde silencio.

—¡Es mamá! —insiste la niña, asomándose por la tronera—. ¡Mamá! ¡Mamá! Se han llevado a Mateo. Se lo ha llevado una chica a la cárcel, para que lo vea el médico. Está malito. Y tengo una muñeca nueva. Se llama Alicia y sabe hablar. ¿Cuándo vuelves a casa?

Pablo, que ha intentado tapar la boca a su hermana con la mano, no consigue retenerla. La niña salta junto a la tronera, haciendo bocina con sus manos. El niño cierra los ojos y se lleva las manos a la barriga. Se encuentra mal. Solo quiere que su primo vuelva cuanto antes, regresar a casa, dormir y despertar a la mañana siguiente para ir al colegio al que le han negado el paso por la mañana. Descubrir que el último día ha sido un mal sueño. Está harto del exceso de juego, de la indiferencia de los mayores, de que nadie le preste atención.

—¡Calla, Martina! —la regaña por última vez—. No se oye nada. Te lo estás imaginando.

—No me lo imagino. ¡Oigo a mamá!

Y Martina corretea por la calle llamando a gritos a Bruno, para avisarle de que oye la voz de su madre y otra que le parece la de su tía. Y como Bruno no acude, sigue gritando por la tronera todo lo que les ha pasado a lo largo del último día, ignorando las voces que le advierten que tiene que volver a

casa, que no es seguro permanecer en la calle tras el cierre de los portales, que le piden que guarde silencio.

Pablo se yergue, alarmado. También escucha un sonido familiar sobre las voces que ahora sí oye, pero no son las voces de mujer las que lo inquietan, son los ladridos. Cada vez se escuchan más cerca.

Salen las patrullas, las que rastrean las calles tras el cierre de los portales. Todas las ventanas de las casas vecinas están iluminadas, todas, salvo las de la comisaría, y las luces de la casa de enfrente arrojan su luz sobre ellos, como si fuesen focos, señalándolos.

Se levanta y toma de la mano a Martina.

—¡Corre! Van a encontrarnos. Han salido con los perros. Tenemos que escondernos.

Martina se resiste.

—Tenemos que esperar a Bruno.

Pablo sigue tirando de ella. A Martina le duelen las rodillas lastimadas. La sangre se ha secado y la costra que se va formando tira de la piel y escuece. Trata de librarse de la mano de Pablo que la arrastra. En el forcejeo, la muñeca cae al suelo. Martina llora cuando la deja atrás y se resiste. Pablo, que ha conseguido hacer el camino de vuelta hacia la puerta de la comisaría, empuja la hoja batiente, pero la puerta está cerrada. Mira suplicante al guardia que custodia la entrada y se abraza a sus rodillas. Bruno, que ha escuchado los gritos de Martina llamándole, la voz de su primo apremiando a la niña a correr, llega sin aliento a la tronera donde los ha dejado, escucha la voz de su madre, de su tía advirtiéndoles del peligro de los perros, ordenándoles que huyan. Y, al recoger la muñeca del suelo, escucha los ladridos furiosos de los perros, voces de hombres y gemidos de sus primos y no se atreve a gritar a las mujeres que él está también allí, a unos pasos de los niños que lloran y suplican.

Desde la esquina, Bruno, que abraza la muñeca que acaba de recoger donde había dejado a sus primos, escucha los gañidos de satisfacción, los gruñidos de los animales, pero ya no escucha la voz de los pequeños y los imagina tendidos en el suelo, inmóviles bajo las patas de los canes.

Las troneras dejan escapar gritos de dolor, llantos lúgubres.

16

Salida de emergencia

Bruno corre en dirección a la parada de los tranvías. Las voces femeninas, entre las que ha creído distinguir la de su propia madre, la de su tía, resuenan en sus oídos.
No ha tenido valor para decirles que estaba allí, que estaba sano y salvo, porque no quiere imaginar lo que ha sucedido a sus primos: al bebé, a los pequeños, a Silvina. No puede admitir que les ha fallado, que no ha sabido protegerlos. Y, además, tiene miedo. Teme que azucen a los perros tras él, que lo despedacen, y huye sin pensar en otra cosa que desaparecer, abandonar la ciudad hostil. Avanza por calles laterales, tira cubos de basura a su paso, a veces por accidente, otras, con la intención de que sirvan para disimular su rastro. Las lágrimas le ciegan. Sus sollozos se mezclan con jadeos. Al fin, a lo lejos, distingue su objetivo. Se detiene y, apostado tras una esquina, valora la situación.

Varios tranvías se alinean en la parada, vacíos, dispuestos a acoger a los viajeros de la mañana. Ya han terminado su recorrido. No es posible desplazarse por la ciudad de noche. Por eso no puede creer en su suerte al ver, con asombro, que uno tiene las luces interiores encendidas. A través de las ventanillas se ven los asientos desocupados. Un hombre, en el puesto del conductor, parece dispuesto a emprender el recorrido. Si se da prisa tal vez pueda encaramarse al pescante.

Cuando Bruno se acerca, se abre la puerta delantera. El chico no vacila, sube de un salto y se queda junto a la bandeja de cobro. No ha visto adónde se dirige el tranvía, qué trayecto cubre, pero tampoco le importa.

Ya no lleva consigo el par de pendientes con el que pretendía pagar el trayecto de ida. No sabe cuándo los ha

perdido.

Reconoce al conductor que no le pidió el importe del viaje de la tarde. La puerta se cierra a espaldas de Bruno y el vehículo cabecea lentamente sobre las vías al arrancar. El chico se deja caer en el asiento más próximo y entierra la cabeza entre sus brazos, meciéndose adelante y atrás. No puede contener el llanto.

El tranvía no se detiene en ninguna parada durante su trayecto fantasmal. Todas están desiertas. Nadie espera. Ya ha transcurrido mucho tiempo desde la hora del cierre de los portales.

Bruno no se ha detenido a pensar por qué ese tranvía parecía estar esperándolo, providencial. Era el único medio para poner distancia entre los perros que, con toda seguridad, han herido a los pequeños, y él.

Está desfallecido. Levanta los ojos y ve que la caja que custodia el martillo para romper el cristal de la salida de emergencia está abierta. El martillo, rojo, puntiagudo, está al alcance de su mano.

Mira al conductor y ve que este lo contempla a través del reflejo en el parabrisas.

—¿Quién es usted? —pregunta—. ¿Por qué me esperaba?

El hombre no responde, tararea entre dientes una melodía.

Bruno se asoma a la ventanilla. Trata de orientarse, observa las calles por las que avanzan para saber dónde está y hacia dónde se dirigen.

Reconoce la línea que lo conduce de vuelta a su casa, la casa a la que no podrá entrar. Aprieta la muñeca contra su pecho. Le queda el recurso de la escombrera, la compañía de Alicia.

No le importa que alguno de los adultos haya sido liberado. No tiene fuerza para enfrentarse a ellos, para contarles lo sucedido. Solo siente vergüenza, vergüenza por no haber sabido cuidar de Mateo, de Pablo, de Martina, de su propia hermana. Se siente como uno de esos niños soldado de los que había oído hablar entre susurros, cuando se mencionaba a la Resistencia y los sistemas de reclutamiento de su ejército invisible compuesto por niños como él a los que les han obligado a acabar con la vida de un hermano, o de su padre, o

de un familiar cercano, precisamente para forzarlos a huir, para que la vergüenza les impida regresar a su hogar y enfrentarse a las miradas acusadoras de los que aún siguen con vida.

Piensa si debería haberse quedado en la comisaría, continuar sus pesquisas, encontrar a Silvina. Se dice a sí mismo que no era posible, se hace el propósito de regresar a la mañana siguiente, armado con lo primero que encuentre. Preparado para luchar, porque el edificio ha engullido y masticado a todos los que quiere.

Se levanta del asiento y saca el martillo de la caja. Mira al conductor del tranvía con expresión desafiante. Este parece no prestarle atención.

¿Se detendrá en la parada de su casa o lo llevará de un extremo a otro de la ciudad sin dejarlo descender?

Aprieta el martillo en su mano. Si continúa su marcha cuando llegue a su destino, romperá el cristal de la salida de emergencia. Golpeará al conductor si es preciso. No va a volver a esperar ayuda de nadie. Tiene que arreglárselas por sí solo.

El reflejo de la ventanilla le devuelve una imagen insólita de sí mismo. Vestido como un adulto de luto, la chaqueta grande, los bolsillos abultados con las latas que encontró en el cuarto de las ratas. No tiene hambre. Solo siente desesperación y una tristeza que le oprime los pulmones, pero no expulsa el llanto.

—¡Ven aquí, chico! —oye que el conductor se dirige a él.

Desconfiado, avanza un par de pasos hasta situarse junto al puesto de cobro.

—¿Con qué vas a pagarme el trayecto? ¿Tienes aún esos pendientes que traías a la ida?

Bruno niega con la cabeza.

—No tengo nada. No me queda nada.

Miente a sabiendas, lo ha hecho con descaro; le quedan las dos latas de conserva, pero no está dispuesto a darlas. No piensa volver a pagar por nada. No sabe si va a necesitarlas esa misma noche, o mañana. Ha recibido muy poco a cambio de su confianza ciega en la generosidad de los adultos, una ayuda miserable: el pan y el chocolate rancio del padre de Daniel, el billete de Gabriel. Una ayuda condicionada a que no los

comprometiera, a que no regresara a por más.

El conductor parece seguir concentrado en el trayecto, pero en realidad ve la mano de Bruno que se cierra en torno al martillo. Adivina sus pensamientos. El chico tiene la intención de atacarlo si no se detiene en la parada de su casa. Esboza una sonrisa amarga.

—Puedes guardar eso. El martillo. Voy a dejarte en la misma parada en la que subisteis esta tarde si eso es lo que quieres, pero también puedo llevarte a otro lugar donde no vas a estar solo —calla un momento y luego deja caer una sentencia tan enigmática como la que había pronunciado Gabriel—: No eres el único, ¿sabes? Hay más gente como tú.

Ahora es Bruno el que no responde. Trata de encontrar sentido a las palabras del conductor. ¿Será uno de esos ojos invisibles que pueden detectarlo y ayudarlo? Trata de desentrañar el significado de las palabras, que le parecen un acertijo.

—¿Y qué soy yo? —desafía al hombre.

—Un desesperado sin ninguna posibilidad ahora mismo. De no haber adivinado lo que iba a suceder cuando subisteis al tranvía, ahora mismo serías carnaza para los perros —le responde el hombre—. Antes que tú ha habido otros niños que han ido a buscar a quienes habían detenido. Todos han hecho el trayecto de ida, pero muy pocos el de vuelta. Por lo que sospecho, tú te has librado por los pelos. Los otros no parecen haber tenido tanta suerte…

Bruno aprieta los dientes.

—¿Dónde están los que son como yo?

—No muy lejos, en realidad. En una escombrera a las afueras, una muy parecida a la que hay en tu barrio. No suelen patrullar con frecuencia por esa zona, por eso reúnen allí a los que son como tú.

Bruno se pregunta quién los reúne. Interroga al conductor, que no lo mira al responder:

—Los que luchamos para que esta pesadilla termine. Los únicos que prestamos protección a las víctimas y les ofrecemos refugio y un sentido nuevo a sus vidas.

Bruno mira al hombre, exigiendo más explicaciones.

—Tendrás compañía, protección y un trozo de pan que llevarte a la boca. A cambio tendrás que hacer algunos trabajos. Nada difícil. Es mejor eso que volver a tu casa. Tú sabes que nunca te sentirás seguro allí y, además, no tendrás que dar explicaciones. Cada vez que llegue la noche no tendrás que temer que entre un desconocido, tampoco tendrás que temer que se lleven a los que quieres. ¿Fue un vecino quien denunció? ¿Hace muchos días que os quedasteis solos?

Al oír las palabras del hombre, Bruno se da cuenta de que, en efecto, no es el único, que su tragedia es una tragedia compartida por otros cuyo rostro no conoce.

—¿Qué trabajos me encargarán? ¿Qué tengo que hacer?

—Ya te lo dirán —replica el hombre—, pero nada que no estuvieras dispuesto a hacer esta noche. El único requisito que exigen es ser valiente, saber sobrevivir… y mentir, como tú has hecho. Y haber perdido a los tuyos, ese es el requisito principal. Tú los cumples todos.

Bruno aprieta el martillo en su puño. Deja vagar la mirada, indeciso, y ve que la ventana más amplia, la única que él podría abrir, es la salida de emergencia. Eso es lo que representa el tranvía esa noche, una salida de emergencia.

17

Aspillera

Las ventanas fueron concebidas desde la antigüedad para dejar pasar la luz. Están hechas para ver desde dentro, no para ser vistos desde fuera.

Las ventanas no solo dejan pasar la luz, también se abren para dejar circular el aire, pero hay ventanas que se han transformado, que no son un medio para comunicarse con el interior, sino una forma de defenderse del exterior.

La aspillera es un tipo de ventana, una variante de la tronera. Como ella, es estrecha, una rendija apenas, y está concebida para disparar sobre el enemigo desde una fortaleza, no para dejar pasar la luz, sino para permitir la circulación de los proyectiles que se disparan hacia fuera y dificultar el paso de los que lanzan desde el exterior.

Las aspilleras son aberturas mínimas en los muros, como ojales que solo permiten el paso de un botón. Su misión no es que el aire circule, sino todo lo contrario. Impide que pase y enfríe el calor que emana de los cuerpos que se refugian tras los muros.

Las aspilleras no solo se abren en los muros de las fortalezas. Cuando estas han sido derribadas, con los cascotes y las piedras del terreno se construyen aberturas altas y estrechas, situadas en lugares estratégicos, donde se apostan los arqueros, los artilleros, para defender su posición, aunque ya estén en tierra de nadie. Dan cabida a un hombre en posición de disparar. No hay sitio ni visión para nada más.

Una aspillera es como la mirilla de un fusil.

El conductor ha dejado a Bruno dos paradas antes de la cabecera de línea. No ha esbozado un gesto de piedad, no le ha dedicado ni una muestra de afecto, solo le proporciona

instrucciones vagas y para el tranvía cuando corresponde. Baja tras él y se escabulle en la oscuridad, por el camino contrario al que ha señalado al niño. El tranvía queda sobre la vía obstaculizando el paso al primero que circule a la mañana siguiente.

Los movimientos del hombre tienen algo felino. Es un hombre acostumbrado a huir. Muy pronto él también se vuelve invisible.

Las nubes ocultan la guadaña de la luna creciente. Bruno ha recorrido cientos de veces la escombrera de atrás de su edificio, por eso sabe desenvolverse también en esta. Todas las ruinas son parecidas.

Sus pies golpean trozos de tuberías que profieren un quejido sonoro. Pisan cristales que se desmenuzan bajo las suelas de los zapatos de su padre que se calzó al disfrazarse y le protegen más que los suyos.

A medida que se adentra en la inmensidad del paisaje arrasado, va sintiendo que los dedos se le hielan. Percibe por primera vez desde la mañana la presencia de Alicia a su lado.

No le dirige ninguna palabra de afecto o consuelo. Le va haciendo indicaciones, orientándolo en el caos, con mucha más precisión que el conductor del tranvía.

—¡Es tan parecido a nuestro barrio! ¡A nuestra manzana! —La voz de Alicia es un susurro que lo tranquiliza—. Pero aquí no hay ventanas desde las que puedan verte. Aquí estás seguro.

—¿Qué buscamos, Alicia? —pregunta Bruno, sin reprocharle su desatención a lo largo del día.

—Una especie de ventana —responde ella—: una aspillera.

—¿Qué es una aspillera? —pregunta él.

—Como un ojal. Una ventana muy muy estrecha. Tienes que buscar un reguero de luz, como el que yo te dejé anoche. Es difícil de ver, pero si te fijas bien, lo acabas distinguiendo.

Nunca hubiera reparado en la abertura mínima que Alicia le señala con su dedo fantasmal.

Sus pasos hacen crujir cristales y cascotes.

El suelo bajo sus pies no parece firme. Duda que, como sucedió en el edificio trasero, el que Alicia habitó, los vecinos hayan hecho una batida y asegurado el solar. Teme caer a una

trampa de la que no podría escapar.

La luz alterna azul helado y trazos anaranjados, como si los cristales captasen la llama de una vela.

Alicia lo detiene y le señala una grieta angosta, imposible.

De no haber estado encendida la pálida luz de un candil que han tratado de ocultar en vano, no hubiera visto titilar el reflejo antes de que un soplido la apague.

Es una luz distinta a la luz de hielo de la Vía Láctea que Alicia dejó para que encontrara su rastro, una luz diferente a la luz fría que ha alumbrado el día de invisibilidad en la casa que fue de sus tíos y sus padres. Es el resplandor de un fuego que calienta.

Bruno reconstruye en su mente el espacio de la carbonera del edificio en el que Alicia vivió, el de la carbonera del edificio en el que ha vivido hasta esa misma mañana. Trata de orientarse.

Se desuella los dedos tratando de encontrar el portillo que da acceso a la estancia subterránea, pero, para su sorpresa, tiene que excavar muy poco. Basta retirar unos cascotes y la plancha limpia se revela al tacto. La corre y no duda. No hace falta que la voz de su amiga lo incite a descender los peldaños polvorientos, pero despejados.

Un calor animal se desprende del interior.

Oye el susurro de respiraciones contenidas y, cuando se expone a la luz débil que emana del espectro de su amiga, un suspiro generalizado de alivio. Bruno se da cuenta de que ha desarrollado en el curso del último día el instinto de un animal salvaje. Husmea el aire y huele a cachorros que exudan un miedo gemelo al suyo. También percibe un olor a pólvora. Se da cuenta de que, desde las esquinas, decenas de ojos clavados en las mirillas le apuntan con el cañón de un arma. Pero no siente el mismo temor que lo ha transformado en un solo día. No son adultos los que apuntan, son niños soldado. Niños como él que llevan a sus espaldas rostros de fantasmas que les piden venganza, susurrando en sus oídos palabras inaudibles de desesperanza.

La luz de un candil se enciende tras el chasquido de una yesca y Bruno va distinguiendo rostros sucios, cada uno

acompañado de otro rostro, un rostro azulado, el del fantasma que los ha guiado, un ángel de la guarda perverso, de intenciones torcidas, que no siempre es un niño, como ellos. A veces es el rostro de un padre o una madre, a veces el de un hermano mayor o el de una joven que no tiene ningún vínculo de sangre con el rostro humano al que acompaña.

Bruno no sabrá del destino de los que amaba nunca más. No le pondrán al corriente de lo sucedido tras el momento que aceptó convertirse en soldado de la Resistencia y vivir en las galerías subterráneas en las que va a permanecer hasta el día que lo hagan prisionero, varios años después.

Su madre y su tía regresaron tras varios días de detención.

No encontraron la casa vacía.

Estaban todos, salvo él.

Es a él al que lloran.

En los ojos de sus primos pequeños, años después, sigue escrito como una sombra el relato del día de la tragedia, el día en que fueron invisibles.

También estaba Silvina, que desde entonces nunca más volvió a salir de casa. Tras pasar dos días en las estancias de la comisaría, se convirtió en una muñeca rota, que, a diferencia de Alicia, había perdido su luz. Antes de su transformación consiguió que le informasen del paradero de Mateo y lo llevó de vuelta a casa, sano y salvo. Emilia cumplió su palabra.

Bruno nunca llega a saber que su madre y su tía no encontraron sino cuerpos vacíos de esperanza, invisibles, incapaces de reaccionar a sus abrazos.

Los vecinos entonaron a la llegada de las mujeres cantos lúgubres en el descansillo y la escalera, junto a la puerta desvencijada de la casa, para acompañarlas en su pena.

Él nunca volverá a verlos.

Su única compañía será una muñeca rota que habla con él cuando cae la noche y nunca volverá a saber mirar la calle sino a través de la mirilla de un fusil.

Edición en formato digital: 2021

© Del texto: Paloma González Rubio, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-698-8699-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA